

JACINTO
BENAVENTE

Teatro :
Rosas de Otoño
Al Natural
Los Intereses
Creados

UNIVERSITY OF TORONTO



3 1761 01589521 2



COLLECTION G.M.A.

Presented to
The Library
of the
University of Toronto
by
An Anonymous Donor

U. C. 1000





Foto, Alfonso, Madrid.

Teatro
de
Jacinto Benavente
^{II}
(de la Real Academia Española)

Con una introducción
por Gregorio Martínez Sierra



Thomas Nelson and Sons
Editores,
189, rue Saint-Jacques, Paris
y en

Edimburgo, Londres, Manchester, Leeds, Dublin
Melbourne, Leipzig, Nueva York

PQ
6603
E6419
19--

691599
15.1.59

INTRODUCCIÓN

« Amo el arte sobre todas las cosas, pero cuanto realicé en mi obra, sólo fué un vano anhelo de mi amor infinito. » Esto dice Jacinto Benavente en el prólogo de sus obras completas. En otra ocasión ha dicho: « No quiero hacer comedias para el público, sino público para mis comedias. » Y he aquí: amor al arte é independencia, las dos características de este ilustre escritor, reconocido hoy, indiscutidamente, por la crítica y por el público, como el primero de los autores dramáticos españoles contemporáneos. Amor al arte, no, por suerte, tan vano como él, con maliciosa modestia, afirma: independencia casi temeraria, que ha dado como fruto la más ruidosa popularidad.

Jacinto Benavente es, en primer lugar, gran artista, y, en otro primer lugar (si se me permite la extravagancia de la expresión), hombre de grandísimo talento. No es un especialista, y su modalidad de autor dramático es, en mi opinión, completamente accidental, y una de tantas formas de actividad como hubiera podido elegir con igual acierto. Ha escrito excelentes comedias: igualmente excelentes creo que hubieran sido sus novelas o sus trabajos de crítica. Porque su fuerza espiritual está hecha de

elementos susceptibles de toda superior adaptación, y en su obra, la composición, que parece característica y cualidad primaria de los que han nacido, *inevitablemente*, dramaturgos, está muy por debajo del espíritu, subordinada siempre, casi anulada á veces. Benavente, á mi juicio, no compone, crea. La fuerza inicial de su trabajo es toda interior, y procede de dentro á afuera, como germinación, más bien que como cristalización. Naturalmente, las germinaciones de buena semilla, en terreno propicio, resultan, casi siempre, armoniosas de forma y gloriosas de florecimiento: de aquí que en la obra total de este sincero artista haya, en ocasiones, estupendos aciertos de composición; pero estoy por jurar que ni un solo segundo se ha preocupado él, mientras iba escribiendo, de buscar un efecto de escena ó un final de acción. ¿Qué los ha encontrado muchas veces? Indudablemente, por aquello de: «Buscad, ante todo, el reino de Dios... y lo demás se os dará por añadidura».

Digo que las cualidades que forman su talento son susceptibles de cualquier peculiar adaptación. ¿Cuáles son ellas? La primera de todas: claridad asombrosa de entendimiento; pocas personas hay que comprendan tan pronto y tan bien como Jacinto Benavente; diríase que salta desde el punto inicial á la conclusión, sin proceso de actividad intermedia; hablar con él es el mejor descanso del espíritu: no necesita demostraciones. Comprende con la vista, aun sin necesidad de que la palabra llegue á sus oídos. «Ve venir» las ideas, los acontecimientos... y á las personas. Por eso le asombran pocas cosas, y si algunas le duelen, como á cada hijo de vecino, supongo que no le sorprende ninguna. De ahí su oportunidad en la réplica, su ironía, la que se ha dado en llamar su «frialdad», las oscilaciones del

sentido moral á través de toda su obra; todo lo comprende, y aunque acaso no todo lo disculpe, á todo le da, por el solo hecho de existir, derecho indudable á la existencia. Ni ¿de qué serviría negársele, puesto que lo que «ha de ser», ha de ser fatalmente?

Aplicada á sí mismo, esta claridad de entendimiento produce dos cualidades subordinadas, raras, pero esenciales para la realización de toda obra perfecta: conciencia y capacidad de autocrítica. Las oposiciones más agudas, las críticas más exactas sobre las comedias de Benavente, de labios del autor han salido. Domina su labor, no sólo en el sentido de que sabe siempre lo que quiere hacer, sino en el de que jamás ignora hasta qué punto ha realizado ó ha dejado de realizar lo que se propusiera.

Es proverbial su ingenio, y de hecho, esta cualidad es la primera que le ha ganado la admiración del público. Se habla de la agudeza de su sátira. Ingenio y sátira que consisten en llamar, noble y valientemente, á casi todas las cosas por su nombre, con la gracia netamente madrileña, que es combinación de rápida crudeza en el concepto y suavidad elegante en la palabra. Siempre hay idea y media, por lo menos, detrás de cada «gracia» de este hijo de Madrid.

Esto en cuanto á condiciones naturales: facultades ó fuerzas de su espíritu, pudiéramos decir. Respecto de excelencias adquiridas, pongamos en primer lugar una extensa y bien aprovechada cultura. Benavente no es un erudito... afortunadamente; no es un humanista, pero es un vagabundo empedernido de todos los caminos, sendas, huertos, jardines, selvas, y aun estufas del espíritu humano. Es una de las pocas inteligencias que en la España actual tienen perfectamente trazado y comprendido

el mapa, el esquema, el cuadro sinóptico, ó como quiera llamarse, del proceso intelectual y emocional del mundo. Cada nombre, en la historia de la tierra, responde en su cerebro á una imagen. Acaso haya olvidado, ó nunca haya aprendido, la fecha exacta de la toma de Constantinopla por los turcos, pero no hay miedo de que confunda, en pensamiento ó en evocación, la fragancia de la selva de Sakuntala con los perfumes de la reina Ester.

Ni tampoco que el conocimiento adquirido como en juego, sea, en su elaboración mental, fósil curioso, sino semilla viva. Todo conocimiento se convierte en su fragua en creación: todo el mundo es su huerto y toda la literatura del mundo su jardín. Por eso, si quisiera decir «tomo mi poesía donde la encuentro», declararía su venero inagotable, y por eso en su obra multiforme hay siempre inquietud, misterio y cristalina palabrería: el eco de todas las canciones que han encantado su oído interior, aroma de todas las flores, tan extrañas ó tan sencillas, que ha ido cortando ó admirando en su contemplación insaciable... Por eso hay también literatura, mucha literatura, en su arte; y esta es una gran excelencia en tierra donde, hoy por hoy, tan olvidado anda el arte de escribir.

En resumen: su obra se le parece como si fuera él mismo reflejado en un espejo..., mejor, en el cristal movable de un arroyo: así la infiel fidelidad se ameniza y realza con toda la fresca variedad agreste, y en la imagen multiplicada y rota está la diamantina policromía del sol, más la limpia fragancia del aire libre sobre el agua clara.

La calidad de su labor es fina y depurada. Nunca le preocupa la significación moral de los conflictos; ve en ellos puras manifestaciones de belleza artística; por eso, si se quisiera buscar un hilo conductor

en la totalidad de su obra, se hallarían sobradas roturas y desconcertantes contradicciones. No es un maestro de vida: es un artista de la vida; orfebre que da al oro que trabaja forma de imposible dragón cuando le viene en gana, únicamente preocupado de dotar con belleza la figura del monstruo. Claro es que otras veces, porque así se le antoja, modela figuras de indiscutible semejanza humana...; pero no es este exacto parecido lo que le preocupa mientras está luchando con la materia, ni menos lo que se propone lograr: la única realidad de su arte es la belleza. Absolutamente amoral toda su obra, en el sentido de ley, regla ó precepto, bien puede, sin embargo, considerarse educadora en cuanto sirve, como el amor, para dilatar la capacidad estética de los que la contemplan ó la escuchan. Es como una emoción, como una pena, como un placer, que nada nos enseñan, pero nos modifican hondamente; como una rosa en su rosal, que no nos dice nada sobre leyes estéticas, pero nos acostumbra á contemplar y desear belleza; como el cielo azul y el campo verde, que, sin darnos recetas medicinales ni hacernos tragar drogas, nos descansan la vista fatigada.

La primera comedia estrenada — no sé si también la primera escrita —, del ilustre autor de *Los intereses creados*, fué *El nido ajeno*.

Representóla por primera vez la compañía de don Emilio Mario, en el Teatro de la Comedia, la noche del 6 de octubre de 1894. Diez y nueve años de labor constante, realizada, no con la tozudez penosa de quien ha hecho oficio de su arte, sino con la gozosa inconstancia de quien ha hecho arte de su vida. Y en estos diez y nueve años, la más desconcertante variedad de formas, de tendencias, de procedimientos: todo el vagar ilusionado y apasionado

de quien conserva intacta su juventud en la renovada tarea de buscarse á sí mismo constantemente. Hoy la aguda sátira social, realizada con acerado y minucioso realismo en una de sus obras maestras, para mi gusto especial y personal la más alta de todas, *La comida de las fieras*, estrenada con desconfianza de empresario y actores, y afirmación rotunda de la personalidad fuerte y nueva del autor; mañana, esa misma sátira vestida con las galas de la máscara, y velada con nubes de ficción, en *Los intereses creados*. Un día, la escapada romántica de *Cuento de amor* al jardín fragante de Guillermo Shakespeare, la gran admiración de este poeta. Casi al mismo tiempo, la fina ironía pesimista de *Despedida cruel*, la optimista afirmación de *Lo cursi*, la graciosa fantasía de *Sin querer*.

Melancolías decadentes, en *Sacrificios* y en *Alma triunfante*, en las cuales se ensalza el alto valor moral del renunciamiento. Afirmaciones de osada libertad y de individualismo desatado, en *Amor de amar* y *La princesa Bébé*; poéticas evocaciones de almas y países remotos, en *El dragón de fuego*; de exotismos galantes y elegantes, en *La noche del sábado*. Ensalzamiento de la moral burguesa, en *Rosas de otoño*, en *La fuerza bruta*, en *De cerca*. Condenación acerba de esta misma moral y desprecio de su hipocresía, en *Los malhechores del bien*; de su lamentable cobardía, en *Por las nubes*. Afirmación de la piedad, como suprema virtud femenina, en la piadosa Carmen, protagonista de *Más fuerte que el amor*; afirmación, no menos elocuente, de la despiadada ambición, como ideal supremo de la mujer, en Imperia, la protagonista de *La noche del sábado*, la que salta, por lograr su ideal de poderío, sobre su amor de madre. Reconocimiento del amor de madre como impulso central y omni-

potente de toda una vida de mujer, en *Señora ama* y en *La losa de los sueños*; ingenuidad convencida, en *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*; no menos convencido escepticismo, en *Todos somos unos*. Tristeza negra y angustiada, en *Los ojos de los muertos*; alegría natural y fragante, en *Al natural...*; veinte años, veinte años de una vida espiritualmente inquieta, exteriormente casi inmóvil; veinte años de extraña, sutil y refinada elaboración mental, de un entendimiento que teme, sobre todas las cosas, el estancamiento, la atrofia, la petrificación, y que se agita en busca de aire siempre nuevo, único respirable para su inagotable é incurable sed de renovación.

Benavente, cuya actividad se ha desarrollado en los últimos años de un siglo y en los primeros de otro, aun cuando esta demarcación de tiempos pueda parecer sobrado arbitraria, ha sido «fin de siglo» y «siglo nuevo», es decir, portador de inquietudes, las más hondas de todas; las de decadencia y las de germinación. Unido por raíces tan hondas, las más cordiales, las de primera educación y convivencia familiar, con algo que se ha muerto, tiene en la sangre el poso pesimista de una generación moribunda, que se enterró en su propio desastre; pero tiene en las alas el impulso de arranque de una generación que siente ya el deseo de nacer, y las negaciones que sus pesimismos formularon en la primera hora, han sido escuela de optimismos para la segunda parte de su propia labor, y, sobre todo, para los que hemos venido detrás de él. Es joven con nosotros, porque ha sabido enterrar con dolor a sus viejos, y ahora puede, basado en el respeto que mostró á las caducas realidades que se estaban muriendo cuando él nació á la vida del arte, alegrarse con las nuevas flores que han nacido en su

tronco, con tan fresco vigor como en los troncos nuevos. Nosotros, los que ahora trabajamos con todo entusiasmo, tenemos una deuda para con él, casi tan grande como para con don Benito Pérez Galdós. Si el gigante, que casi pudiera ser nuestro abuelo, nos enseñó, diciendo : « Aquí están la cantera de la verdad y la mina de la carne y la sangre », éste, que en años apenas pasa de hermano mayor, nos ha aleccionado, diciendo: « Ved aquí el mejor modo de dar forma á aquel mármol ».

Yo, llegado á última hora, reconozco que, merced á uno y á otro, he comprendido la suprema excelencia de este peregrino oficio de autor dramático, tan frívolo como el de una chiquilla que viste á su muñeca, tan grande y tan inútil como el de un Jehová que se divierte haciendo hombres de barro.

G. MARTÍNEZ SIERRA.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
<i>LOS INTERESES CREADOS</i>	13
<i>AL NATURAL</i>	145
<i>ROSAS DE OTOÑO</i>	301

LOS INTERESES CREADOS

COMEDIA DE POLICHINELAS

EN DOS ACTOS, TRES CUADROS Y UN PRÓLOGO

Estrenada en el Teatro Lara el día 9 de diciembre de 1907.

Á DON RAFAEL GASSET

SU AFECTÍSIMO

JACINTO BENAVENTE

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA SIRENA.....	SRA. VALVERDE.
SILVIA.....	SRTA. SUÁREZ.
LA SEÑORA DE POLICHINELA.....	» ALBA.
COLOMBINA.....	» PARDO.
LAURA.....	» TOSCANO.
RISELA.....	SRA. BELTRÁN.
LEANDRO.....	SRTA. DOMUS.
CRISPÍN.....	SR. PUGA.
EL DOCTOR.....	» RUBIO.
POLICHINELA.....	» MORA.
ARLEQUÍN.....	» BARRAYCOA.
EL CAPITÁN.....	» R. DE LA MATA
PANTALÓN.....	» SIMÓ-RASO.
EL HOSTELERO.....	» PACHECO.
EL SECRETARIO.....	» ROMEA.
MOZO 1.º DE LA HOSTERÍA.....	» SUÁREZ (A.)
ÍDEM 2.º.....	» ENRÍQUEZ.
ALGUACILILLO 1.º.....	» DE DIEGO.
ÍDEM 2.º.....	» SUÁREZ (A.)

La acción pasa en un país imaginario, á principios del siglo XVII.

LOS INTERESES CREADOS

ACTO PRIMERO

PRÓLOGO

Telón corto en primer término, con puerta al foro, y en ésta un tapiz. Recitado por el personaje CRISPÍN.

He aquí el tinglado de la antigua farsa, la que alivió en posadas aldeanas el cansancio de los trajinantes, la que embobó en las plazas de humildes lugares á los simples villanos, la que juntó en ciudades populosas á los más variados concursos, como en París sobre el Puente Nuevo, cuando Tabarin desde su tablado de feria solicitaba la atención de todo transeunte, desde el espetado doctor que detiene un momento su docta cabalgadura para desarrugar por un instante la frente, siempre cargada de graves pensamientos, al escuchar algún donaire de la alegre farsa, hasta el pícaro hampón, que allí divierte sus ocios horas y horas, engañando al hambre con la risa, y el prelado y la dama de calidad y el gran señor desde sus

carrozas, como la moza alegre y el soldado y el mercader y el estudiante. Gente de toda condición, que en ningún otro lugar se hubiera reunido, comunicábase allí su regocijo, que muchas veces, más que de la farsa, reía el grave de ver reír al risueño, y el sabio al bobo, y los pobretes de ver reír á los grandes señores, ceñudos de ordinario, y los grandes de ver reír á los pobretes, tranquilizada su conciencia con pensar : ¡ también los pobres ríen ! Que nada prende tan pronto de unas almas en otras como esta simpatía de la risa. Alguna vez, también subió la farsa á palacios de príncipes, altísimos señores, por humorada de sus dueños, y no fué allí menos libre y despreocupada. Fué de todos y para todos. Del pueblo recogió burlas y malicias y dichos sentenciosos, de esa filosofía del pueblo, que siempre sufre, dulcificada por aquella resignación de los humildes de entonces, que no lo esperaban todo de este mundo, y por eso sabían reírse del mundo sin odio y sin amargura. Ilustró después su plebeyo origen con noble ejecutoria : Lope de Rueda, Shakespeare, Molière, como enamorados príncipes de cuento de hadas, elevaron á Cenicienta al más alto trono de la Poesía y del Arte. No presume de tan gloriosa estirpe esta farsa que por curiosidad de su espíritu inquieto os presenta un poeta de ahora. Es una farsa *guiñolesca*, de asunto disparatado, sin realidad alguna. Pronto veréis cómo cuanto en ella sucede no pudo suceder nunca, que sus personajes no son ni semejan hombres y mujeres, sino muñecos ó fantoches de cartón y trapo, con groseros hilos, visibles á poca luz y al más corto de vista. Son las mismas gro-

tescas máscaras de aquella comedia del Arte italiano, no tan regocijadas como solían, porque han meditado mucho en tanto tiempo. Bien conoce el autor que tan primitivo espectáculo no es el más digno de un culto auditorio de estos tiempos; así, de vuestra cultura tanto como de vuestra bondad se ampara. El autor sólo pide que aniñéis cuanto sea posible vuestro espíritu. El mundo está ya viejo y chochea; el Arte no se resigna á envejecer, y por parecer niño finge balbucesos... Y he aquí cómo estos viejos polichinelas pretenden hoy divertirnos con sus niñerías.

Mutación.

CUADRO PRIMERO

Plaza de una ciudad. Á la derecha, en primer término, fachada de una hostería con puerta practicable y en ella un aldabón. Encima de la puerta un letrero que diga :
« Hostería. »

ESCENA PRIMERA

LEANDRO y CRISPÍN, que salen por la segunda izquierda.

LEANDRO

Gran ciudad ha de ser ésta, Crispín; en todo se advierte su señorío y riqueza.

CRISPÍN

Dos ciudades hay. ¡ Quiera el Cielo que en la mejor hayamos dado !

LEANDRO

¿ Dos ciudades dices, Crispín? Ya entiendo, antigua y nueva, una de cada parte del río.

CRISPÍN

¿ Qué importa el río ni la vejez ni la novedad? Digo dos ciudades como en toda ciudad del mundo : una para el que llega con dinero, y otra para el que llega como nosotros.

LEANDRO

¡ Harto es haber llegado sin tropezar con la Justicia ! Y bien quisiera detenerme aquí algún tiempo, que ya me cansa tanto correr tierras.

CRISPÍN

Á mí no, que es condición de los naturales, como yo, del libre reino de Picardía no hacer asiento en parte alguna, si no es forzado y en galeras, que es duro asiento. Pero ya que sobre esta ciudad caímos y es plaza fuerte á lo que se descubre, tracemos como prudentes capitanes nuestro plan de batalla si hemos de conquistarla con provecho.

LEANDRO

¡Mal pertrechado ejército venimos!

CRISPÍN

Hombres somos, y con hombres hemos de vernos.

LEANDRO

Por todo caudal, nuestra persona. No quisiste que nos desprendiéramos de estos vestidos, que, malvendiéndolos, hubiéramos podido juntar algún dinero.

CRISPÍN

¡Antes me desprendiera yo de la piel que de un buen vestido! Que nada importa tanto como parecer, según va el mundo, y el vestido es lo que antes parece.

LEANDRO

¿Qué hemos de hacer, Crispín? Que el hambre y el cansancio me tienen abatido, y mal discurso.

CRISPÍN

Aquí no hay sinó valerse del ingenio y de la desvergüenza, que sin ella nada vale el ingenio. Lo que he pensado es que tú has de hablar poco y dasabrido, para darte aires de persona de calidad; de vez en cuando te per-

mito que descargues algún golpe sobre mis costillas; á cuanto te pregunten, responde misterioso; y cuando hables por tu cuenta, sea con gravedad, como si sentenciaras. Eres joven, de buena presencia; hasta ahora sólo supiste malgastar tus cualidades; ya es hora de aprovecharse de ellas. Ponte en mis manos, que nada conviene tanto á un hombre como llevar á su lado quien haga notar sus méritos, que en uno mismo la modestia es necedad y la propia alabanza locura, y con las dos se pierde para el mundo. Somos los hombres como mercancía, que valemos más ó menos según la habilidad del mercader que nos presenta. Yo te aseguro que así fueras vidrio, á mi cargo corre que pases por diamante. Y ahora llamemos á esta hostería, que lo primero es acampar á vista de la plaza.

LEANDRO

¿Á la hostería dices? ¿Y cómo pagaremos?

CRISPÍN

¡ Si por tan poco te acobardas, busquemos un hospital ó casa de misericordia, ó pidamos limosna, si á lo piadoso nos acogemos; y si á lo bravo, volvamos al camino y salteemos al primer viandante; si á la verdad de nuestros recursos nos atenemos, no son otros nuestros recursos !

LEANDRO

Yo traigo cartas de introducción para personas de valimiento en esta ciudad, que podrán socorrernos.

CRISPÍN

¡Rompe luego esas cartas, y no pienses en tal bajeza! ¡Presentarnos á nadie como necesitados! ¡Buenas cartas de crédito son éstas! Hoy te recibirán con grandes cortesías, te dirán que su casa y su persona son tuyas, y á la segunda vez que llames á su puerta, ya te dirá el criado que su señor no está en casa ni pára en ella; y á otra visita, ni te abrirán la puerta. Mundo es éste de toma y daca; lonja de contratación, casa de cambio, y antes de pedir, ha de ofrecerse.

LEANDRO

¿Y qué podré yo ofrecer si nada tengo?

CRISPÍN

¡En qué poco te estimas! Pues qué, un hombre por sí, ¿nada vale? Un hombre puede ser soldado, y con su valor decidir una victoria; puede ser galán ó marido, y con dulce medicina curar á alguna dama de calidad ó doncella de buen linaje que se sienta morir de melancolía; puede ser criado de algún señor poderoso

que se aficione de él y le eleve hasta su privanza, y tantas cosas más que no he de enumerarte. Para subir, cualquier escalón es bueno.

LEANDRO

¿Y si aun ese escalón me falta?

CRISPÍN

Yo te ofrezco mis espaldas para encumbrarte. Tú te verás en alto.

LEANDRO

¿Y si los dos damos en tierra?

CRISPÍN

Que ella nos sea leve. (*Llamando á la hostería con el aldabón.*) ¡ Ah de la hostería ! ¡ Hola, digo ! ¡ Hostelero ó demonio ! ¿ Nadie responde ? ¿ Qué casa es ésta ?

LEANDRO

¿ Por qué esas voces si apenas llamaste ?

CRISPÍN

¡ Porque es ruindad hacer esperar de ese modo ! (*Vuelve á llamar más fuerte.*) ¡ Ah de la gente ! ¡ Ah de la casa ! ¡ Ah de todos los diablos !

HOSTELERO

(Dentro.) ¿Quién va? ¿Qué voces y qué modos son éstos? No hará tanto que esperan.

CRISPÍN

¡ Ya fué mucho ! Y bien nos informaron que es ésta muy ruín posada para gente noble.

ESCENA II

DICHOS, el HOSTELERO y dos MOZOS
que salen de la hostería.

HOSTELERO

(Saliendo.) Poco á poco, que no es posada, sinó hospedería, y muy grandes señores han parado en ella.

CRISPÍN

Quisiera yo ver á esos que llamáis grandes señores. Gentecilla de poco más ó menos. Bien se advierte en esos mozos que no saben conocer á las personas de calidad, y se están ahí como pasmarotes sin atender á nuestro servicio.

HOSTELERO

¡ Por vida que sois impertinente !

LEANDRO

Este criado mío siempre ha de extremar su celo. Buena es vuestra posada para el poco tiempo que he de parar en ella. Disponed luego un aposento para mí y otro para este criado, y ahorremos palabras.

HOSTELERO

Perdonad, señor; si antes hubierais hablado... Siempre los señores han de ser más comedidos que sus criados.

CRISPÍN

Es que este buen señor mío á todo se acomoda; pero yo sé lo que conviene á su servicio, y no he de pasar por cosa mal hecha. Conducidnos ya al aposento.

HOSTELERO

¿No traéis bagaje alguno?

CRISPÍN

¿Pensáis que nuestro bagaje es hatillo de soldado ó de estudiante para traerlo á mano, ni que mi señor ha de traer aquí ocho carros, que tras nosotros vienen, ni que aquí ha de parar sinó el tiempo preciso que conviene al secreto de los servicios que en esta ciudad le están encomendados?...

LEANDRO

¿No callarás? ¿Qué secreto ha de haber contigo? ¡Pues voto á... que si alguien me descubre por tu hablar sin medida...! (*Le amenaza y le pega con la espada.*)

CRISPÍN

¡Valedme, que me matará! (*Corriendo.*)

HOSTELERO

(*Interponiéndose entre Leandro y Crispín.*)
¡Teneos, señor!

LEANDRO

Dejad que le castigue, que no hay falta para mí como el hablar sin tino.

HOSTELERO

¡No le castigáis, señor!

LEANDRO

¡Dejadme, dejadme, que no aprenderá nunca!
(*Al ir á pegar á Crispín, éste se esconde detrás del Hostelero, quien recibe los golpes.*)

CRISPÍN

(*Quejándose.*) ¡Ay, ay, ay!

HOSTELERO

¡Ay, digo yo, que me dió de plano!

LEANDRO

(*A Crispín.*) Ve á lo que diste lugar; á que este infeliz fuera el golpeado. Pídele perdón!

HOSTELERO

No es menester. Yo le perdono gustoso. (*Á los criados.*) ¿Qué hacéis ahí parados? Disponed los aposentos donde suele parar el emperador de Mantua y preparad comida para este caballero.

CRISPÍN

Dejad que yo les advierta de todo, que comerán mil torpezas y pagaré yo luego, que mi señor, como veis, no perdona falta... Soy con vosotros, muchachos... Y tened cuenta á quien servís, que la mayor fortuna ó la mayor desdicha os entró por las puertas. (*Entran los criados y Crispín en la hostería.*)

HOSTELERO

(*Á Leandro.*) ¿Y podéis decirme vuestro nombre, de dónde venís y á qué propósito?...

LEANDRO

(*Al ver salir á Crispín de la hostería.*) Mi criado os lo dirá... Y aprended á no importunarme con preguntas... (*Entra en la hostería.*)

CRISPÍN

¡ Buena la hicisteis ! ¿ Atreverse á preguntar á mi señor ? Si os importa tenerle una hora siquiera en vuestra casa, no volváis á dirigirle la palabra.

HOSTELERO

Sabed que hay Ordenanzas muy severas que así lo disponen.

CRISPÍN

¡ Veníos con Ordenanzas á mi señor ! ¡ Callad, callad, que no sabéis á quién tenéis en vuestra casa, y si lo supierais no diríais tantas impertinencias.

HOSTELERO

¿ Pero no he de saber siquiera... ?

CRISPÍN

¡ Voto á..., que llamaré á mi señor y él os dirá lo que conviene, si no lo entendisteis ! ¡ Cuidad de que nada le falte y atendedle con vuestros cinco sentidos, que bien puede pesaros ! ¿ No sabéis conocer á las personas ? ¿ No visteis ya quién es mi señor ? ¿ Qué replicáis ? ¡ Vamos ya ! *(Entra en la hostería empujando al Hostelero.)*

ESCENA III

ARLEQUÍN y el CAPITÁN, que salen por la segunda izquierda.

ARLEQUÍN

Vagando por los campos que rodean esta ciudad, lo mejor de ella sin duda alguna, creo que sin pensarlo hemos venido á dar frente á la hostería. ¡ Animal de costumbre es el hombre ! ¡ Y dura costumbre la de alimentarse cada día !

CAPITÁN

¡ La dulce música de vuestros versos me distrajo de mis pensamientos ! ¡ Amable privilegio de los poetas !

ARLEQUÍN

¡ Que no les impide carecer de todo ! Con temor llego á la hostería. ¿ Consentirán hoy en fiarnos ? ¡ Válganos vuestra espada !

CAPITÁN

¿ Mi espada ? Mi espada de soldado como vuestro plectro de poeta, nada valen en esta ciudad de mercaderes y de negociantes... ¡ Triste condición es la nuestra !

ARLEQUÍN

Bien decís. No la sublime poesía, que sólo canta de nobles y elevados asuntos; ya ni sirve poner el ingenio á las plantas de los poderosos para elogiarlos ó satirizarlos; alabanzas ó diatribas no tienen valor para ellos; ni agradecen las unas ni temen las otras. El propio Aretino hubiera muerto de hambre en estos tiempos.

CAPITÁN

¿Y nosotros, decidme? Porque fuimos vencidos en las últimas guerras, más que por el enemigo poderoso, por esos indignos traficantes que nos gobiernan y nos enviaron á defender sus intereses sin fuerzas y sin entusiasmo, porque nadie combate con fe por lo que no estima; ellos, que no dieron uno de los suyos para soldado ni soltaron moneda sinó á buen interés y á mejor cuenta, y apenas temieron verla perdida amenazaron con hacer causa con el enemigo, ahora nos culpan á nosotros y nos maltratan y nos menosprecian y quisieran ahorrarse la mísera soldada con que creen pagarnos, y de muy buena gana nos despedirían sino temieran que un día todos los oprimidos por sus maldades y tiranías se levantarán contra ellos. ¡ Pobres de ellos si ese día nos acordamos de qué parte están la razón y la justicia !

ARLEQUÍN

Si así fuera..., ese día me tendréis á vuestro lado.

CAPITÁN

Con los poetas no hay que contar para nada, que es vuestro espíritu como el ópalo, que á cada luz hace diversos visos. Hoy os apasionáis por lo que nace y mañana por lo que muere; pero más inclinados sois á enamoraros de todo lo ruinoso por melancólico. Y como sois por lo regular gente trasnochadora, más veces visteis morir el sol que amanecer el día, y más sabéis de sus ocasos que de sus auroras.

ARLEQUÍN

No lo diréis por mí, que he visto amanecer muchas veces cuando no tenía donde acostarme. ¿Y cómo queríais que cantara al día, alegre como alondra, si amanecía tan triste para mí? ¿Os decidís á probar fortuna?

CAPITÁN

¡Qué remedio! Sentémonos, y sea lo que disponga nuestro buen hostelero.

ARLEQUÍN

¡Hola! ¡Eh! ¿Quién sirve? (*Llamando en la hostería.*)

ESCENA IV

DICHOS; el HOSTELERO. Después los MOZOS, LEANDRO y CRISPÍN, que salen á su^o tiempo de la hostería.

HOSTELERO

¡ Ah, caballeros! ¿ Sois vosotros? Mucho lo siento, pero hoy no puedo servir á nadie en mi hostería.

CAPITÁN

¿ Y por qué causa, si puede saberse?

HOSTELERO

¡ Lindo desahogo es el vuestro en preguntarlo! ¿ Pensáis que á mí me fía nadie lo que en mi casa se gasta?

CAPITÁN

¡ Ah! ¿ Es ése el motivo? ¿ Y no somos personas de crédito á quien puede fiarse?

HOSTELERO

Para mí, no. Y como nunca pensé cobrar, para favor ya fué bastante; conque así, hagan merced de no volver por mi casa.

ARLEQUÍN

¿Creéis que todo es dinero en este bajo mundo? ¿Contáis por nada las ponderaciones que de vuestra casa hicimos en todas partes? ¡Hasta un soneto os tengo dedicado, y en él celebro vuestras perdices estofadas y vuestros pasteles de liebre!... Y en cuanto al señor Capitán, tened por seguro que él solo sostendrá contra un ejército el buen nombre de vuestra casa. ¿Nada vale esto? ¡ Todo ha de ser moneda contante en el mundo!

HOSTELERO

¡ No estoy para burlas! No he menester de vuestros sonetos ni de la espada del señor Capitán, que mejor pudiera emplearla.

CAPITÁN

¡ Voto á..., que sí la emplearé escarmentando á un pícaro! (*Amenazándole y pegándole con la espada.*)

HOSTELERO

(*Gritando.*) ¿Qué es esto? ¿Contra mí? ¡ Favor! ¡ Justicia!

ARLEQUÍN

(*Conteniendo al Capitán.*) ¡ No os perdáis por tan ruín sujeto!

CAPITÁN

He de matarle. (*Pegándole.*)

HOSTELERO

¡ Favor ! ¡ Justicia !

MOZOS

(*Saliendo de la hostería.*) ¡ Que matan á nuestro amo !

HOSTELERO

¡ Socorredme !

CAPITÁN

¡ No dejaré uno !

HOSTELERO

¿ No vendrá nadie ?

LEANDRO

(*Saliendo con Crispín.*) ¿ Qué alboroto es éste ?

CRISPÍN

¿ En lugar donde mi señor se hospeda ? ¿ No hay sosiego posible en vuestra casa ? Yo traeré á la Justicia, que pondrá orden en ello.

HOSTELERO

¡ Esto ha de ser mi ruina ! ¡ Con tan gran señor en mi casa !

ARLEQUÍN

¿Quién es él?

HOSTELERO

¡ No oséis preguntarlo !

CAPITÁN

Perdonad, señor, si turbamos vuestro reposo; pero este ruín hostelero...

HOSTELERO

No fué mía la culpa, señor, sinó de estos desvergonzados...

CAPITÁN

¿ Á mí desvergonzado? ¡ No miraré nada !...

CRISPÍN

¡ Alto, señor Capitán, que aquí tenéis quien satisfaga vuestros agravios, si los tenéis de este hombre !

HOSTELERO

Figuraos que ha más de un mes que comen á mi costa sin soltar blanca, y porque me negué hoy á servirles se vuelven contra mí.

ARLEQUÍN

Yo no, que todo lo llevo con **paciencia.**

CAPITÁN

¿Y es razón que á un soldado no se le haga crédito?

ARLEQUÍN

¿Y es razón que en nada se estime un soneto con estrambote que compuse á sus perdices estofadas y á sus pasteles de liebre?... Todo por fe, que no los probé nunca, sino carnero y potajes.

CRISPÍN

Estos dos nobles señores dicen muy bien, y es indignidad tratar de ese modo á un poeta y á un soldado.

ARLEQUÍN

¡ Ah, señor; sois un alma grande !

CRISPÍN

Yo, no. Mi señor, aquí presente; que como tan gran señor, nada hay para él en el mundo como un poeta y un soldado.

LEANDRO

Cierto.

CRISPÍN

Y estad seguros de que mientras él pare en esta ciudad no habéis de carecer de nada, y cuanto gasto hagáis aquí corre de su cuenta.

LEANDRO

Cierto.

CRISPÍN

¡ Y mírese mucho el hostelero en trataros como corresponde !

HOSTELERO

¡ Señor !...

CRISPÍN

Y no seáis tan avaro de vuestras perdices ni de vuestras empanadas de gato, que no es razón que un poeta como el señor Arlequín hable por sueño de cosas tan palpables...

ARLEQUÍN

¿ Conocéis mi nombre ?

CRISPÍN

Yo, no; pero mi señor, como tan gran señor, conoce á cuantos poetas existen y existieron, siempre que sean dignos de ese nombre.

LEANDRO

Cierto.

CRISPÍN

Y ninguno tan grande como vos, señor Arlequín; y cada vez que pienso que aquí no se os ha guardado todo el respeto que merecéis...

HOSTELERO

Perdonad, señor. Yo les serviré como mandáis, y basta que seáis su fiador...

CAPITÁN

Señor, si en algo puedo serviros...

CRISPÍN

¿Es poco servicio el conoceros? ¡Glorioso Capitán, digno de ser cantado por este solo poeta!...

ARLEQUÍN

¡ Señor !

CAPITÁN

¡ Señor !

ARLEQUÍN

¿Y os son conocidos mis versos?

CRISPÍN

¿Cómo conocidos? ¡Olvidados los tengo!
¿No es vuestro aquel soneto admirable que empieza :

« ¿La dulce mano que acaricia y mata? »

ARLEQUÍN

¿Cómo decís?

CRISPÍN

« La dulce mano que acaricia y mata. »

ARLEQUÍN

¿Ese decís? No, no es mío ese soneto.

CRISPÍN

Pues merece ser vuestro. Y de vos, Capitán, ¿quién no conoce las hazañas? ¿No fuisteis el que sólo con veinte hombres asaltó el castillo de las Peñas Rojas en la famosa batalla de los Campos Negros?

CAPITÁN

¿Sabéis...?

CRISPÍN

¿Cómo si sabemos? ¡ Oh ! ¡ Cuántas veces se lo oí referir á mi señor entusiasmado ! Veinte hombres, veinte y vos delante, y desde el castillo... ¡ bum ! ¡ bum ! ¡ bum ! disparos, y bombardas, y pez hirviente, y demonios encendidos... ¡ y los veinte hombres como un solo hombre y vos delante ! Y los de arriba... ¡ bum ! ¡ bum ! ¡ bum ! Y los tambores... ¡ ran, rata-plán, plan ! Y los clarines... ¡ tararí, tarí, tarí !... Y vosotros sólo con vuestra espada y vos sin espada... ¡ ris, ris, ris !, golpe aquí, golpe allí..., una cabeza, un brazo... (*Empieza á*

golpes con la espada, dándole de plano al Hostelero y á los Mozos.)

MOZOS

¡ Ay, ay !

HOSTELERO

¡ Téngase, que se apasiona como si pasara !

CRISPÍN

¿Cómo si me apasiono? Siempre sentí yo el *animus belli*.

CAPITÁN

No parece sinó que os hallasteis presente.

CRISPÍN

Oírsele referir á mi señor, es como verlo, mejor que verlo. ¡ Y á un soldado así, al héroe de las Peñas Rojas en los Campos Negros se le trata de esa manera !... ¡ Ah ! Gran suerte fué que mi señor se hallase presente, y que negocios de importancia le hayan traído á esta ciudad, donde él hará que se os trate con respeto, como merecís... ¡ Un poeta tan alto, un tan gran capitán ! (*Á los Mozos.*) ¡ Pronto ! ¿Qué hacéis ahí como estafermos? Servidles de lo mejor que haya en vuestra casa, y ante todo una botella del mejor vino, que mi señor quiere beber con estos caballeros, y lo tendrá á gloria... ¿Qué hacéis ahí? ¡ Pronto ...

HOSTELERO

¡Voy, voy!... ¡No he librado de mala! (*Se va con los Mozos á la hostería.*)

ARLEQUÍN

¡Ah, señor! ¿Cómo agradecereros...?

CAPITÁN

¿Cómo pagaros...?

CRISPÍN

¡Nadie hable aquí de pagar, que es palabra que ofende! Sentaos, sentaos, que para mi señor, que á tantos príncipes y grandes ha sentado á su mesa, será éste el mayor orgullo.

LEANDRO

Cierto.

CRISPÍN

Mi señor no es de muchas palabras; pero, como veis, esas pocas son otras tantas sentencias llenas de sabiduría.

ARLEQUÍN

En todo muestra su grandeza.

CAPITÁN

No sabéis cómo conforta nuestro abatido

espíritu hallar un gran señor como vos, que así nos considera.

CRISPÍN

Esto no es nada, que yo sé que mi señor no se contenta con tan poco y será capaz de llevaros consigo y colocaros en tan alto estado...

LEANDRO

(Aparte á Crispín.) No te alargues en palabras, Crispín...

CRISPÍN

Mi señor no gusta de palabras, pero ya le conoceréis por las obras.

HOSTELERO

(Saliendo con los Mozos que traen las viandas y ponen la mesa.) Aquí está el vino... y la comida.

CRISPÍN

¡Beban, beban y coman y no se priven de nada, que mi señor corre con todo, y si algo os falta, no dudéis en decirlo, que mi señor pondrá orden en ello, que el hostelero es dado á descuidarse!

HOSTELERO

No por cierto; pero comprenderéis...

CRISPÍN

No digáis palabra, que diréis una impertinencia.

CAPITÁN

¡ Á vuestra salud !

LEANDRO

¡ Á la vuestra, señores ! ¡ Por el más grande poeta y el mejor soldado !

ARLEQUÍN

¡ Por el más noble señor !

CAPITÁN

¡ Por el más generoso !

CRISPÍN

Y yo también he de beber, aunque sea atrevimiento. Por este día grande entre todos que juntó al más alto poeta, al más valiente capitán, al más noble señor y al más leal criado... Y permitid que mi señor se despida, que los negocios que le traen á esta ciudad no admiten demora.

LEANDRO

Cierto.

CRISPÍN

¿No faltaréis á presentarle vuestros respetos cada día?

ARLEQUÍN

Y á cada hora; y he de juntar á todos los músicos y poetas de mi amistad para festejarle con música y canciones.

CAPITÁN

Y yo he de traer á toda mi compañía con antorchas y luminarias.

LEANDRO

Ofenderéis mi modestia...

CRISPÍN

Y ahora, comed, bebed... ¡Pronto! Servid á estos señores... (*Aparte al Capitán.*) Entre nosotros... ¿estaréis sin blanca?

CAPITÁN

¿Qué hemos de deciros?

CRISPÍN

¡No digáis más! (*Al Hostelero.*) ¡Eh! ¡Aquí! Entregaréis á estos caballeros cuarenta ó cincuenta escudos por encargo de mi señor y de parte suya... ¡No dejéis de cumplir sus órdenes!

HOSTELERO

¡ Descuidad ! ¿ Cuarenta ó cincuenta, decís ?

CRISPÍN

Poned sesenta... ¡ Caballeros, salud !

CAPITÁN

¡ Viva el más grande caballero !

ARLEQUÍN

¡ Viva !

CRISPÍN

¡ Decid ¡ viva ! también vosotros, gente incivil !

HOSTELERO Y MOZOS

¡ Viva !

CRISPÍN

¡ Viva el más alto poeta y el mayor soldado !

TODOS

¡ Viva !

LEANDRO

(Aparte á Crispín.) ¿ Qué locuras son éstas, Crispín, y cómo saldremos de ellas ?

CRISPÍN

Como entramos. Ya lo ves; la poesía y las armas son nuestras... ¡Adelante! ¡Sigamos la conquista del mundo! (*Todos se hacen saludos y reverencias, y Leandro y Crispín se van por la segunda izquierda. El Capitán y Arlequín se disponen á comer los asados que les han preparado el Hostelero y los Mozos que los sirven.*)

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Jardín con fachada de un pabellón, con puerta practicable en primer término izquierda. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DOÑA SIRENA y COLOMBINA saliendo del pabellón.

SIRENA

¿No hay para perder el juicio, Colombina? ¡Que una dama se vea en trance tan afrentoso por gente baja y descomedida! ¿Cómo te atreviste á volver á mi presencia con tales razones?

COLOMBINA

¿Y no habíais de saberlo?

SIRENA

¡Morir me estaría mejor! ¿Y todos te dijeron lo mismo?

COLOMBINA

Uno por uno y como lo oísteis... El sastre, que no os enviará el vestido mientras no le paguéis todo lo adeudado.

SIRENA .

¡El insolente! ¡El salteador de caminos! ¡Cuando es él quien me debe todo su crédito en esta ciudad, que hasta emplearlo yo en el atavío de mi persona no supo lo que era vestir damas!

COLOMBINA

Y los cocineros y los músicos y los criados todos dijeron lo mismo; que no servirán esta noche en la fiesta si no les pagáis por adelantado.

SIRENA

¡Los sayones! ¡Los foragidos! ¡Cuándo se vió tanta insolencia en gente nacida para servirnos! ¿Es que ya no se paga más que con

dinero? ¿Es que ya sólo se estima el dinero en el mundo? ¡Triste de la que se ve como yo, sin el amparo de un marido, ni de parientes, ni de allegados masculinos!... Que una mujer sola nada vale en el mundo por noble y virtuosa, que sea. ¡Oh, tiempos de perdición! ¡Tiempos del Apocalipsis! ¡El Anticristo debe ser llegado!

COLOMBINA

Nunca os ví tan apocada. Os desconozco. De mayores apuros supisteis salir adelante.

SIRENA

Eran otros tiempos, Colombina. Contaba yo entonces con mi juventud y con mi belleza como poderosos aliados. Príncipes y grandes señores rendíanse á mis plantas.

COLOMBINA

En cambio, no sería tanta vuestra experiencia y conocimiento del mundo como ahora. Y en cuanto á vuestra belleza, nunca estuvo tan en su punto, podéis creerlo.

SIRENA

¡Deja lisonjas! ¡Cuándo me vería yo de este modo si fuera la doña Sirena de mis veinte!

COLOMBINA

¿Años queréis decir?

SIRENA

¿Pues qué pensaste? ¡ Y qué diré de tí, que aun no los cumpliste y no sabes aprovecharlo! ¡ Nunca lo creyera cuando al verme tan sola de criada te adopté por sobrina! Si en vez de malograr tu juventud enamorándote de ese Arlequín, ese poeta que nada puede ofrecerte sinó versos y músicas, supieras emplearte mejor, no nos veríamos en tan triste caso!

COLOMBINA

¿Qué queréis? Aun soy demasiado joven para resignarme á ser amada y no corresponder. Y si he de adiestrarme en hacer padecer por mi amor, necesito saber antes cómo se padece cuando se ama. Yo sabré desquitarme. Aun no cumplí los veinte años. No me creáis con tan poco juicio que piense en casarme con Arlequín.

SIRENA

No me fío de tí, que eres muy caprichosa y siempre te dejaste llevar de la fantasía. Pero pensemos en lo que ahora importa. ¿Qué haremos en tan gran apuro? No tardarán en acudir mis convidados, todos personas de calidad y de importancia, y entre ellas el señor Polichinela

con su esposa y su hija, que por muchas razones me importan más que todos. Ya sabes cómo frecuentan esta casa algunos caballeros nobilísimos, pero, como yo, harto deslucidos en su nobleza por falta de dinero. Para cualquiera de ellos, la hija del señor Polichinela, con su riquísima dote y el gran caudal que ha de heredar á la muerte de su padre, puede ser un partido muy ventajoso. Muchos son los que la pretenden. En favor de todos ellos interpongo yo mi buena amistad con el señor Polichinela y su esposa. Cualquiera que sea el favorecido, yo sé que ha de corresponder con largueza á mis buenos oficios, que de todos me hice firmar una obligación para asegurarme. Ya no me quedan otros medios que estas mediaciones para reponer en algo mi patrimonio; si de camino algún rico comerciante ó mercader se prendara de tí... ¿quién sabe?... aun podía ser esta casa lo que fué en otro tiempo. Pero si esta noche la insolencia de esa gente trasciende, si no puedo ofrecer la fiesta... ¡No quiero pensarlo..., que será mi ruina!

COLOMBINA

No paséis cuidado. Con qué agasajarlos no ha de faltar. Y en cuanto á músicos y á criados, el señor Arlequín, que por algo es poeta y para algo está enamorado de mí, sabrá improvisarlo todo. Él conoce á muchos truhanes de

buen humor que han de prestarse á todo. Ya veréis, no faltará nada, y vuestros convidados dirán que no asistieron en su vida á tan maravillosa fiesta.

SIRENA

¡ Ay, Colombina ! Si eso fuera, ¡ cuánto ganarías en mi afecto ! Corre en busca de tu poeta... No hay que perder tiempo.

COLOMBINA

¿ Mi poeta ? Del otro lado de estos jardines pasea, de seguro, aguardando una seña mía...

SIRENA

No será bien que asista á vuestra entrevista, que yo no debo rebajarme en solicitar tales favores... Á tu cargo lo dejo. ¡ Que nada falte para la fiesta, y yo sabré recompensar á todos ; que esta estrechez angustiosa de ahora no puede durar siempre... ó no sería yo doña Sirena !

COLOMBINA

Todo se compondrá. Id descuidada. (*Vase doña Sirena por el pabellón.*)

ESCENA II

COLOMBINA, después CRISPÍN, que sale por la segunda derecha.

COLOMBINA

(Dirigiéndose á la segunda derecha y llamando.) ¡Arlequín! ¡Arlequín! *(Al ver salir á Crispín.)* ¡No es él!

CRISPÍN

No temáis, hermosa Colombina, amada del más soberano ingenio, que por ser raro poeta en todo, no quiso extremar en sus versos las ponderaciones de vuestra belleza. Si de lo vivo á lo pintado fué siempre diferencia, esto da en esta ocasión ventaja de lo vivo, ¡con ser tal la pintura!

COLOMBINA

Y vos, ¿sois también poeta, ó sólo cortesano y lisonjero?

CRISPÍN

Soy el mejor amigo de vuestro enamorado Arlequín, aunque sólo de hoy le conozco, pero tales pruebas tuvo de mi amistad en tan corto tiempo. Mi mayor deseo fué el de saludaros, y

el señor Arlequín no anduviera tan discreto en complacerme á no fiar tanto de mi amistad, que sin ella, fuera ponerme á riesgo de amaros sólo con haberme puesto en ocasión de veros.

COLOMBINA

El señor Arlequín fiaba tanto en el amor que le tengo como en la amistad que le tenéis. No pongáis todo el mérito de vuestra parte, que es tan necia presunción perdonar la vida á los hombres como el corazón á las mujeres.

CRISPÍN

Ahora advierto que no sois tan peligrosa al que os ve como al que llega á escucharos.

COLOMBINA

Permitid; pero antes de la fiesta preparada para esta noche he de hablar con el señor Arlequín, y...

CRISPÍN

No es preciso. Á eso vine, enviado de su parte y de parte de mi señor, que os besa las manos.

COLOMBINA

¿Y quién es vuestro señor, si puede saberse?

CRISPÍN

El más noble caballero, el más poderoso...

Permitid que por ahora calle su nombre; pronto habéis de conocerle. Mi señor desea saludar á doña Sirena y asistir á su fiesta esta noche.

COLOMBINA

¡La fiesta! ¿No sabéis...?

CRISPÍN

Lo sé. Mi deber es averiguarlo todo. Sé que hubo inconvenientes que pudieron estorbarla; pero no habrá ninguno, todo está prevenido.

COLOMBINA

¿Cómo sabéis...?

CRISPÍN

Yo os aseguro que no faltará nada. Suntuoso agasajo, luminarias y fuegos de artificio, músicos y cantores. Será la más lucida fiesta del mundo...

COLOMBINA

¿Sois algún encantador por ventura?

CRISPÍN

Ya me iréis conociendo. Sólo os diré que por algo juntó hoy el destino á gente de tan buen entendimiento, incapaz de malograrlo con vanos escrúpulos. Mi señor sabe que esta noche asis-

tirá á la fiesta el señor Polichinela, con su hija única, la hermosa Silvia, el mejor partido de esta ciudad. Mi señor ha de enamorarla, mi señor ha de casarse con ella y mi señor sabrá pagar como corresponde los buenos oficios de doña Sirena y los vuestros también si os prestáis á favorecerle.

COLOMBINA

No andáis con rodeos. Debiera ofenderme vuestro atrevimiento.

CRISPÍN

El tiempo apremia y no me dió lugar á ser comedido.

COLOMBINA

Si ha de juzgarse del amo por el criado...

CRISPÍN

No temás. Á mi amo le hallaréis el más cortés y atento caballero. Mi desvergüenza le permite á él mostrarse vergonzoso. Duras necesidades de la vida pueden obligar al más noble caballero á empleos de rufián, como á la más noble dama á bajos oficios, y esta mezcla de ruindad y nobleza en un mismo sujeto desluce con el mundo. Habi idad es mostrar separado en dos sujetos lo que suele andar junto en uno

solo. Mi señor y yo, con ser uno mismo, somos cada uno una parte del otro. ¡Si así fuera siempre! Todos llevamos en nosotros un gran señor de altivos pensamientos, capaz de todo lo grande y de todo lo bello... Y á su lado, el servidor humilde, el de las ruines obras, el que ha de emplearse en las bajas acciones á que obliga la vida... Todo el arte está en separarlos de tal modo, que cuando caemos en alguna bajeza podamos decir siempre : no fué mía, no fuí yo, fué mi criado. En la mayor miseria de nuestra vida siempre hay algo en nosotros que quiere sentirse superior á nosotros mismos. Nos despreciaríamos demasiado si no creyésemos valer más que nuestra vida... Ya sabéis quién es mi señor : el de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños. Ya sabéis quién soy yo : el de los ruines empleos, el que siempre, muy bajo, rastrea y socava entre toda mentira y toda indignidad y toda miseria. Sólo hay algo en mí que me redime y me eleva á mis propios ojos. Esta lealtad de mi servidumbre, esta lealtad que se humilla y se arrastra para que otro pueda volar y pueda ser siempre el señor de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños. (*Se oye música dentro.*)

COLOMBINA

¿Qué música es ésa?

CRISPÍN

La que mi señor trae á la fiesta, con todos sus pajes y todos sus criados y toda una corte de poetas y cantores presididos por el señor Arlequín, y toda una legión de soldados con el Capitán al frente escoltándole con antorchas...

COLOMBINA

¿Quién es vuestro señor, que tanto puede? Corro á prevenir á mi señora...

CRISPÍN

No es preciso. Ella acude.

ESCENA III

DICHOS y DOÑA SIRENA, que sale por el pabellón.

SIRENA

¿Qué es esto? ¿Quién previno esa música? ¿Qué tropel de gente llega á nuestra puerta?

COLOMBINA

No preguntéis nada. Sabed que hoy llegó á esta ciudad un gran señor, y es él quien os ofrece la fiesta esta noche. Su criado os informará de todo. Yo aun no sabré deciros si hablé

con un gran loco ó con un gran bribón. De cualquier modo, os aseguro que él es un hombre extraordinario...

SIRENA

¿Luego no fué Arlequín...?

COLOMBINA

No preguntéis... Todo es como cosa de magia...

CRISPÍN

Doña Sirena, mi señor os pide licencia para besaros las manos. Tan alta señora y tan noble señor no han de entender en intrigas impropias de su condición. Por eso, antes que él llegue á saludaros yo he de decirlo todo. Yo sé de vuestra historia mil notables sucesos que, referidos, me asegurarían toda vuestra confianza... Pero fuera impertinencia puntualizarlos. Mi amo os asegura aquí (*Entregándola un papel*) con su firma la obligación que ha de cumpliros si de vuestra parte sabéis cumplir lo que aquí os propone.

SIRENA

¿Qué papel y qué obligación es ésta?... (*Leyendo el papel para sí.*) ¡Cómo! ¿Cien mil escudos de presente y otros tantos á la muerte del señor Polichinela si llega á casarse con su

hija? ¿Qué insolencia es ésta? ¿Á una dama? ¿Sabéis con quién habláis? ¿Sabéis qué casa es ésta?

CRISPÍN

¡Doña Sirena!..., ¡excusad la indignación! No hay nadie presente que pueda importaros. Guardad ese papel junto con otros..., y no se hable más del asunto. Mi señor no os propone nada indecoroso ni vos consentiríais en ello... Cuanto aquí suceda será obra de la casualidad y del amor. Fuí yo, el criado, el único que tramó estas cosas indignas. Vos sois siempre la noble dama, mi amo el noble señor, que al encontraros esta noche en la fiesta, hablaréis de mil cosas galantes y delicadas, mientras vuestros convidados pasean y conversan á vuestro alrededor, con admiraciones á la hermosura de las damas, al arte de sus galas, á la esplendidez del agasajo, á la dulzura de la música y á la gracia de los bailarines... ¿Y quién se atreverá á decir que no es esto todo? ¿No es así la vida, una fiesta en que la música sirve para disimular palabras y las palabras para disimular pensamientos? Que la música suene incesante, que la conversación se anime con alegres risas, que la cena esté bien servida..., es todo lo que importa á los convidados. Y ved aquí á mi señor que llega á saludaros con toda gentileza.

ESCENA IV

DICHOS, LEANDRO, ARLEQUÍN y el CAPITÁN,
que salen por la segunda derecha.

LEANDRO

Doña Sirena bésoos las manos.

SIRENA

Caballero...

LEANDRO

Mi criado os habrá dicho en mi nombre
cuanto yo pudiera deciros.

CRISPÍN

Mi señor, como persona grave, es de pocas
palabras. Su admiración es muda.

ARLEQUÍN

Pero sabe admirar sabiamente.

CAPITÁN

El verdadero mérito.

ARLEQUÍN

El verdadero valor.

CAPITÁN

El arte incomparable de la poesía.

ARLEQUÍN

La noble ciencia militar.

CAPITÁN

En todo muestra su grandeza.

ARLEQUÍN

Es el más noble caballero del mundo.

CAPITÁN

Mi espada estará siempre á su servicio.

ARLEQUÍN

He de consagrar á su gloria mi mejor poema.

CRISPÍN

Basta, basta, que ofenderéis su natural modestia. Vedle cómo quisiera ocultarse y desaparecer. Es una violeta.

SIRENA

No necesita hablar quien de este modo hace hablar á todos en su alabanza. *(Después de un saludo y reverencia se van todos por la primera*

derecha. Á Colombina.) ¿Qué piensas de todo esto, Colombina?

COLOMBINA

Que el caballero tiene muy gentil figura y el criado muy gentil desvergüenza.

SIRENA

Todo puede aprovecharse. Ó yo no sé nada del mundo ni de los hombres, ó la fortuna se entró hoy por mis puertas.

COLOMBINA

Pues segura es entonces la fortuna; porque del mundo sabéis algo, y de los hombres, ¡ no se diga !

SIRENA

Risela y Laura, que son las primeras en llegar...

COLOMBINA

¿Cuándo fueron ellas las últimas en llegar á una fiesta? Os dejo en su compañía, que yo no quiero perder de vista á nuestro caballero...
(Vase por la primera derecha.)

ESCENA V

DOÑA SIRENA, LAURA y RISELA, que salen
por la segunda derecha.

SIRENA

¡ Amigas ! Ya comenzaba á dolerme de vuestra
ausencia.

LAURA

¿Pues es tan tarde?

SIRENA

Siempre lo es para veros.

RISELA

Otras dos fiestas dejamos por no faltar á
vuestra casa.

LAURA

Por más que alguien nos dijo que no sería
esta noche por hallaros algo indispuesta.

SIRENA

Sólo por dejar mal á los maldicientes, aun
muriendo la hubiera tenido.

RISELA

Y nosotras nos hubiéramos muerto y no hubiéramos dejado de asistir á ella.

LAURA

¿No sabéis la novedad?

RISELA

No se habla de otra cosa

LAURA

Dicen que ha llegado un personaje misterioso. Unos dicen que es embajador secreto de Venecia ó de Francia.

RISELA

Otros dicen que viene á buscar esposa para el Gran Turco.

LAURA

Aseguran que es lindo como un Adonis.

RISELA

Si nos fuera posible conocerle... Debísteis invitarle á vuestra fiesta.

SIRENA

No fué preciso, amigas, que él mismo envió un embajador á pedir licencia para ser recibido. Y en mi casa está y le veréis muy pronto.

LAURA

¿Qué decís? Ved si anduvimos acertadas en dejarlo todo por asistir á vuestra casa.

RISELA

¡ Cuántas nos envidiarán esta noche !

LAURA

Todos rabian por conocerle.

SIRENA

Pues yo nada hice por lograrlo. Bastó que él supiera que yo tenía fiesta en mi casa.

RISELA

Siempre fué lo mismo con vos. No llega persona importante á la ciudad que luego no os ofrezca sus respetos.

LAURA

Ya se me tarda en verle... Llevadnos á su presencia por vuestra vida.

RISELA

Sí, sí, llevadnos.

SIRENA

Permitid, que llega el señor Polichinela con

su familia... Pero id sin mí; no os será difícil hablarle.

RISELA

Sí, sí; vamos, Laura.

LAURA

Vamos, Risela. Antes de que aumente la confusión y no nos sea posible acercarnos. (*Vanse por la primera derecha.*)

ESCENA VI

DOÑA SIRENA, POLICHINELA, la SEÑORA DE POLICHINELA y SILVIA, que salen por la segunda derecha.

SIRENA

¡ Oh, señor Polichinela ! Ya temía que no vendrías. Hasta ahora no comenzó para mí la fiesta.

POLICHINELA

No fué culpa mía la tardanza. Fué de mi mujer, que entre cuarenta vestidos no supo nunca cuál ponerse.

SEÑORA DE POLICHINELA

Si por él fuera me presentaría de cualquier modo... Ved cómo vengo de sofocada por apresurarme.

SIRENA

Venís hermosa como nunca.

POLICHINELA

Pues aun no trae la mitad de sus joyas. No podría con tanto peso.

SIRENA

¿Y quién mejor puede ufanarse con que su esposa ostente el fruto de una riqueza adquirida con vuestro trabajo?

SEÑORA DE POLICHINELA

Pero ¿no es hora ya de disfrutar de ella, como yo le digo, y de tener más nobles aspiraciones? Figuraos que ahora quiere casar á nuestra hija con un negociante.

SIRENA

¡ Oh, señor Polichinela ! Vuestra hija merece mucho más que un negociante. No hay que pensar en eso. No debéis sacrificar su corazón por ningún interés. ¿Qué dices tú, Silvia?

POLICHINELA

Ella preferirá algún barbilindo, que, muy á pesar mío, es muy dada á novelas y poesía.

SILVIA

Yo haré siempre lo que mi padre ordene, si á mi madre no le contraría y á mí no me disgusta.

SIRENA

Eso es hablar con juicio.

SEÑORA DE POLICHINELA

Tu padre piensa que sólo el dinero vale y se estima en el mundo.

POLICHINELA

Yo pienso que sin dinero no hay cosa que valga ni se estime en el mundo; que es el precio de todo.

SIRENA

¡No habléis así! ¿Y las virtudes, y el saber, y la nobleza?

POLICHINELA

Todo tiene su precio, ¿quién lo duda? Nadie mejor que yo lo sabe, que compré mucho de todo eso, y no muy caro.

SIRENA

¡ Oh, señor Polichinela ! Es humorada vuestra. Bien sabéis que el dinero no es todo, y que si vuestra hija se enamorara de algún noble caballero, no sería bien contrariarla. Yo sé que tenéis un sensible corazón de padre.

POLICHINELA

Eso sí. Por mi hija sería yo capaz de todo.

SIRENA

¿Hasta de arruinaros?

POLICHINELA

Eso no sería una prueba de cariño. Antes sería capaz de robar, de asesinar..., de todo.

SIRENA

Ya sé que siempre sabríais rehacer vuestra fortuna. Pero la fiesta se anima. Ven conmigo, Silvia. Para danzar téngote destinado un caballero, que habéis de ser la más lucida pareja...
(Se dirigen todos á la primera derecha. Al ir á salir el señor Polichinela, Crispin, que entra por la segunda derecha, le detiene.)

ESCENA VII

CRISPÍN y POLICHINELA.

CRISPÍN

¡Señor Polichinela! Con licencia.

POLICHINELA

¿Quién me llama? ¿Qué me queréis?

CRISPÍN

¿No recordáis de mí? No es extraño. El tiempo todo lo borra, y cuando es algo enojoso lo borrado, no deja ni siquiera el borrón como recuerdo, sino que se apresura á pintar sobre él con alegres colores, esos alegres colores con que ocultáis al mundo vuestras jorobas. Señor Polichinela, cuando yo os conocí, apenas las cubrían unos descoloridos andrajos.

POLICHINELA

¿Y quién eres tú y dónde pudiste conocerme?

CRISPÍN

Yo era un mozuelo, tú eras ya todo un hombre. Pero ¿has olvidado ya tantas gloriosas hazañas por esos mares, tantas victorias ganadas

al turco, á que no poco contribuimos con nuestro heroico esfuerzo, unidos los dos al mismo noble remo en la misma gloriosa nave?

POLICHINELA

¡ Imprudente ! ¡ Calla ó... !

CRISPÍN

Ó harás conmigo como con tu primer amo en Nápoles y con tu primera mujer en Bolonia, y con aquel mercader judío en Venecia...

POLICHINELA

¡ Calla ! ¿ Quién eres tú, que tanto sabes y tanto hablas ?

CRISPÍN

Soy... lo que fuiste. Y quien llegará á ser lo que eres... como tú llegaste. No con tanta violencia como tú, porque los tiempos son otros y ya sólo asesinan los locos y los enamorados y cuatro pobretes que aun asaltan á mano armada al transeunte por calles obscuras ó caminos solitarios. ¡ Carne de horca, despreciable !

POLICHINELA

¿ Y qué quieres de mí ? Dinero, ¿ no es eso ? Ya nos veremos más despacio. No es éste el lugar...

CRISPÍN

No tiembles por tu dinero. Sólo deseo ser tu amigo, tu aliado, como en aquellos tiempos.

POLICHINELA

¿Qué puedo hacer por tí?

CRISPÍN

No, ahora soy yo quien va á servirte, quien quiere obligarte con una advertencia... (*Haciéndole que mire á la primera derecha.*) ¿Ves allí á tu hija cómo danza con un joven caballero y cómo sonrío ruborosa al oír sus galanterías? Ese caballero es mi amo.

POLICHINELA

¿Tu amo? Será entonces un aventurero, un hombre de fortuna, un bandido como...

CRISPÍN

¿Como nosotros... vas á decir? No; es más peligroso que nosotros, porque, como ves, su figura es bella, y hay en su mirada un misterio de encanto y en su voz una dulzura que llega al corazón y le conmueve como si contara una historia triste. ¿No es esto bastante para ena-

morar á cualquier mujer? No dirás que no te he advertido. Corre y separa á tu hija de ese hombre, y no la permitas que baile con él ni que vuelva á escucharle en su vida.

POLICHINELA

¿Y dices que es tu amo y así le sirves?

CRISPÍN

¿Lo extrañas? ¿Te olvidas ya de cuando fuiste criado? Yo aun no pienso asesinarle.

POLICHINELA

Dices bien; un amo es siempre odioso. Y en servirme á mí, ¿qué interés es el tuyo?

CRISPÍN

Llegar á buen puerto, como llegamos tantas veces remando juntos. Entonces tú me decías alguna vez . Tú que eres fuerte rema por mí... En esta galera de ahora eres tú más fuerte que yo; rema por mí, por el fiel amigo de entonces, que la vida es muy pesada galera y yo llevo remado mucho. (*Vase por la segunda derecha.*)

ESCENA VIII

EL SEÑOR POLICHINELA, DOÑA SIRENA, la SEÑORA DE POLICHINELA, RISELA y LAURA, que salen por la primera derecha.

LAURA

Sólo doña Sirena sabe ofrecer fiestas semejantes.

RISELA

Y la de esta noche excedió á todas.

SIRENA

La presencia de tan singular caballero fué un nuevo atractivo.

POLICHINELA

¿Y Silvia? ¿Dónde quedó Silvia? ¿Cómo dejaste á nuestra hija?

SIRENA

Callad, señor Polichinela, que vuestra hija se halla en excelente compañía, y en mi casa siempre estará segura.

RISELA

No hubo atenciones más que para ella.

LAURA

Para ella es todo el agrado.

RISELA

Y todos los suspiros.

POLICHINELA

¿De quién? ¿De ese caballero misterioso? Pues no me contenta. Y ahora mismo...

SIRENA

¡Pero señor Polichinela!...

POLICHINELA

¡Dejadme, dejadme! Yo sé lo que me hago.
(*Vase por la primera derecha.*)

SIRENA

¿Qué le ocurre? ¿Qué destemplanza es ésta?

SEÑORA DE POLICHINELA

¿Veis qué hombre? ¡Capaz será de una grosería con el caballero! ¡Que ha de casar á su hija con algún mercader ú hombre de baja estofa! ¡Que ha de hacerla desgraciada para toda la vida!

SIRENA

¡ Eso no !..., que sois su madre, y algo ha de valer vuestra autoridad...

SEÑORA DE POLICHINELA

¡ Ved ! Sin duda dijo alguna impertinencia, y el caballero ya deja la mano de Silvia, y se retira cabizbajo.

LAURA

Y el señor Polichinela parece reprender á vuestra hija...

SIRENA

¡ Vamos, vamos ! Que no puede consentirse tanta tiranía.

RISELA

Ahora vemos, señora Polichinela, que con todas vuestras riquezas no sois menos desgraciada.

SEÑORA DE POLICHINELA

No lo sabéis, que algunas veces llegó hasta golpearme.

LAURA

¿ Qué decís ? ¿ Y fuisteis mujer para consentirlo ?

SEÑORA DE POLICHINELA

Luego cree componerlo con traerme algún regalo.

SIRENA

¡Menos mal! Que hay maridos que no lo componen con nada. (*Vanse todas por la primera derecha.*)

ESCENA IX

LEANDRO y CRISPÍN, que salen por la segunda derecha.

CRISPÍN

¿Qué tristeza, qué abatimiento es ése? ¡Con mayor alegría pensé hallarte!

LEANDRO

Hasta ahora no me ví perdido; hasta ahora no me importó menos perderme. Huyamos, Crispín; huyamos de esta ciudad antes de que nadie pueda descubrirnos y vengan á saber lo que somos.

CRISPÍN

Si huyéramos, es cuando todos lo sabrían y cuando muchos corrieran hasta detenernos y

hacernos volver á nuestro pesar, que no parece bien ausentarnos con tanta descortesía, sin despedirnos de gente tan atenta.

LEANDRO

No te burles, Crispín, que estoy desesperado.

CRISPÍN

¡Así eres! Cuando nuestras esperanzas lleven mejor camino.

LEANDRO

¿Qué puedo esperar? Quisiste que fingiera un amor, y mal sabré fingirlo.

CRISPÍN

¿Por qué?

LEANDRO

Porque amo, amo con toda verdad y con toda mi alma.

CRISPÍN

¿Á Silvia? ¿Y de eso te lamentas?

LEANDRO

¡Nunca pensé que pudiera amarse de este modo! ¡Nunca pensé que yo pudiera amar! En mi vida errante por todos los caminos, no fuí

siquiera el que siempre pasa, sinó el que siempre huye, enemiga la tierra, enemigos los hombres, enemiga la luz del sol. La fruta del camino, hurtada, no ofrecida, dejó acaso en mis labios algún sabor de amores, y alguna vez, después de muchos días azarosos, en el descanso de una noche, la serenidad del cielo me hizo soñar con algo que fuera en mi vida como aquel cielo de la noche que traía á mi alma el reposo de su serenidad. Y así esta noche en el encanto de la fiesta... me pareció que era un descanso en mi vida... y soñaba... ¡ He soñado ! Pero mañana será otra vez la huída azarosa, será la Justicia que nos persigue... y no quiero que me halle aquí, donde está ella donde ella puede avergonzarse de haberme visto.

CRISPÍN

Yo creí ver que eras acogido con agrado... Y no fuí yo solo en advertirlo. Doña Sirena y nuestros buenos amigos el Capitán y el poeta le hicieron de tí los mayores elogios. Á su excelente madre, la señora Polichinela, que sólo sueña emparentar con un noble, le pareciste el yerno de sus ilusiones. En cuanto al señor Polichinela...

LEANDRO

Sospecha de nosotros..., nos conoce...

CRISPÍN

Sí; al señor Polichinela no es fácil engañarle como á un hombre vulgar. Á un zorro viejo como él hay que engañarle con lealtad. Por eso me pareció el mejor medio prevenirle de todo.

LEANDRO

¿Cómo?

CRISPÍN

Sí; él me conoce de antiguo... Al decirle que tú eres mi amo supuso, con razón que el amo sería digno del criado. Y yo, por corresponder á su confianza, le advertí que de ningún modo consintiera que hablaras con su hija.

LEANDRO

¿Eso hici te? ¿Y qué puedo esperar?

CRISPÍN

¡ Necio eres ! Que el señor Polichinela ponga todo su empeño en que no vuelvas á ver á su hija.

LEANDRO

¡ No lo entiendo !

CRISPÍN

Y que de este modo sea nuestro mejor aliado, porque bastará que él se oponga, para que su

mujer le lleve la contraria y su hija se enamore de tí más locamente. Tú no sabes lo que es una joven, hija de un padre rico, criada en el mayor regalo, cuando ve por primera vez en su vida que algo se opone á su voluntad. Estoy seguro de que esta misma noche, antes de terminar la fiesta, consigue burlar la vigilancia de su padre para hablar todavía contigo.

LEANDRO

¿Pero no ves que nada me importa del señor Polichinela ni del mundo entero? Que es á ella, sólo á ella, á quien yo no quiero parecer indigno y despreciable..., á quien yo no quiero mentir.

CRISPÍN

¡Bah! ¡Deja locuras! No es posible retroceder. Piensa en la suerte que nos espera si vacilamos en seguir adelante. ¿Que te has enamorado? Ese amor verdadero nos servirá mejor que si fuera fingido. Tal vez de otro modo hubieras querido ir demasiado de prisa; y si la osadía y la insolencia convienen para todo, sólo en amor sienta bien á los hombres algo de timidez. La timidez del hombre hace ser más atrevidas á las mujeres. Y si lo dudas, aquí tienes á la inocente Silvia, que llega con el mayor sigilo y sólo espera para acerca se á tí que yo me retire ó me esconda.

LEANDRO

¿Silvia dices?

CRISPÍN

¡ Chito ! ¡ Que pudiera espantarse ! Y cuando esté á tu lado, mucha discreción... pocas palabras, pocas... Adora, contempla, admira, y deja que hable por tí el encanto de esta noche azul, propicia á los amores, y esa música que apaga sus sonos entre la arboleda y llega como triste de la alegría de la fiesta.

LEANDRO

No te burles, Crispín; no te burles de este amor que será mi muerte.

CRISPÍN

¿Por qué he de burlarme? Yo sé bien que no conviene siempre rastrear. Alguna vez hay que volar por el cielo para mejor dominar la tierra. Vuela tú ahora; yo sigo arrastrándome. ¡ El mundo será nuestro ! (*Vase por la segunda izquierda.*)

ESCENA ÚLTIMA

LEANDRO y SILVIA, que sale por la primera derecha.
Al final CRISPÍN.

LEANDRO

¡Silvia!

SILVIA

¿Sois vos? Perdonad; no creí hallaros aquí.

LEANDRO

Huí de la fiesta. Su alegría me entristece.

SILVIA

¿También á vos?

LEANDRO

¿También decís? ¡También os entristece la alegría!...

SILVIA

Mi padre se ha enojado conmigo. ¡Nunca me habló de ese modo! Y con vos también estuvo desatento. ¿Le perdonáis?

LEANDRO

Sí; lo perdono todo. Pero no le enojéis por mi causa. Volved á la fiesta, que han de buscaros; y si os hallaran aquí á mi lado...

SILVIA

Tenéis razón. Pero volved vos también. ¿Por qué habéis de estar triste?

LEANDRO

No; yo saldré sin que nadie lo advierta... Debo ir muy lejos.

SILVIA

¿Qué decís? ¿No os trajeron asuntos de importancia á esta ciudad? ¿No debíais permanecer aquí mucho tiempo?

LEANDRO

¡No, no! ¡Ni un día más! ¡Ni un día más!

SILVIA

Entonces... ¿Me habéis mentido?

LEANDRO

¡Mentir! No... No digáis que he mentido... No; ésta es la única verdad de mi vida... ¡Este

sueño que no debe tener despertar! (*Se oye á lo lejos la música de una canción hasta que cae el telón.*)

SILVIA

Es Arlequín que canta... ¿Qué os sucede? ¿Lloráis? ¿Es la música la que os hace llorar? ¿Por qué no decirme vuestra tristeza?

LEANDRO

¿Mi tristeza? Ya la dice esa canción. Escuchadla.

SILVIA

Desde aquí sólo la música se percibe; las palabras se pierden. ¿No la sabéis? Es una canción al silencio de la noche, y se llama *El reino de las almas*. ¿No la sabéis?

LEANDRO

Decidla...

SILVIA

La noche amorosa, sobre los amantes
 tiende de su cielo el dosel nupcial.
 La noche ha prendido sus claros diamantes
 en el terciopelo de un cielo estival.
 El jardín en sombra no tiene colores,
 y es en el misterio de su obscuridad
 susurro el follaje, aroma las flores

y amor... un deseo dulce de llorar.
La voz que suspira, y la voz que canta
y la voz que dice palabras de amor,
impiedad parecen en la noche santa
como una blasfemia entre una oración.
¡Alma del silencio, que yo reverencio,
tiene tu silencio la inefable voz
de los que murieron amando en silencio;
de los que callaron muriendo de amor;
de los que en la vida por amarnos mucho
tal vez no supieron su amor expresar!
¿No es la voz acaso que en la noche escucho
y cuando amor dice, dice eternidad?
¡Madre de mi alma! ¿No es luz de tus ojos
la luz de esa estrella
que como una lágrima de amor infinito
en la noche tiembla?
¡Dile á la que hoy amo que yo no amé nunca
más que á tí en la tierra,
y desde que has muerto sólo me ha besado
la luz de esa estrella!

LEANDRO

¡Madre de mi alma! No he amado nunca
más que á tí en la tierra,
y desde que has muerto sólo me ha besado
la luz de esa estrella.

(Quedan en silencio, abrazados y mirándose.)

CRISPÍN

(Que aparece por la segunda izquierda. Aparte.)

¡ Noche, poesía, locuras de amante !...
¡ Todo ha de servirnos en esta ocasión !
¡ El triunfo es seguro ! ¡ Valor y adelante !
¿ Quién podrá vencernos si es nuestro el amor ?

(Silvia y Leandro, abrazados, se dirigen muy despacio á la primera derecha. Crispín los sigue sin ser visto por ellos. El telón va bajando muy despacio.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Sala en casa de Leandro

ESCENA PRIMERA

CRISPÍN, el CAPITÁN, ARLEQUÍN. Salen por la segunda derecha, ó sea el pasillo.

CRISPÍN

Entrad, caballeros, y sentaos con toda comodidad. Diré que os sirvan algo... ¡Hola! ¡Eh! ¡Hola!

CAPITÁN

De ningún modo. No aceptamos nada.

ARLEQUÍN

Sólo venimos á ofrecernos á tu señor, después de lo que hemos sabido.

CAPITÁN

¡ Increíble traición, que no quedará sin castigar ! ¡ Yo te aseguro que si el señor Polichinela se pone al alcance de mi mano... !

ARLEQUÍN

¡ Ventaja de los poetas ! Yo siempre le tendré al alcance de mis versos... ¡ Oh ! La tremenda sátira que pienso dedicarle... ¡ Viejo dañino, viejo malvado !

CAPITÁN

¿ Y dices que tu amo no fué siquiera herido ?

CRISPÍN

Pero pudo ser muerto. ¡ Figuraos ! ¡ Una docena de espadachines asaltándole de improviso ! Gracias á su valor, á su destreza, á mis voces...

ARLEQUÍN

¿ Y ello sucedió anoche, cuando tu señor hablaba con Silvia por la tapia de su jardín ?

CRISPÍN

Ya mi señor había tenido aviso... ; pero ya le conocéis : no es hombre para intimidarse por nada.

CAPITÁN

Pero debió advertirnos...

ARLEQUÍN

Debió advertir al señor Capitán. Él le hubiera acompañado gustoso.

CRISPÍN

Ya conocéis á mi señor. Él solo se basta.

CAPITÁN

¿Y dices que por fin conseguiste atrapar por el cuello á uno de los malandrines, que confesó que todo estaba preparado por el señor Polichinela para deshacerse de tu amo?...

CRISPÍN

¿Y qu'én sinó él podía tener interés en ello? Su hija ama á mi señor; él trata de casarla á su gusto; mi señor estorba sus planes, y el señor Polichinela supo toda su vida cómo suprimir estorbos. ¿No enviudó dos veces en poco tiempo? ¿No heredó en menos á todos sus parientes, viejos y jóvenes? Todos lo saben, nadie dirá que le calumnio... ¡ Ah! La riqueza del señor Polichinela es un insulto á la humanidad y á la justicia. Sólo entre gente sin honor puede triunfar impune un hombre como el señor Polichinela.

ARLEQUÍN

Dices bien. Y yo en mi sátira he de decir todo eso... Claro que sin nombrarle, porque la poesía no debe permitirse tanta licencia.

CRISPÍN

¡Bastante le importará á él de vuestra sátira!

CAPITÁN

Dejadme, dejadme á mí, que como él se ponga al alcance de mi mano... Pero bien sé que él no vendrá á buscarme.

CRISPÍN

Ni mi señor consentiría que se ofendiera al señor Polichinela. Á pesar de todo, es el padre de Silvia. Lo que importa es que todos sepan en la ciudad cómo mi amo estuvo á punto de ser asesinado; cómo no puede consentirse que ese viejo zorro contraríe la voluntad y el corazón de su hija.

ARLEQUÍN

No puede consentirse; el amor está sobre todo.

CRISPÍN

Y si mi amo fuera algún ruín sujeto... Pero, decidme: ¿no es el señor Polichinela el que

debía enorgullecerse de que mi señor se haya dignado enamorarse de su hija y aceptarle por suegro? ¡Mi señor, que á tantas doncellas de linaje excelso ha despreciado, y por quién más de cuatro princesas hicieron cuatro mil locuras! Pero ¿quién llega? (*Mirando hacia la segunda derecha.*) ¡Ah, Colombina! ¡Adelante, graciosa Colombina, no hayas temor! (*Sale Colombina.*) Todos somos amigos, y nuestra mutua amistad te defiende de nuestra unánime admiración.

ESCENA II

DICHOS y COLOMBINA, que sale por la segunda derecha, ó sea el pasillo.

COLOMBINA

Doña Sirena me envía á saber de tu señor. Apenas rayaba el día, vino Silvia á nuestra casa, y refirió á mi señora todo lo sucedido. Dice que no volverá á casa de su padre, ni saldrá de casa de mi señora más que para ser la esposa del señor Leandro.

CRISPÍN

¿Eso dice? ¡Oh noble joven! ¡Oh corazón amante!

ARLEQUÍN

¡Qué epitalamio pienso componer á sus bodas!

COLOMBINA

Silvia cree que Leandro está malherido... Desde su balcón oyó ruido de espadas, tus voces en demanda de auxilio. Después cayó sin sentido, y así la hallaron al amanecer. Decidme lo que sea del señor Leandro, pues muere de angustia hasta saberlo, y mi señora también quedó en cuidado.

CRISPÍN

Dile que mi señor pudo salvarse, porque amor le guardaba; dile que sólo de amor muere con incurable herida... Dile... (*Viendo venir á Leandro.*) ¡Ah!... Pero aquí llega él mismo, que te dirá cuanto yo pudiera decirte.

ESCENA III

DICHOS y LEANDRO, que sale por la primera derecha.

CAPITÁN

(*Abrazándole.*) ¡Amigo mío!

ARLEQUÍN

(*Abrazándole.*) ¡Amigo y señor!

COLOMBINA

¡Ah, señor Leandro! ¡Que estáis salvo!
¡Qué alegría!

LEANDRO

¿Cómo supisteis...?

COLOMBINA

En toda la ciudad no se habla de otra cosa; por las calles se reúne la gente en corrillos, y todos murmuran y claman contra el señor Polichinela.

LEANDRO

¿Qué decís?

CAPITÁN

¡Y si algo volviera á intentar contra vos...!

ARLEQUÍN

¿Y si aún quisiera oponerse á vuestros amores?

COLOMBINA

Todo sería inútil. Silvia está en casa de mi señora, y sólo saldrá de allí para ser vuestra esposa...

LEANDRO

¿Silvia en vuestra casa? Y su padre...

COLOMBINA

El señor Polichinela hará muy bien en ocultarse.

CAPITÁN

¡Creyó que á tanto podría atreverse con su riqueza insolente!

ARLEQUÍN

Pudo atreverse á todo, pero no al amor...

COLOMBINA

¡Pretender asesinaros tan villanamente!

CRISPÍN

¡Doce espadachines, doce..., yo los conté!

LEANDRO

Yo sólo pude distinguir á tres ó cuatro.

CRISPÍN

Mi señor concluirá por decirnos que no fué tanto el riesgo, por no hacer mérito de su serenidad y de su valor... ¡Pero yo lo ví! Doce eran, doce, armados hasta los dientes, decididos

á todo. ¡ Imposible me parece que escapara con vida !

COLOMBINA

Corro á tranquilizar á Silvia y á mi señora.

CRISPÍN

Escucha, Colombina. Á Silvia, ¿no fuera mejor no tranquilizarla?...

COLOMBINA

Déjalo á cargo de mi señora. Silvia cree á estas horas que tu señor está moribundo, y aunque doña Sirena finge contenerla... no tardará en venir aquí sin reparar en nada.

CRISPÍN

Mucho fuera que tu señora no hubiera pensado en todo.

CAPITÁN

Vamos también, pues ya en nada podemos aquí servirlos. Lo que ahora conviene es sostener la indignación de las gentes contra el señor Polichinela.

ARLEQUÍN

Apedraremos su casa... Levantaremos á toda la ciudad en contra suya... Sepa que si

hasta hoy nadie se atrevió contra él, hoy todos juntos nos atrevemos; sepa que hay un espíritu y una conciencia en la multitud.

COLOMBINA

Él mismo tendrá que venir á rogaros que toméis á su hija por esposa.

CRISPÍN

Sí, sí; corred, amigos. Ved que la vida de mi señor no está segura... El que una vez quiso asesinarle, no se detendrá por nada.

CAPITÁN

No temas... ¡ Amigo mío !

ARLEQUÍN

¡ Amigo y señor !

COLOMBINA

¡ Señor Leandro !

LEANDRO

Gracias á todos, amigos míos, amigos leales.
(*Se van todos, menos Leandro y Crispín, por la segunda derecha.*)

ESCENA IV

LEANDRO y CRISPÍN.

LEANDRO

¿Qué es esto, Crispín? ¿Qué pretendes? ¿Hasta dónde has de llevarme con tus enredos? ¿Piensas que lo creí? Tú pagaste á los espada-chines; todo fué invención tuya. ¡Mal hubiera podido valerme contra todos si ellos no vinieran de burla!

CRISPÍN

¿Y serás capaz de reñirme, cuando así anticipo el logro de tus esperanzas?

LEANDRO

No, Crispín, no. ¡Bien sabes que no! Amo á Silvia y no lograré su amor con engaños, suceda lo que suceda.

CRISPÍN

Bien sabes lo que ha de sucederte... ¡Si amar es resignarse á perder lo que se ama por sutilezas de conciencia... que Silvia misma no ha de agradecerte!...

LEANDRO

¿Qué dices? ¡Si ella supiera quién soy!

CRISPÍN

Y cuando lo sepa, ya no serás el que fuiste : serás su esposo, su enamorado esposo, todo lo enamorado y lo fiel y lo noble que tú quieras y ella pueda desear... Una vez dueño de su amor... y de su dote, ¿no serás el más perfecto caballero? Tú no eres como el señor Polichinela, que con todo su dinero que tantos lujos le permite, aun no se ha permitido el lujo de ser honrado... En él es naturaleza la truhanería; pero en tí, en tí fué sólo necesidad... Y aun si no me hubieras tenido á tu lado, ya te hubieras dejado morir de hambre de puro escrupuloso. ¡Ah! ¿Crees que si yo hubiera hallado en tí otro hombre me hubiera contentado con dedicarte é enamorar?... No; te hubiera dedicado á la política, y, no el dinero del señor Polichinela, el mundo hubiera sido nuestro... Pero no eres ambicioso, te contentas con ser feliz...

LEANDRO

¿Pero no viste que mal podía serlo? Si hubiera mentido para ser amado y ser rico de este modo, hubiera sido porque yo no amaba, y mal podía ser feliz. Y si amo, ¿cómo puedo mentir?

CRISPÍN

Pues no mientas. Ama, ama con todo tu corazón, inmensamente. Pero defiende tu amor sobre todo. En amor no es mentir callar lo que puede hacernos perder la estimación del ser amado.

LEANDRO

— Esas sí que son sutilezas, Crispín.

CRISPÍN

Que tú debiste hallar antes si tu amor fuera como dices. Amor es todo sutilezas y la mayor de todas no es engañar á los demás, sino engañarse á sí mismo.

LEANDRO

Yo no puedo engañarme, Crispín. No soy de esos hombres que cuando venden su conciencia se creen en el caso de vender también su entendimiento.

CRISPÍN

Por eso dije que no servías para la política. Y bien dices. Que el entendimiento es la conciencia de la verdad, y el que llega á perderla entre las mentiras de su vida, es como si se perdiera á sí propio, porque ya nunca volverá á encontrarse ni á conocerse, y él mismo vendrá á ser otra mentira.

LEANDRO

¿Dónde aprendiste tanto, Crispín?

CRISPÍN

Medité algún tiempo en galeras, donde esta conciencia de mi entendimiento me acusó más de torpe que de pícaro. Con más picardía y menos torpeza, en vez de remar en ellas pude haber llegado á mandarlas. Por eso juré no volver en mi vida... Piensa de qué no seré capaz ahora que por tu causa me veo á punto de quebrantar mi juramento.

LEANDRO

¿Qué dices?

CRISPÍN

Que nuestra situación es ya insostenible, que hemos apurado nuestro crédito, y las gentes ya empiezan á pedir algo efectivo. El Hostelero, que nos albergó con toda esplendidez por muchos días, esperando que recibieras tus libranzas. El señor Pantalón, que fiado en el crédito del Hostelero, nos proporcionó cuanto fué preciso para instalarnos con suntuosidad en esta casa... Mercaderes de todo género, que no dudaron en proveernos de todo, deslumbrados por tanta grandeza. Doña Sirena misma, que tan buenos oficios nos ha prestado en tus

amores... Todos han esperado lo razonable, y sería injusto pretender más de ellos, ni quejarse de tan amable gente... ¡ Con letras de oro quedará grabado en mi corazón el nombre de esta insigne ciudad, que desde ahora declaro por mi madre adoptiva ! Á más de esto..., ¿olvidas que de otras partes habrán salido y andarán en busca nuestra? ¿Piensas que las hazañas de Mantua y de Florencia son para olvidarlas? ¿Recuerdas el famoso proceso de Bolonia?... ¡ Tres mil doscientos folios sumaba cuando nos ausentamos alarmados de verle crecer tan sin tino ! ¿Qué no habrá aumentado bajo la pluma de aquel gran doctor jurista que le había tomado por su cuenta? ¡ Qué de considerandos y de resultandos de que no resultará cosa buena ! ¿Y aun dudas? ¿Y aun me reprendes porque dí la batalla que puede decidir en un día de nuestra suerte?

LEANDRO

¡ Huyamos !

CRISPÍN

¡ No ! ¡ Basta de huir á la desesperada ! Hoy ha de fijarse nuestra fortuna... Te dí el amor, dame tú la vida.

LEANDRO

¿ Pero cómo salvarnos? ¿ Qué puedo ya hacer? Dime.

CRISPÍN

Nada ya. Basta con aceptar lo que los demás han de ofrecernos... Piensa que hemos creado muchos intereses y es interés de todos el salvarnos.

ESCENA V

DICHOS y DOÑA SIRENA, que sale por la segunda derecha, ó sea el pasillo.

SIRENA

¿Dais licencia, señor Leandro?

LEANDRO

¡Doña Sirena! ¿Vos en mi casa?

SIRENA

Ya veis á lo que me expongo. Á tantas lenguas maldicientes. ¡Yo en casa de un caballero, joven, apuesto!...

CRISPÍN

Mi señor sabría hacer callar á los maldicientes si alguno se atreviera á poner sospecha en vuestra fama.

SIRENA

¿Tu señor? No me fío. ¡ Los hombres son tan jactanciosos ! Pero en nada reparo por serviros. ¿Qué me decís, señor, que anoche quisieron daros muerte? No se habla de otra cosa... ¡ Y Silvia ! ¡ Pobre niña ! ¡ Cuánto os ama ! ¡ Quisiera saber qué hicisteis para enamorarla de ese modo !

CRISPÍN

Mi señor sabe que todo lo debe á vuestra amistad.

SIRENA

No diré yo que no me deba mucho..., que siempre hablé de él como yo no debía, sin conocerle lo bastante... Á mucho me atreví por amor vuestro. Si ahora faltarais á vuestras promesas...

CRISPÍN

¿Dudáis de mi señor? ¿No tenéis cédula firmada de su mano...?

SIRENA

¡ Buena mano y buen nombre ! ¿ Pensáis que todos no nos conocemos ? Yo sé confiar y sé que el señor Leandro cumplirá como debe. Pero si vierais que hoy es un día aciago para mí, y por

lograr hoy una mitad de lo que se me ha ofrecido, perdería gustosa la otra mitad...

CRISPÍN

¿Hoy decís?

SIRENA

¡Día de tribulaciones! Para que nada falte, veinte años hace hoy también que perdí á mi segundo marido, que fué el primero, el único amor de mi vida.

CRISPÍN

- Dicho sea en elogio del primero. -

SIRENA

El primero me fué impuesto por mi padre. Yo no le amaba, y á pesar de ello supe serle fiel.

CRISPÍN

¿Qué no sabréis vos, doña Sirena?

SIRENA

Pero dejemos los recuerdos, que todo lo entristecen. Hablemos de esperanzas. ¿Sabéis que Silvia quiso venir conmigo?

LEANDRO

¿Aquí, á esta casa?

SIRENA

¿Qué os parece? ¿Qué diría el señor Polichinela? ¡ Con toda la ciudad soliviantada contra él, fuerza le sería casaros !

LEANDRO

No, no; impedidla que venga.

CRISPÍN

¡ Chits ! Comprenderéis que mi señor no dice lo que siente.

SIRENA

Lo comprendo... ¿Qué no daría él por ver á Silvia á su lado, para no separarse nunca de ella?

CRISPÍN

¿Qué daría? ¡ No lo sabéis !

SIRENA

Por eso lo pregunto.

CRISPÍN

¡ Ah, doña Sirena !... Si mi señor es hoy esposo de Silvia, hoy mismo cumplirá lo que os prometió.

SIRENA

¿Y si no lo fuera?

CRISPÍN

Entonces... lo habréis perdido todo. Ved lo que os conviene.

LEANDRO

¡ Calla, Crispín ! ¡ Basta ! No puedo consentir que mi amor se trate como mercancía. Salid, doña Sirena; decid á Silvia que vuelva á casa de su padre, que no venga aquí en modo alguno, que me olvide para siempre, que yo he de huir donde no vuelva á saber de mi nombre... ¡ Mi nombre ! ¿ Tengo yo nombre acaso ?

CRISPÍN

¿No callarás?

SIRENA

¿Qué le dió? ¡ Qué locura es ésta ! ¡ Volved en vos ! ¡ Renunciar de ese modo á tan gran ventura !... Y no se trata sólo de vos. Pensad que hay quien todo lo fió en vuestra suerte, y no puede burlarse así de una dama de calidad que á tanto se expuso por serviros. Vos no haréis tal locura; vos os casaréis con Silvia, ó habrá quien sepa pedir os cuenta de vuestros engaños, que no estoy tan sola en el mundo como pudisteis creer, señor Leandro.

CRISPÍN

Doña Sirena dice muy bien. Pero creed que mi señor sólo habla así, ofendido por vuestra desconfianza.

SIRENA

No es desconfianza en él... Es, todo he de decirlo..., es que el señor Polichinela no es hombre para dejarse burlar..., y ante el clamor que habéis levantado contra él con vuestra estratagema de anoche...

CRISPÍN

¿Estratagema decís?

SIRENA

¡Bah! Todos nos conocemos. Sabed que uno de los espadachines es pariente mío, y los otros me son también muy allegados... Pues bien : el señor Polichinela no se ha descu dado, y ya se murmura por la ciudad que ha dado aviso á la Justicia de quién sois y cómo puede perderos; dícese también que hoy llegó de Bolonia un proceso...

CRISPÍN

¡Y un endiablado doctor con é ! Tres mil novecientos folios...

SIRENA

Todo esto se dice, se asegura. Ved si importa no perder tiempo.

CRISPÍN

¿Y quién lo malgasta y lo pierde sinó vos? Volved á vuestra casa... Decid á Silvia...

SIRENA

Silvia está aquí. Vino junto con Colombina, como otra doncella de mi acompañamiento. En vuestra antecámara espera. Le dije que estabais muy malherido...

LEANDRO

¡ Oh, Silvia mía !

SIRENA

Sólo pensó en que podíais morir...; nada pensó en lo que arriesgaba con venir á veros. ¿Soy vuestra amiga?

CRISPÍN

Sois adorable. Pronto. Acostaos aquí, haceros del doliente y del desmayado. Ved que si es preciso yo sabré hacer que lo estéis de veras. *(Amenazándole y haciéndole sentar en un sillón.)*

LEANDRO

Sí, soy vuestro, lo sé, lo veo... Pero Silvia no lo será. Sí, quiero verla; decidle que llegue, que he de salvarla á pesar vuestro, á pesar de todos, á pesar de ella misma.

CRISPÍN

Comprenderéis que mi señor no siente lo que dice.

SIRENA

No lo creo tan necio ni tan loco. Ven conmigo.
(Se va con Crispín por la segunda derecha, ó sea el pasillo.)

ESCENA VI

LEANDRO y SILVIA, que sale por la segunda derecha.

LEANDRO

¡Silvia! ¡Silvia mía!

SILVIA

¿No estás herido?

LEANDRO

No; ya lo ves... Fué un engaño, un engaño más para traerte aquí. Pero no temas; pronto

vendrá tu padre, pronto saldrás con él sin que nada tengas que reprocharme... ¡Oh! Sólo el haber empañado la serenidad de tu alma con una ilusión de amor, que para tí sólo será el recuerdo de un mal sueño.

SILVIA

¿Qué dices, Leandro? ¿Tu amor no era verdad?

LEANDRO

¡ Mi amor, sí...; por eso no ha de engañarte! Sal de aquí pronto, antes de que nadie, fuera de los que aquí te trajeron, pueda saber que viniste.

SILVIA

¿Qué temes? ¿No estoy segura en tu casa? Yo no dudé en venir á ella... ¿Qué peligros pueden amenazarme á tu lado?

LEANDRO

Ninguno; dices bien. Mi amor te defiende de tu misma inocencia.

SILVIA

No he de volver á casa de mi padre después de su acción horrible.

LEANDRO

No, Silvia, no culpes á tu padre. No fué él; fué otro engaño más, otra mentira... Huye de mí, olvida á este miserable aventurero, sin nombre, perseguido por la Justicia.

SILVIA

¡ No, no es cierto ! Es que la conducta de mi padre me hizo indigna de vuestro cariño. Eso es. Lo comprendo... ¡ Pobre de mí !

LEANDRO

¡ Silvia ! ¡ Silvia mía ! ¡ Qué crueles tus dulces palabras ! ¡ Qué cruel esa noble confianza de tu corazón, ignorante del mal y de la vida !

ESCENA VII

DICHOS y CRISPÍN, que sale corriendo por la segunda derecha.

CRISPÍN

¡ Señor ! ¡ Señor ! El señor Po ichinela llega.

SILVIA

¡ Mi padre !

LEANDRO

¡ Nada importa ! Yo os entregaré á él por mi mano.

CRISPÍN

Ved que no viene solo, sinó con mucha gente y justicia con él...

LEANDRO

¡ Ah ! ¡ Si te hallan aquí ! ¡ En mi poder ! Sin duda tú les diste aviso... Pero no lograréis vuestro propósito.

CRISPÍN

¿ Yo ? No por cierto... Que esto va de veras, y ya temo que nadie pueda salvarnos.

LEANDRO

¡ Á nosotros, no ; ni he de intentarlo !... Pero á ella, sí. Conviene ocultarte ; queda aquí.

SILVIA

¿ Y tú ?

LEANDRO

Nada temas. ¡ Pronto, que llegan ! (*Esconde á Silvia en la habitación del foro, diciéndole á Crispín*) : Tú verás lo que trae á esa gente. Sólo cuida de que nadie entre ahí hasta mi regreso... No hay otra huída. (*Se dirige á la ventana.*)

CRISPÍN

(*Deteniéndole.*) ¡ Señor! ¡ Tente! ¡ No te mates así!

LEANDRO

No pretendo matarme ni pretendo escapar; pretendo salvarla... (*Trepa hacia arriba por la ventana y desaparece.*)

CRISPÍN

¡ Señor, señor! ¡ Menos mal! Creí que intentaba arrojarse al suelo, pero trepó hacia arriba... Esperemos todav a... Aun quiere volar... Es su región, las alturas. Yo á la mía, la tierra... Ahora más que nunca conviene afirmarse en ella. (*Se sienta en un sillón con mucha calma.*)

ESCENA VIII

CRISPÍN, el SEÑOR POLICHINELA, el HOSTELERO, el SEÑOR PANTALÓN, el CAPITÁN, ARLEQUÍN, el DOCTOR, el SECRETARIO y dos ALGUACILES con enormes protocolos de curia. Todos salen por la segunda derecha, ó sea el pasillo.

POLICHINELA

(*Dentro, á gente que se supone fuera.*) ¡ Guardad bien las puertas, que nadie salga, hombre ni mujer, ni perro ni gato!

HOSTELERO

¿Dónde están, dónde están esos bandoleros, esos asesinos?

PANTALÓN

¡ Justicia ! ¡ Justicia ! ¡ Mi dinero ! ¡ Mi dinero !
(Van saliendo todos por el orden que se indica. El Doctor y el Secretario se dirigen á la mesa y se disponen á escribir. Los dos alguaciles de pie, teniendo en las manos los enormes protocolos del proceso.)

CAPITÁN

Pero ¿es posible lo que vemos, Crispín?

ARLEQUÍN

¿Es posible lo que sucede?

PANTALÓN

¡ Justicia ! ¡ Justicia ! ¡ Mi dinero ! ¡ Mi dinero !

HOSTELERO

¡ Que los prendan..., que se aseguren de ellos !

PANTALÓN

¡ No escapan..., no escapan !

CRISPÍN

Pero ¿qué es esto? ¿Cómo se atropella así la mansión de un noble caballero? Agradezcan la ausencia de mi señor.

PANTALÓN

¡Calla, calla, que tú eres su cómplice y has de pagar con él!

HOSTELERO

¿Cómo cómplice? Tan delincuente como su pretendido señor..., que él fué quien me engañó.

CAPITÁN

¿Qué significa esto, Crispín?

ARLEQUÍN

¿Tiene razón esta gente?

POLICHINELA

¿Qué dices ahora, Crispín? ¿Pensaste que habían de valerte tus enredos conmigo? ¿Conque yo pretendí asesinar á tu señor? ¿Conque yo soy un viejo avaro que sacrifica á su hija? ¿Conque toda la ciudad se levanta contra mí llenándome de insultos? Ahora veremos.

PANTALÓN

Dejadle, señor Polichinela, que este es asunto nuestro, que al fin vos no habéis perdido nada. Pero yo... ¡todo mi caudal, que lo presté sin garantía! ¡Perdido me veré para toda mi vida! ¿Qué será de mí?

HOSTELERO

¿Y yo, decidme, que gasté lo que no tenía y aun hube de empeñarme por servirle como creí correspondía á su calidad? ¡Esto es mi destrucción, mi ruina!

CAPITÁN

¡Y nosotros también fuimos ruinmente engañados! ¿Qué se dirá de mí que puse mi espada y mi valor al servicio de un aventurero?

ARLEQUÍN

¿Y de mí, que le dediqué soneto tras soneto como al más noble señor?

POLICHINELA

¡Ja, ja, ja!

PANTALÓN

¡Sí, reid, reid!... Como nada perdisteis...

HOSTELERO

Como nada os robaron...

PANTALÓN

¡ Pronto, pronto ! ¿ Dónde está el otro pícaro ?

HOSTELERO

Registradlo todo hasta dar con él.

CRISPÍN

Poco á poco. Si dais un solo paso... (*Amenazando con la espada.*)

PANTALÓN

¿ Amenazas todavía ? ¿ Y esto ha de sufrirse ?
¡ Justicia, justicia !

HOSTELERO

¡ Eso es, justicia !

DOCTOR

Señores... Si no me atendéis, nada conseguiremos. Nadie puede tomarse justicia por su mano, que la Justicia no es atropello ni venganza, y *summum jus, summa injuria*. La Justicia es todo sabiduría, y la sabiduría es todo orden, y el orden es todo razón, y la razón es todo procedimiento, y el procedimiento es todo

lógica. *Barbara, Celare, Dario, Ferioque, Baralip-ton*, depositad en mí vuestros agravios y querellas, que todo ha de unirse á este proceso que conmigo traigo.

CRISPÍN

¡ Horror ! ¡ Aun ha crecido !

DOCTOR

Constan aquí otros muchos delitos de estos hombres, y á ellos han de sumarse estos de que ahora les acusáis. Y yo seré parte en todos ellos; sólo así obtendréis la debida satisfacción y justicia. Escribid, señor Secretario, y vayan deponiendo los querellantes.

PANTALÓN

Dejadnos de embrollos, que bien conocemos vuestra justicia.

HOSTELERO

No se escriba nada, que todo será poner lo blanco negro... Y quedaremos nosotros sin nuestro dinero y ellos sin castigar.

PANTALÓN

Eso, eso... ¡ Mi dinero, mi dinero ! ¡ Y después justicia !

DOCTOR

¡Gente indocta, gente ignorante, gente incivil! ¿Qué idea tenéis de la Justicia? No basta que os digáis perjudicados si no pareciere bien claramente que hubo intención de causaros perjuicio, esto es, fraude ó dolo, que no es lo mismo... aunque la vulgar acepción los confunda. Pero sabed... que en el un caso...

PANTALÓN

¡Basta! ¡Basta! Que acabaréis por decir que fuimos nosotros los culpables.

DOCTOR

¡Y como pudiera ser si os obstináis en negar la verdad de los hechos!...

HOSTELERO

¡Esta es buena! Que fuimos robados. ¿Quiere más verdad ni más claro delito?

DOCTOR

Sabed que robo no es lo mismo que hurto; y mucho menos que fraude ó dolo, como dije primero. Desde las doce tablas hasta Justiniano, Triboniano, Emiliano y Triberiano...

PANTALÓN

Todo fué quedarnos sin nuestro dinero... Y de ahí no habrá quien nos saque.

POLICHINELA

El señor Doctor habla muy en razón. Confiad en él, y que todo conste en proceso.

DOCTOR

Escribid, escribid luego, señor Secretario.

CRISPÍN

¿Quieren oirme?

PANTALÓN

¡ No, no ! Calle el p caro..., calle el desvergonzado.

HOSTELERO

Ya hablaréis donde os pesará.

DOCTOR

Ya hablará cuando le corresponda, que á todos ha de oirse en justicia... Escríbid, escribid. En la ciudad de..., á tantos... No sería malo proceder primeramente al inventario de cuanto hay en la casa.

CRISPÍN

No dará tregua á la pluma...

DOCTOR

Y proceder al depósito de fianza por parte de los querellantes, por que no pueda haber sospecha en su buena fe. Bastará con dos mil escudos de presente y caución de todos sus bienes...

PANTALÓN

¿Qué decís? ¡ Nosotros dos mil escudos !

DOCTOR

Ocho debieran ser; pero basta que seáis personas de algún crédito para que todo se tenga en cuenta, que nunca fuí desconsiderado...

HOSTELERO

¡ Alto, y no se escriba más, que no hemos de pasar por eso !

DOCTOR

¿Cómo? ¿Así se atropella á la Justicia? Ábrase proceso separado por violencia y mano airada contra un ministro de Justicia en funciones de su ministerio.

PANTALÓN

¡ Este hombre ha de perdernos !

HOSTELERO

¡ Está loco !

DOCTOR

¿ Hombre y loco, decís? Hablen con respeto. Escribid, escribid que hubo también ofensas de palabra...

CRISPÍN

Bien os está por no escucharme.

PANTALÓN

Habla, habla, que todo será mejor, según vemos.

CRISPÍN

Pues atajen á ese hombre, que levantará un monte con sus papelotes.

PANTALÓN

¡ Basta, basta ya, decimos !

HOSTELERO

Deje la pluma...

DOCTOR

Nadie sea osado á poner mano en nada.

CRISPÍN

Señor Capitán, sírvanos vuestra espada, que es también atributo de justicia.

CAPITÁN

(Va á la mesa y da un fuerte golpe con la espada en los papeles que está escribiendo el Doctor.) Háganos la merced de no escribir más.

DOCTOR

Ved lo que es pedir las cosas en razón. Suspended las actuaciones, que hay cuestión previa á dilucidar... Hablen las partes entre sí... Bueno fuera, no obstante, proceder en el ínterin al inventario...

PANTALÓN

¡No, no!

DOCTOR

Es formalidad que no puede evitarse.

CRISPÍN

Ya escribiréis cuando sea preciso. Dejadme ahora hablar aparte con estos honrados señores.

DOCTOR

Si os conviene sacar testimonio de cuanto aquí les digáis...

CRISPÍN

Por ningún modo. No se escriba una letra, ó no hablaré nunca.

CAPITÁN

Deje hablar al mozo.

CRISPÍN

¿Y qué he deciros? ¿De qué os quejáis? ¿De haber perdido vuestro dinero? ¿Qué pretendéis? ¿Recobrarlo?

PANTALÓN

¡ Eso, eso ! ¡ Mi dinero !

HOSTELERO

¡ Nuestro dinero !

CRISPÍN

Pues escuchadme aquí... ¿De dónde habéis de cobrarlo si así quitáis crédito á mi señor y así hacéis imposible su boda con la hija del señor Polichinela?... ¡ Voto á..., que siempre pedí tratar con pícaros mejor que con necios ! Ved lo que hicisteis y cómo se compondrá ahora con la Justicia de por medio. ¿Qué lograréis ahora si dan con nosotros en galeras ó en sitio peor? ¿Será buena moneda para cobraros las túrdigas de nuestro pellejo? ¿Seréis más

ricos, más nobles, ó más grandes, cuando nosotros estemos perdidos? En cambio, si no nos hubierais estorbado á tan mal tiempo, hoy, hoy mismo tendríais vuestro dinero, con todos sus intereses... que ellos solos bastarían á llevaros á la horca, si la Justicia no estuviera en esas plumas... Ahora haced lo que os plazca, que ya os dije lo que os convenia...

DOCTOR

Quedaron suspensos...

CAPITÁN

Yo aun no puedo creer que ellos sean tales bellacos.

POLICHINELA

Este Crispín... Capaz será de convencerlos...

PANTALÓN

(*Al Hostelero.*) ¿Qué decís á esto? Bien mirado...

HOSTELERO

¿Qué decís vos?

PANTALÓN

Dices que hoy mismo se hubiera casado tu amo con la hija del señor Polichinela. ¿Y si él no da su consentimiento?...

CRISPÍN

De nada ha de servirle. Que su hija huyó con mi señor..., y lo sabrá todo el mundo... Y á él más que á nadie importa que nadie sepa cómo su hija se perdió por un hombre sin condición, perseguido por la Justicia.

PANTALÓN

Si así fuera... ¿Qué decís vos?

HOSTELERO

No nos ablandemos. Ved que el bellacón es maestro en embustes.

PANTALÓN

Decís bien. No sé cómo pude creerlo. ¡Justicia! ¡Justicia!

CRISPÍN

¡Ved que lo perdéis todo!

PANTALÓN

Veamos todavía... Señor Polichinela, dos palabras.

POLICHINELA

¿Qué me queréis?

PANTALÓN

Suponed que nosotros no hubiéramos tenido razón para quejarnos. Suponed que el señor Leandro fuera, en efecto, el más noble caballero..., incapaz de una baja acción...

POLICHINELA

¿Qué decís?

PANTALÓN

Suponed que vuestra hija le amara con locura, hasta el punto de haber hu do con él de vuestra casa.

POLICHINELA

¿Que mi hija huyó de mi casa y con ese hombre? ¿Quién lo dijo? ¿Quién fué el desvergonzado...?

PANTALÓN

No os alteréis. Todo es suposición.

POLICHINELA

Pues aun así no he de tolerarlo.

PANTALÓN

Escuchad con paciencia. Suponed que todo eso hubiera sucedido. ¿No os sería forzoso casar a?

POLICHINELA

¿Casarla? ¡ Antes la mataría ! Pero es locura pensarlo. Y bien veo que eso quisiérais para cobraros á costa mía, que sois otros tales bribones. Pero no será, no será...

PANTALÓN

Ved lo que decís, y no se hable aquí de bribones, cuando estáis presente.

HOSTELERO

¡ Eso, eso !

POLICHINELA

¡ Bribones, bribones, combinados para robarme ! Pero no será, no será.

DOCTOR

No hayáis cuidado, señor Polichinela, que aunque ellos renunciaran á perseguirle, ¿ no es nada este proceso? ¿ Creéis que puede borrarse nada de cuanto en él consta, que son cincuenta y dos delitos probados y otros tantos que no necesitan probarse?...

PANTALÓN

¿ Qué decís ahora, Crispín?

CRISPÍN

Que todos esos delitos si fueran tantos, son como estos otros... Dinero perdido que nunca se pagará si nunca lo tenemos.

DOCTOR

¡Eso no! Que yo he de cobrar lo que me corresponda de cualquier modo que sea.

CRISPÍN

Pues será de los que se quejaron, que nosotros harto haremos en pagar con nuestras personas.

DOCTOR

Los derechos de justicia son sagrados, y lo primero será embargar para ellos cuanto hay en esta casa.

PANTALÓN

¿Cómo es eso? Esto será para cobrarnos en algo.

HOSTELERO

Claro es; y de otro modo...

DOCTOR

Escribid, escribid, que si hablan todos nunca nos entenderemos.

PANTALÓN Y HOSTELERO

¡No, no!

CRISPÍN

Oídme aquí, señor Doctor. ¿Y si se os pagara de una vez y sin escribir tanto vuestros... cómo los llamáis? ¿Estipendios?

DOCTOR

Derechos de justicia.

CRISPÍN

Como queráis. ¿Qué os parece?

DOCTOR

En ese caso...

CRISPÍN

Pues ved que mi amo puede ser hoy rico, poderoso, si el señor Polichinela consiente en casarle con su hija. Pensad que la joven es hija única del señor Polichinela; pensad en que mi señor ha de ser dueño de todo; pensad...

DOCTOR

Puede, puede estudiarse.

PANTALÓN

¿Qué os dijo?

HOSTELERO

¿Qué resolvéis?

DOCTOR

Dejadme reflexionar. El mozo no es lerdo y se ve que no ignora los procedimientos legales. Porque si consideramos que la ofensa que recibisteis fué puramente pecuniaria y que todo delito que puede ser reparado en la misma forma lleva en la reparación el más justo castigo ; si consideramos que así en la ley bárbara y primitiva del talión se dijo : ojo por ojo, diente por diente, mas no diente por ojo ni ojo por diente... Bien puede decirse en este caso escudo por escudo. Porque al fin, él no os quitó la vida para que podáis exigir la suya en pago. No os ofendió en vuestra persona, honor, ni buena fama, para que podáis exigir otro tanto. La equidad es la suprema justicia. *Equitas justicia magna est.* Y desde las Pandectas hasta Triboniano con Emiliano Triboniano...

PANTALÓN

No digáis más. Si él nos pagara...

HOSTELERO

Como él nos pagara...

POLICHINELA

¡Qué disparates son éstos, y cómo ha de pagar, ni qué tratar ahora!...

CRISPÍN

Se trata de que todos estéis interesados en salvar á mi señor, en salvarnos por interés de todos. Vosotros, por no perder vuestro dinero; el señor Doctor, por no perder toda esa suma de admirable doctrina que fuisteis depositando en esa balumba de sabiduría; el señor Capitán, porque todos le vieron amigo de mi amo, y á su valor importa que no se murmure de su amistad con un aventurero; vos, señor Arlequín, porque vuestros ditirambos de poeta perderían todo su mérito al saber que tan mal los empleasteis; vos, señor Polichinela..., antiguo amigo mío, porque vuestra hija es ya ante el Cielo y ante los hombres la esposa del señor Leandro.

POLICHINELA

¡Mientes, mientes! ¡Insolente, desvergonzado!

CRISPÍN

Pues procédase al inventario de cuanto hay en la casa. Escribid, escribid, y sean todos estos señores testigos y empiecese por este aposento. (*Descorre el tapiz de la puerta del foro*)

y aparecen formando grupo Silvia, Leandro, doña Sirena, Colombina y la señora de Polichinela.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, SILVIA, LEANDRO, DOÑA SIRENA, COLOMBINA y la SEÑORA DE POLICHINELA, que aparecen por el foro.

PANTALÓN Y HOSTELERO

¡ Silvia !

CAPITÁN Y ARLEQUÍN

¡ Juntos ! ¡ Los dos !

POLICHINELA

¿ Conque era cierto? ¡ Todos contra mí ! ¡ Y mi mujer y mi hija con ellos ! ¡ Todos conjurados para robarme ! ¡ Prended á ese hombre, á esas mujeres, á ese impostor, ó yo mismo... !

PANTALÓN

¿ Estáis loco, señor Polichinela?

LEANDRO

(Bajando al proscenio en compañía de los demás.) Vuestra hija vino aquí creyéndome malherido acompañada de doña Sirena, y yo

mismo corrí al punto en busca de vuestra esposa para que también la acompañara. Silvia sabe quién soy, sabe toda mi vida de miserias, de engaños, de bajezas, y estoy seguro que de nuestro sueño de amor nada queda en su corazón... Llevadla de aquí, llevadla; yo os lo pido antes de entregarme á la Justicia.

POLICHINELA

El castigo de mi hija es cuenta mía; pero á tí... ¡ Prendedle digo !

SILVIA

¡ Padre ! Si no le salváis, será mi muerte. Le amo, le amo siempre, ahora más que nunca. Porque su corazón es noble y fué muy desdichado, y pudo hacerme suya con mentir, y no ha mentado.

POLICHINELA

¡ Calla, calla, loca, desvengonzada ! Estas son las enseñanzas de tu madre..., sus vanidades y antasías. Estas son las lecturas romancescas, las músicas á la luz de la luna.

SEÑORA DE POLICHINELA

Todo es preferible á que mi hija se case con un hombre como tú, para ser desdichada como su madre. ¿ De qué me sirvió nunca la riqueza ?

SIRENA

Decís bien, señora Polichinela. ¿De qué sirven las riquezas sin amor?

COLOMBINA

De lo mismo que el amor sin riquezas.

DOCTOR

Señor Polichinela, nada os estará mejor que casarlos.

PANTALÓN

Ved que esto ha de saberse en la ciudad.

HOSTELERO

Ved que todo el mundo estará de su parte.

CAPITÁN

Y no hemos de consentir que hagáis violencia á vuestra hija.

DOCTOR

Y ha de constar en el proceso que fué hallada aquí, junta con él.

CRISPÍN

Y en mi señor no hubo más falta que carecer de dinero, pero á él nadie le aventajará en

nobleza..., y vuestros nietos serán caballeros...
si no dan en salir al abuelo...

TODOS

¡ Casadlos ! ¡ Casadlos !

PANTALÓN

Ó todos caeremos sobre vos.

HOSTELERO

Y saldrá á relucir vuestra historia...

ARLEQUÍN

Y nada iréis ganando...

SIRENA

Os lo pide una dama, conmovida por este
amor tan fuera de estos tiempos.

COLOMBINA

Que más parece de novela.

TODOS

¡ Casadlos ! ¡ Casadlos !

POLICHINELA

Cásense enhoramala. Pero mi hija quedará
sin dote y desheredada... Y arruinaré toda mi
hacienda antes que ese bergante...

DOCTOR

Eso sí que no haréis, señor Polichinela.

PANTALÓN

¿Qué disparates son éstos?

HOSTELERO

¡No lo penséis siquiera!

ARLEQUÍN

¿Qué se diría?

CAPITÁN

No lo consentiremos.

SILVIA

No, padre mío; soy yo la que nada acepto, soy yo la que ha de compartir su suerte. Así le amo.

LEANDRO

Y sólo así puedo aceptar tu amor... *(Todos corren hacia Silvia y Leandro.)*

DOCTOR

¿Qué dicen? ¿Están locos?

PANTALÓN

¡Eso no puede ser!

HOSTELERO

¡ Lo aceptaréis todo !

ARLEQUÍN

Seréis felices y seréis ricos.

SEÑORA DE POLICHINELA

¡ Mi hija en la miseria ! ¡ Ese hombre es un verdugo !

SIRENA

Ved que el amor es niño delicado y resiste pocas privaciones.

DOCTOR

¡ No ha de ser ! Que el señor Polichinela firmará aquí mismo espléndida donación, como corresponde á una persona de su calidad y á un padre amantísimo. Escribid, escribid, señor Secretario, que á esto no ha de oponerse nadie.

TODOS

(*Menos Polichinela.*) ¡ Escribid, escribid !

DOCTOR

Y vosotros, jóvenes enamorados..., resignaos con las riquezas, que no conviene extremar escrúpulos que nadie agradece.

PANTALÓN

(A Crispín.) ¿Seremos pagados?

CRISPÍN

¿Quién lo duda? Pero habéis de proclamar que el señor Leandro nunca os engañó... Ved cómo se sacrifica por satisfaceros aceptando esa riqueza, que ha de repugnar á sus sentimientos...

PANTALÓN

Siempre le creímos un noble caballero.

HOSTELERO

Siempre.

ARLEQUÍN

Todos lo creímos.

CAPITÁN

Y lo sostendremos siempre.

CRISPÍN

Y ahora, Doctor, ese proce-o, ¿habrá tierra bastante en la tierra para echarle encima?

DOCTOR

Mi previsión se anticipa á todo. Bastará con puntuar debidamente algún concepto... Ved aquí: donde dice... « Y resultando que si no

declaró... », basta una coma, y dice : « Y resultando que sí, no declaró... » Y aquí : « Y resultando que no, debe condenársele... », fuera la coma, y dice : « Y resultando que no debe condenarse... »

CRISPÍN

¡ Oh, admirable coma ! ¡ Maravillosa coma !
 ¡ Genio de la Justicia ! ¡ Oráculo de la ley !
 ¡ Monstruo de la Jurisprudencia !...

DOCTOR

Ahora confío en la grandeza de tu señor.

CRISPÍN

Descuidad. Nadie mejor que vos sabe cómo el dinero puede cambiar á un hombre.

SECRETARIO

Yo fuí el que puso y quitó esas comas...

CRISPÍN

En espera de algo mejor... Tomad esta cadena. Es de oro.

SECRETARIO

¿ De ley ?

CRISPÍN

Vos lo sabréis que entendéis de leyes...

POLICHINELA

Sólo impondré una condición. Que este pícaro deje para siempre de estar á tu servicio.

CRISPÍN

No necesitáis pedirlo, señor Polichinela. ¿Pensáis que soy tan pobre de ambiciones como mi señor?

LEANDRO

¿Quieres dejarme, Crispín? No será sin tristeza de mi parte.

CRISPÍN

No la tengáis, que ya de nada puedo servirlos y conmigo dejáis la piel del hombre viejo... ¿Qué os dije, señor? Que entre todos habían de salvarnos... Creedlo. Para salir adelante con todo, mejor que crear afectos es crear intereses...

LEANDRO

Te engañas, que sin el amor de Silvia, nunca me hubiera salvado.

CRISPÍN

¿Y es poco interés ese amor? Yo dí siempre su parte al ideal y conté con él siempre. Y ahora, acabó la farsa.

SILVIA

(Al público.) Y en ella visteis, como en las farsas de la vida, que á estos muñecos como á los humanos, muévenlos cordelillos groseros, que son los intereses, las pasioncillas, los engaños y todas las miserias de su condición : tiran unos de sus pies y los llevan á tristes andanzas ; tiran otros de sus manos, que trabajan con pena, luchan con rabia, hurtan con astucia, matan con violencia. Pero entre todos ellos descende á veces del cielo al corazón un hilo sutil, como tejido con luz de sol y con luz de luna, el hilo del amor, que á los humanos, como á estos muñecos que semejan humanos, les hace parecer divinos, y trae á nuestra frente resplandores de aurora, y pone alas en nuestro corazón y nos dice que no todo es farsa en la farsa, que hay algo divino en nuestra vida que es verdad y es eterno, y no puede acabar cuando la farsa acaba.

FIN DE LA COMEDIA.

AL NATURAL

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estrenada

en el Teatro Lara el 20 de Noviembre de 1903.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LA MARQUESA DE PAL-	
MAR.....	SRA. VALVERDE.
EUFEMIA.....	» RODRÍGUEZ.
PILAR.....	» RUIZ.
ANITA.....	SRTA. DOMUS.
DOÑA OLALLA.....	» ALBA.
MARTINA.....	» RODRÍGUEZ.
PETRA.....	SRA. BELTRÁN.
JOAQUÍN.....	SR. CALLE.
DON DEMETRIO.....	» SANTIAGO.
DON PACO.....	» RUBIO.
EL MARQUÉS DE SAN SE-	
VERINO.....	» SEPÚLVEDA.
VICENTE.....	» BARRAICOA.
GASPARÓN.....	» ZORRILLA.
UN CRIADO.....	» MANI.

*El primer acto en Madrid,
y el segundo en una finca en el campo.*

Derecha é izquierda las del actor.

AL NATURAL

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante.

ESCENA PRIMERA

La MARQUESA, sentada al lado del velador ó mesita, abriendo las hojas de un libro. Después PETRA por el foro y después un CRIADO por el foro.

PETRA

¡ Señora Marquesa !

MARQUESA

¿Qué?

PETRA

La peinadora.

MARQUESA

Voy en seguida. Que me vaya rizando el pelo entretanto.

PETRA

Está bien. (*Vase por el foro.*)

MARQUESA

Voy á enterarme, no digan que le dedican á una los libros y no se digna leerlos. Y la dedicatoria es muy galante... (*Leyendo.*) « Para la muy noble Marquesa del Palmar : ese triunfante atardecer de un día glorioso, todo belleza en exquisito concento de intelectualidad y emoción. » Lo de atardecer no me hace mucha gracia... Pero, en fin peor sería que hubiese dicho noche cerrada... Á ver más adelante... (*Leyendo.*) « Era un atardecer de amatista; en el cielo acuarela, un sol moribundo se desangraba como gladiador vencido... La Princesa Melinita — oro, nácar y rosas — reía violeta á sus ensueños grises. En el jardín de un verde líquido... » Por si acaso, lo dejo en el verde líquido. Esta Princesa Melinita me pone en cuidado. Joaquina habrá concluido de rizarme el pelo.

CRIADO

(*Saliendo por el foro derecha.*) La señora viuda de Remolinos pregunta si la señora Marquesa puede recibirla.

MARQUESA

¡Ya sabe que siempre estoy para ella! Que

pase. ¡ Ah ! Diga usted á Petra que diga á Joaquina que tardaré un poco... que me vaya ondujando. (*Vase el Criado por el foro.*) Esta viene á enterarse... Va á ir bien servida...

ESCENA II

La MARQUESA y EUFEMIA que sale por el foro.

EUFEMIA

¿Cómo está usted, Marquesa?

MARQUESA

Muy bien, Eufemia. Perdone usted que la reciba de trapillo á estas horas. Hoy no he salido en todo el día. Espero gente esta noche y quise que el revoque estuviera fresco.

EUFEMIA

¡ Siempre de broma ! En usted es una coquetería el *deshabillé*. Está usted admirable de todos modos.

MARQUESA

El atardecer glorioso de un día verde. Digo, no sé. Acabo de leer un libro modernista que me ha trastornado los colores. ¿Y usted, Eufemia, siempre tan divertida? Ya leo en los periódicos

que está usted siempre en todas partes y que tiene usted unos jueves brillantes... Yo no salgo de noche... Tengo siempre gente.

EUFEMIA

No le perdono á usted que no venga un jueves; nos hace usted mucha falta.

MARQUESA

¿No tiene usted á don Paco, que es la peor lengua de Madrid?

EUFEMIA

Sí... Pero exagera por hacer gracia, y está tan desacreditado... Él procura imitar á usted, pero le falta ese punto tan delicado para decir los mayores horrores de la gente, sin que parezca que se dice nada... Eso es un dón.

MARQUESA

La práctica... Yo llevo hablando mal de tres generaciones, y la gente sin enmendarse y yo tampoco.

EUFEMIA

Crea usted que todavía se habla poco para lo que se ve.

MARQUESA

Y para lo que no se ve, que es peor.

EUFEMIA

Ya sabrá usted lo de María Antonia... ¡El último escándalo!

MARQUESA

¿Usted cree que ha sido el último?

EUFEMIA

De esta hecha dicen que se separa el matrimonio.

MARQUESA

Pues no crea ella que va á tener más libertad.

EUFEMIA

Lo de casa de las de Infiesto ya lo sabrá usted también... ¡El trueno gordo! ¡Les han embargado todos los muebles, cuando todos creíamos que tenían un capital!

MARQUESA

Es que tendrán empeñadas las rentas. Porque el capital ya sabíamos todos cuál era.

EUFEMIA

¿Y esta noche, espera usted mucha gente? Porque pienso volver después del teatro... Saldré antes de que se concluya.

MARQUESA

¿Esta noche? ¡Tendré mucho gusto! Pero no se va usted á divertirse nada. Hoy es recepción diplomática... de vistas... Á ver si caso á mi sobrino.

EUFEMIA

¿Joaquinito?

MARQUESA

Sí. Joaquinito, con treinta y seis años. Ya sabe usted que detesto á los hombres solteros. En mi familia no he dejado uno. ¡Y los había durillos de pelar!

EUFEMIA

¡Pobre Joaquín!

MARQUESA

No le compadezca usted. Le he buscado una novia que ni en los cuentos de hadas. Lo mejor que tenía en la lista... ¡Y ríase usted de ese don Felipe que se anuncia en los periódicos!

EUFEMIA

Es que me parece que Joaquinito no ha nacido para casado, no sé porqué.

MARQUESA

¡Pues si usted no lo sabe!...

EUFEMIA

¡ Por Dios, Marquesa ! No lo diga usted con intención.

MARQUESA

No, hija mía. Lo digo porque él tiene mucha confianza con usted. ¡ Le conoce usted desde chiquitín ! (*Aparte.*) ¡ Vuelve por otra !

EUFEMIA

¡ No tan chiquitín, Marquesa ! ¿ No dice usted que tiene treinta y seis años ? ¡ Calcule usted !...

MARQUESA

(*Aparte.*) ¡ Cualquiera día !

EUFEMIA

Es que yo sé que hay quien murmura de nuestra amistad. Una buena amistad. Cierto, que si yo no le dijera á usted que alguna vez he tenido que llamarle al orden... Pero eso le sucede á una con todos los amigos de confianza. Más tarde ó más temprano todos se creen obligados á propasarse.

MARQUESA

Y no es obligación.

EUFEMIA

Y dígame usted, ¿quién es la novia? ¡ No será su prima Anita ! Porque de esa, sí estuvo muy enamorado, pero se convenció pronto.

MARQUESA

Le convencimos. Anita no le convenía de ningún modo. No es porque sea mi sobrina, pero está muy mal educada. Su padre se quedó viudo muy joven y ya le conoce usted demasiado... ¡ Tampoco lo digo con intención !

EUFEMIA

En este caso no tiene nada de particular. Todo el mundo sabe que su cuñado de usted me pretendía para casarse, pero no iba yo á ser tan loca... ¡ Un hombre que se enamora de la primera mujer que encuentra ! No le ve usted una vez en la calle, que no vaya detrás de alguna. En el tiempo que frecuentó mi casa, me costó despedir á cuatro doncellas.

MARQUESA

Le costó á usted menos que el moro Muza. ¡ Pues ya ve usted, con ese juicio lo que se habrá cuidado de la educación de su hija ! Aún hay que agradecerle que no sea peor.

EUFEMIA

La verdad es que Anita...

MARQUESA

¡ Calle usted ! Á mí me asusta.

EUFEMIA

Y el caso es que á los hombres los vuelve locos.

MARQUESA

Esa es su defensa. Porque solo volviéndoles locos encontrará un marido.

PETRA

(Saliendo por el foro.) Señora Marquesa, la peinadora que no puede esperar. Que si tarda mucho la señora Marquesa, volverá luego.

MARQUESA

¡ No, por Dios, que es muy tarde ! Voy, voy corriendo... *(Vase Petra.)* Usted no tiene prisa, ¿verdad? *(Se oye dentro la voz de Joaquín.)* ¡ Ay ! Oigo la voz de mi sobrino... Él le contará á usted... Yo salgo en seguida. *(Vase por la derecha.)*

ESCENA III

EUFEMIA y JOAQUÍN.

JOAQUÍN

(*Saliendo por el foro.*) ¡Querida tía! ¡Ah!
¿Es usted?...

EUFEMIA

¿Qué sorpresa, verdad? Su tía de us ed sale
en seguida.

JOAQUÍN

Ya sabrá usted que he estado muy consti-
pado.

EUFEMIA

Se le conoce á usted en la voz.

JOAQUÍN

Debe ser que he cogido frío.

EUFEMIA

Sí, de seguro. Un enfriamiento.

JOAQUÍN

¡Con estos cambios de temperatura! Por el
día tiene usted calor, por la tarde frío, por la
noche...

EUFEMIA

Ni frío ni calor. ¡ Los cambios son terribles !
¡ Jesús !

JOAQUÍN

¿Eh?

EUFEMIA

Creí que había usted estornudado.

JOAQUÍN

Se burla usted de mí como siempre.

EUFEMIA

¡ Ah ! ¿ Soy yo quien se burla ? Muchas gracias. Su tía de usted me daba noticias de su próximo matrimonio.

JOAQUÍN

No lo crea usted. Cosas de mi tía.

EUFEMIA

¡ Vaya ! ¿ Qué tiene de particular ? Ya sé que hoy es la entrevista aquí. Estoy invitada.

JOAQUÍN

¿ Se queda usted esta noche ?

EUFEMIA

Quiero conocer á esa pobre víctima.

JOAQUÍN

¡ Pero Eufemia ! Si le aseguro á usted que por mi parte...

EUFEMIA

¿ Quién es ella, quién es ella ?

JOAQUÍN

Si yo no la conozco. Mi tía es quien...

EUFEMIA

¿ Que no la conoce usted ? ¿ En Madrid, donde se conoce á todo el mundo ?

JOAQUÍN

Si no es de Madrid.

EUFEMIA

¿ Una provinciana ?

JOAQUÍN

Creo que sí. ¡ Si no sé nada, ni me importa !...

EUFEMIA

No se haga usted el inocente. ¿ No pensaba usted volver por mi casa ? Un día se despide usted poco menos como quien va por los papeles, y al otro día ni una carta, ni una visita, ni la

menor atención. ¡ Pobre de mí, si hubiera creído en usted! Gracias á que estoy muy escarmen-tada.

JOAQUÍN

¿No le digo á usted que he estado muy constipado? Creí que e a un principio de pulmonía. Yo creo que lo cogí al salir de su casa de usted. ¡ Tiene usted aquella *choubesky*!...

EUFEMIA

Para usted como si tuviera una garrafa. Confiese usted que su conducta no tiene nombre. ¿Qué se proponía usted con engañarme? ¡ Y pensar que yo!... No se lo digo á usted porque es usted capaz de creérselo.

JOAQUÍN

¡ Eufemia! ¡ Dígamelo usted! Usted...

EUFEMIA

Empezaba á quererle sin darme cuenta. Hoy pensaba escribirle á usted, porque yo no podía sospechar la verdadera causa de su alejamiento. Pero hoy lo supe, por una amiga de su tía de usted, y vine para enterarme y me he enterado. Y volveré más tarde para enterarm mejor. Ya que se case usted, quiero tener la seguridad de que, á lo menos, puede usted ser dichoso.

Sabiéndolo, moriré tranquila. Pero si me figuro que esa mujer no le conviene á usted por ningún estilo, que usted no la quiere ni ella le quiere á usted, que se casa usted solo por razones de familia, entonces, esté usted seguro de que impediré ese matrimonio á toda costa. Desde la súplica hasta el escándalo, emplearé todos los medios.

JOAQUÍN

(Aparte.) ¡Caracoles!

EUFEMIA

¿Usted cree que se puede jugar con un corazón como el mío? ¿Despertar ilusiones dormidas? ¿Comprometer mi reputación?

JOAQUÍN

(Aparte.) En buena me he metido.

EUFEMIA

Usted sabe lo que es la gente, lo que son las vecindades... Los porteros le han visto á usted entrar muchas noches... Como ya estaba cerrada la puerta cuando usted salía, no le han visto á usted salir. Pueden entregarse á todo género de suposiciones... ¿Con qué cara paso yo por la portería? Tendré que mudarme de casa. Ya ve usted qué trastorno. Ahora, que acabo de

empapelar dos habitaciones por mi cuenta y el casero iba á ponerme piso... ✓

JOAQUÍN

Eufemia, no me hable usted así. Si yo hubiera sabido... Pero usted no me daba ninguna esperanza, yo creí que despreciaba usted mi cariño. El último día, ni siquiera me permitió usted que me sentara á su lado.

EUFEMIA

¿Porqué pidió usted permiso?

JOAQUÍN

¿De modo que he pasado junto á la felicidad?

EUFEMIA

Todos pasamos una vez en la vida

JOAQUÍN

¡ Eufemia !

EUFEMIA

¡ Soy muy desgraciada ! Por supuesto, estas cosas le pasan á una por estar sola en el mundo. Cuando pierde una á su marido, debía morirse también, si no pensaba volver á casarse en seguida.

JOAQUÍN

¡No llore usted! Ese llanto...

EUFEMIA

Deje usted. Si no lloro, me dará el ataque.

JOAQUÍN

Entonces, llore usted.

EUFEMIA

No tardaré en reirme.

JOAQUÍN

Menos mal.

EUFEMIA

No se asuste usted. Es risa nerviosa.

JOAQUÍN

¿Quiere usted agua, azahar?... Llamaré...

EUFEMIA

Ya se pasó.

JOAQUÍN

¡Vaya!

EUFEMIA

Ahora rompería todo lo que encontrara á mano.

JOAQUÍN

No se contenga usted. Como si estuviera usted en su casa.

EUFEMIA

Por eso me contengo. ¡Ay, Joaquín! Pensar que todo esto sólo servirá para que usted se divierta contándolo á los amigos...

JOAQUÍN

¡Señora!

EUFEMIA

¡Hay una mujer loca por mí! Porque usted dirá que estoy loca. ¡Y yo desprecio su cariño! Porque usted dirá que me desprecia... Si vuelve usted á mi casa, le aconsejo á usted que no vuelva usted á hablarme como hasta aquí.

JOAQUÍN

(Aparte.) ¿Qué he de hablar?

EUFEMIA

Aún estamos á tiempo de salvar nuestra buena amistad de las ruinas de nuestro amor. Seré una hermana para usted, una hermana menor á la que más se quiere. La Marquesa;

no tengo que suplicarle á usted que por lo que más quiera no se lo cuente usted á su tía.

JOAQUÍN

Tenga usted la seguridad.

ESCENA IV

DICHOS y la MARQUESA, por la derecha.

MARQUESA

¿He tardado mucho? ¡Hola, sobrino! ¡Qué madrugador! Así me gusta.

JOAQUÍN

Vengo por un momento nada más.

MARQUESA

¿Cómo es eso?

JOAQUÍN

No te alarmes. Volveré luego.

MARQUESA

¡Cuidado con faltar!

EUFEMIA

Está usted elegantísima.

MARQUESA

¡ Calle usted ! Si verme de negro me entristece. Yo no me he vestido de negro, por gusto, más que cuando ha tenido algún luto. Pero hay que resignarse á envejecer. ¿ Le ha dicho á usted Joaquín?...

EUFEM' A

Ni una palabra. Dice que ni siquiera conoce á la novia.

MARQUESA

Eso es verdad.

EUFEMIA

¡ Pero Marquesa ! ¿ Sin conocerse?

MARQUESA

Tampoco es ningún compromiso cerrado. Hoy se ven por primera vez... Si quedan bien impresionados, continúan viéndose, y... Dios dirá.

EUFEMIA

Me asustan esas bodas. Yo tuve cinco años relaciones con mi marido.

MARQUESA

Así se quedó usted viuda tan pronto. Luego sentiría usted haber perdido el tiempo... Pues

verá usted... La muchacha de mis proyectos es de una excelente familia, algo parientes de mi pobre marido. Es huérfana de madre. Vive con su padre y una tía en Moraleda, donde usted sabe que tengo fincas. Ellos también son allí propietarios. Una magnífica dehesa suya linda con la mejor que yo tengo. De allí los conozco. La muchacha es preciosa. Aunque siempre ha vivido en Moraleda, y más en el campo, ha viajado bastante, ha estado en Madrid algunas temporadas, en París, creo que en Italia... Sabe francés, inglés, no toca el piano; está muy bien educada.

EUFEMIA

¿Hija única?

MARQUESA

Sí. El padre tendrá unos diez millones de capital.

EUFEMIA

¡Marquesa! ¡Que usted piense en eso!

MARQUESA

Y la tía tres ó cuatro, lo menos, que también heredará su sobrina.

JOAQUÍN

Ya sabe usted que esas fortunas de provincias... siempre se exagera. La mayor parte

serán fincas, que si va uno á venderlas ó á tomar dinero sobre ellas..

EUFEMIA

¿Ya piensa usted en eso?

JOAQUÍN

Es que no vaya usted á creer que me ciega el interés.

EUFEMIA

Lo supongo. No hay nada más repugnante. ¿Y dice usted que el padre es viudo?

MARQUESA

Luego le verá usted.

EUFEMIA

¿Porqué se figura usted que le he preguntado?

MARQUESA

Por darle el pésame.

EUFEMIA

No. La enhorabuena á todos. Con tantas facilidades y tantos atractivos, ¿quién duda que tendremos boda? Hasta luego, Marquesa... Adiós, Joaquín. Hasta luego... Ya le veo á usted de cacique en la provincia.

JOAQUÍN

Á mí la vida de campo me gusta mucho. Ya sabe usted que la caza es mi mayor afición.

EUFEMIA

Entonces, ya le veo á usted en la dehesa... ¡Qué suerte, qué suerte! No se moleste usted, Marquesa... (*Vase por el foro.*)

ESCENA V

La MARQUESA y JOAQUÍN.

MARQUESA

E ta ha venido á enterarse... La conozco. En confianza, sobrino, ¿á cómo estabas con la viudita?

JOAQUÍN

Á no saber por dónde escapar. Pero te juro que por mí...

MARQUESA

Sí; te creo. Pero ¿á qué edad aguardarán algunas mujeres para jubilarse? Aunque no sea más que por verte libre de estas lagartonas... Po que, además, tendría la pretensión de que te casaras con ella... Claro, que luego se hubiera

puesto en lo justo... ¡Ay, sobrino! Agradece á tu tía que ha sabido descubrir para tí una perla, una verdadera perla. Ya ves en Madrid cómo están las muchachas. Cada día más locas. En mis tiempos, los señores antiguos, ya murmuraban de nosotras... ¡Figúrate si conocieran á éstas! Á tu prima Anita, por ejemplo.

JOAQUÍN

¡Ay, tía! No me hables de Anita.

MARQUESA

¿No estás curado todavía?

JOAQUÍN

No, tía, no. No puedo olvidarla. Estoy desesperado. Luego, por más que evito encontrarla, no verme con ella en ninguna parte...

MARQUESA

¿Te la encuentras á todas horas?

JOAQUÍN

Sí. Parece que lo hace el demonio.

MARQUESA

Ó ella, que es lo mismo. Conoce que la quieres todavía, y se divierte en atormentarte. Ya



sabes que ahora está en relaciones con tu amigo Vicente Trujillo.

JOAQUÍN

Sí. Los veo siempre juntos. ¡ Ese imbécil ! Sirviéndole de juguete, poniéndose siempre en ridículo.

MARQUESA

Es lo que decía de tí todo el mundo cuando hacías lo mismo.

JOAQUÍN

¿ Yo ? Todo el mundo sabe que estando muy enamorado rompí mis relaciones en cuanto me enteré de que se burlaba de mí.

MARQUESA

Pero tardaste mucho en enterarte.

JOAQUÍN

Y cada día está más bonita.

MARQUESA

¿ Pero de veras la encuentras tan bonita ?

JOAQUÍN

O graciosa, diabólica... Como quieras. Pero yo sé que no querré á ninguna mujer como la he querido.

MARQUESA

¡ Ay, ay, ay ! Si todavía estás en ese estado, mira, no vayas á comprometerte con esta muchacha por el gusto de que la otra sepa que tienes novia. Y á lo mejor se le ocurre á la niña, con sus travesuras, volver á reirse de tí, y me dejes mal con unas persona que merecen toda mi consideración. Piénsalo bien.

JOAQUÍN

Naturalmente.

MARQUESA

Yo estoy segura de que la muchacha ha de gustarte. ¡ Qué diferencia con Anita ! ¡ Tan juiciosa, tan sentada !

JOAQUÍN

Bueno, tía. Te dejo; tengo que ver á unos amigos. He venido antes por si tenías que hacerme alguna advertencia.

MARQUESA

Ninguna. Que veas y juzgues sin pasión. No tardes.

JOAQUÍN

Vuelvo en seguida. (*Vase por el foro.*)

ESCENA VI

La MARQUESA.

Es un buen muchacho. Por eso le engaña cualquiera. Necesita un ángel protector. Y la viuda y Anita, cada una por su estilo, las dos son de cuidado. Estoy segura de que harán cuanto puedan para estorbar mis planes. En fin, lo principal es que la primera impresión sea agradable. Y yo creo que lo será. La muchacha es angelical, el padre es un santo varón y la t a otra santa. Un poco habladora, pero yo estaré al quite; no la dejaré meter baza. Estoy emocionada, como debe estarlo un general antes de una batalla. ¡ Y eso que en esta clase de batallas, me río yo de Napoleón ! Llevo arregladas lo menos, una... dos... cuatro... ¿qué más? Mi primo Carlos con m cuñada Emilia... las dos doncellas, la una con el cochero y otra con el ordenanza de mi cuñado el general... las dos chicas de Cabanillas con los dos pasantes de Espinosa; total, doce. ¡ Jesús ! ¡ Esta hace la trece ! Yo no creo en estas cosas; pero de tanto oirlas entra una en aprensión. ¡ Ya estoy preocupada ! No; yo caso antes á cualquiera, para que sea la catorce. ¿ Á quién caso yo si no me queda nadie? (*Toca el timbre.*) ¡ Á ver !...

ESCENA VII

La MARQUESA y PETRA, que sale por el foro.

PETRA

Señora Marquesa...

MARQUESA

(*Aparte.*) ¿Cómo le digo yo?... (*Alto.*) Oiga usted, Petra, una curiosidad... ¿Tiene usted novio?

PETRA

¿Yo? No, señora Marquesa. ¿Porqué lo dice la señora Marquesa? ¿Le han contado algún chisme á la señora Marquesa? Yo le aseguro á la señora Marquesa que no es verdad. Ya ve la señora Marquesa que nunca tengo interés por salir á la calle. Y cuando voy á algún recado, no tardo nunca más que lo preciso. No sé quién puede haber dicho otra cosa á la señora Marquesa. Nadie puede haberme visto hablando con ningún hombre. Yo quisiera que me dijera la señora Marquesa quién ha sido...

MARQUESA

¡Basta, basta! Si nadie me ha dicho, si no es que me importe. Al contrario. Á su edad sería

muy natural que tuviera usted novio. Siendo una persona decente y en relaciones formales, para casarse muy pronto... Porque lo que yo no quiero es que se gaste el tiempo. Pero si usted dice que no...

PETRA

No, señora Marquesa, se lo aseguro.

MARQUESA

Está bien.

PETRA

Me parece que la señora Marquesa no lo cree. ¿Cómo convencería yo á la señora Marquesa?

MARQUESA

De ningún modo. Retírate. (*Se oye hablar dentro al Marqués y Anita.*) Espere usted... ¿Quién habla en la antesala? Ya sabe usted que no estoy más que para las personas que espero.

PETRA

Es el señor Marqués y la señorita Anita. (*Mirando por la puerta del foro.*)

MARQUESA

¿Anita? Pues, señor, ésta también se ha enterado. ¡Y ésta nos da la noche! (*Vase Petra por el foro.*)

ESCENA VIII

La MARQUESA, el MARQUÉS DE SAN SEVERINO
y ANITA por el foro. Después el CRIADO y PETRA.

ANITA

¡Tiíta de mi alma!

MARQUESA

¿Cómo estáis?

ANITA

¡Qué guapa! ¡Qué elegante!

MARQUÉS

(*A parte.*) ¡Doncellita nueva!...

MARQUESA

¿Tú por aquí? ¡Y con tu padre! Doble sorpresa...

MARQUÉS

Estamos sin señora de compañía. Tengo que sacrificarme.

ANITA

Renegando.

MARQUÉS

¡ Es que llevo unos días !...

ANITA

Mañana descansas. Ha quedado en venir la señora nueva.

MARQUÉS

¿ Tienes buenos informes? No vaya á sucedernos como con las otras.

ANITA

Excelentes. Ha estado tres años en casa de las de Torres. Para aguantar tres años á las de Torres debe de tener resuelto el expediente de canonización.

MARQUESA

¿ Y á qué debo esta agradable sorpresa? ¡ Y en lunes ! ¿ No es tu día de abono en el Español?

ANITA

¡ Si venimos de allí ! Por cierto que he saludado á Eufemia, que entraba ahora mismo. Tiene las butacas al lado de las nuestras.

MARQUESA

(*A parte.*) Lo comprendo todo.

ANITA

Hacían una obra clásica. Á mí me aburre todo lo clásico... Yo soy muy modernista. Además, el majadero de Vicente... ¿Sabes quién es?

MARQUESA

Tu novio.

ANITA

Mi ex. Mañana le mando el cese. ¡Figúrate que no se había dignado presentarse en el teatro todavía. Siempre le sucede lo mismo. Llega á todas partes después que yo. ¡Es una gracia! Parece que soy yo el novio. Y es que en plancharse aquella cabeza y en hacerse el lazo de la corbata y en estudiar al espejo cuatro posturas matadoras, se le va el tiempo. Así es, que por darle una lección y porque estaba muy aburrida, para colmo de entretenimiento, en el palco de al lado las vecinitas contando á voces su veraneo... Trouville, Ostende, Brighton... Cosas que ellas no han visto más que en las cajas de cerillas y en los cinematógrafos... No pude más y le dije á papá : vamos á casa de tía Lola... hace muchos días que no la veo... se alegrará tanto. Y allí siempre hay gente agradable y se pasa muy bien.

MARQUESA

¡ Vaya si me alegro !

MARQUÉS

¿Puedes llamar á la doncella para que haga el favor de traerme un vaso de agua? ¡Tengo una sed!...

MARQUESA

(Toca el timbre y sale un criado por el foro.)
Una copa de agua. ¿La quieres sola?

MARQUÉS

Sí, sola *(Aparte mirando al criado.)* ¡Tan sola!

MARQUESA

¡Ah! Diga usted á Petra que me traiga un abanico cualquiera. *(Vase el criado por el foro. Bajo al Marqués.)* Así la ves y se disimula mejor; siquiera por tu hija.

MARQUÉS

¿Eh?

MARQUESA

¡Á la doncella, hombre! ¡Si sabré yo porqué pides agua!

PETRA

(Saliendo por el foro con un abanico.) ¿Quiere éste la señora Marquesa?

MARQUESA

Sí, está bien. *(Deja Petra el abanico encima de la mesa y se va por el foro.)*

MARQUÉS

(Bajo á la Marquesa.) Cuando vivía tu marido no las tenías tan jóvenes y tan guapas...

MARQUESA

¡ Jacobo ! Respetar su memoria. No te compares. Tú siempre has sido el mismo y el pobre sólo en sus últimos años... porque era un síntoma de su enfermedad.

ANITA

¿ Y esperas mucha gente esta noche ? *(Sale el Criado por el foro con una copa de agua en una bandeja. El Marqués no hace más que probarla casi sin mirar al Criado, el cual se va en seguida por el foro.)*

MARQUESA

No, he reducido mucho mi tertulia. ¡ Vas á aburrirte !

ANITA

¡ Con tal de hacer rabiar á Vicente ! Cuando llegue al teatro y no me vea y le digan sus

amigos que me he marchado... Esta noche corre medio Madrid. Y mañana recibe una carta llena de insultos.

MARQUESA

¡ En una señorita !

ANITA

Si hay que tratarlos así... ¿Tú ves Joaquín? Por andarme con contemplaciones se portó conmigo de tan mala manera.

MARQUESA

Te advierto que ha quedado en venir esta noche.

ANITA

¿Y á mí qué me importa? Para mí como si no existiera. ¡ El sí que se descompone en cuanto me ve ! Y para hacerme creer que está muy satisfecho, empieza á hablar con sus amigotes, á preguntar por la Fulana y la Mengana y á reirse sin ton ni son con unas carcajadas tan estúpidas... ¡ Pero tan estúpidas ! ¿Qué te dice de mí?... ¿Me pondrá de vuelta y media?

MARQUESA

Dice que tienes muy poco juicio.

ANITA

¡ Claro está ! Él te habrá contado lo sucedido á gusto suyo. Te habrá dicho que yo le engañaba con otro... ¡ Para que veas si es tonto ! Precisamente fué á fijarse en el que menos me importaba. ¡ Todo por una broma sin importancia ! ¡ Porque el muchacho y yo nos entreteníamos en enviarnos tarjetas postales todos los días, diciéndonos tonterías ! ¿ Á quién se le ocurre que si hubiéramos tenido que guardar un secreto íbamos á escribirnos en tarjetas postales?... Lo que le molestó á Joaquín fué que yo, en una que figuraba un par de gansos en traje de boda pusiera debajo : « Participamos á usted nuestro efectuado enlace. » Y creyó que era por burlarme de él y por molestarle. Ya ves qué puede esperarse de un hombre que de novio se incomoda por semejante tontería. Si después de casados hubiera visto algo más grave, habría que oírle.

MARQUESA

Mira, Anita. Ya sé que es tu carácter y no lo puedes remediar, pero todo no puede tomarse á broma en la vida. Si aspiras á casarte con un hombre formal que pueda hacerte feliz, es preciso que seas más juiciosa. Porque de ese modo solo conseguirás atrapar á un tonto ó á un pillo que busque tu dinero. Ya ves qué porvenir.

MARQUÉS

¿Oyes lo que te dice tu tía? Tiene mucha razón. Lo mismo te diría yo muchas veces, si no me oyeras como quien oye llover. Estás dando lugar, con tus extravagancias, á que hablen ya de tí hasta los periódicos.

ANITA

Sí. Dentro de poco venderán la colección de mis chistes en la Puerta del Sol. ¡Corriente! Como hasta ahora no me han pretendido más que tontos ó pillos, como tú dices..., lo que puedo decir es, que si yo me he reído de todos, ninguno ha podido reirse de mí. Hay muchas que no pueden decir lo mismo. ¡Y de esas, que le citan á una como ejemplo! ¡Y es que se reservan para después de casadas... Luego es aquello de: « ¡Quién había de figurárselo! ». « ¡Quién lo diría!... » Pues de mí podrán decir lo mismo, pero por lo contrario. El día en que encuentre á un hombre de talento, á un verdadero hombre, se acabaron las bromas.

MARQUESA

¡Como de primera intención no has de conocerle!... Si le asustas antes...

ANITA

Si tiene talento él sabrá conocerme, y com-

prenderá que, en el fondo de toda esta locura mía aparente, guardo mis ahorros de seriedad. El encontrar necios y tontos por el mundo no es cosa de echarse á llorar.

MARQUÉS

Joaquín es un excelente muchacho, de lo poquito que hay en Madrid. De muy buenas costumbres...

ANITA

Demasiado buenas. Un muchacho soltero, que desde los veinte años es dueño de un capital, ahorra de sus rentas y compra papel del Estado. Habiendo mujeres tan guapas y tan mal vestidas las pobrecitas... ¡ Á un muchacho le sienta muy mal tanta administración ! Las deudas son el perfume de la juventud. Este pensamiento es mío.

MARQUÉS

Joaquín es muy buen muchacho. Á mí me hubiera agradado mucho que te hubieras decidido por él. Ahora, que yo no quiero contrariarte. Si eres desgraciada, no quiero que digas nunca que tu padre tuvo la culpa. Ya ves que te dejo en libertad. Este de ahora n. siquiera sé de qué familia es.

ANITA

No te preocupes. Ni en esos momentos en que se le ocurre á una cualquier disparate, se me ha ocurrido casarme con él.

MARQUESA

Entonces, ¿porqué gastas el tiempo? ¿No comprendes que te desacreditas? Cada novio plantado, es un enemigo que va diciendo por ahí lo que se le antoja.

ANITA

¡ Mejor ! Así el que llega después llega más curado de espanto. Antes se me asustaban todos á a pr mera locura. Ahora ya me dicen : « No me habían engañado, es usted muy loca. » Acabarán por decirme : « Me habían engañado, no es usted tan loca. » Ya ves s adelante.

MARQUÉS

Hay que dejarla... Bueno, chiquita, aquí no te hago falta. Voy un rato al Casino. Volveré á recogerte.

ANITA

¿ Al Casino ? Si mañana, á la hora de almorzar, no empiezas á tararear algún *couplet* nuevo... ¡ Dime lo que cantas, te diré dónde has ido ! ¿ Dónde estuv ste anoche, papá ? le pregunto :

« Anoche... como siempre, en el Casino, ó en casa de tu tío el General. ¿Dónde quieres que vaya? » Y luego se distrae y empieza: (*Tararea un couplet.*) Y yo le digo: « ¿No sabes la letra, papá? » Pues yo sí.

MARQUÉS

¡ Qué chiquilla !

MARQUESA

¡ Límpiate la baba !

MARQUÉS

Graciosa sí es; ¡ no digas !...

MARQUESA

¡ Muy graciosa !...

MARQUÉS

Vaya, hasta luego. Y ten formalidad. Sobre todo si viene Joaquín.

ANITA

Adiós, papá. Abrígate bien a salir del Casino, que esos salones es án muy caldeados. (*Vuelve á tararear el couplet.*)

MARQUÉS

¡ Qué ch quilla esta, qué chiquilla ! (*Vase por el foro.*)

ESCENA IX

La MARQUESA y ANITA.

MARQUESA

¡ Con qué poco respeto tratas á tu padre !

ANITA

Pero le quiero mucho. Y él á mí. Como no me querrá nadie. No me niega ningún capricho, no me contraría nunca.

MARQUESA

¡ Si eso es cariño !...

ANITA

Pues ¿ qué es entonces ? Yo no lo comprendo de otra manera... Una alegría más de la vida, un juego más interesante, un motivo para reirse de todo, para reir siempre.

MARQUESA

No conoces la tristeza de querer, criatura. No conoces la alegría de llorar.

ANITA

Eso parece una *Dolora* títa. ¡Cosas de la edad!; me la sé de memoria :

¡Pero, señor, si es tan niña!

¡Pero, señor, si es tan vieja!

No te apures. Ya lo sabré todo. Puede que quiera, puede que llora... Pero, entretanto, me río y soy dichosa. ¿Hago mal á nadie?

ESCENA X

Dichos, un CRIADO y después PILAR, OLALLA y D. DEMETRIO por el foro.

CRIADO

(Saliendo.) El señor Bermejo.

ANITA

(Aparte.) ¡Aquí están! *(Alto.)* ¿Quién es? No me suena.

MARQUESA

¡Calla! ¡Señores... Pilar! ¿Cómo estás? ¿Y usted, Olalla? ¿Y usted, Bermejo?

D. DEMETRIO

¡Señora Marquesa!...

MARQUESA

Voy á pre entarles á ustedes... Mi sobrina Anita... El señor Be.mejo... su hermana y su hija Pilar.

OLALLA

Servidora.

ANITA

¡ Tanto gusto !

MARQUESA

Siéntense ustedes. ¿ Vienen ustedes de algún teatro ?

D. DEMETRIO

No. ¡ Los teatros concluyen tan tarde ! Hemos estado haciendo tiempo en el hotel... Aburridos... Esta se dormía...

OLALLA

¡ Demetrio !...

D. DEMETRIO

La falta de costumbre. Como ahora venimos del campo y allí se acuesta uno con las gallinas... Nos gusta trajinar desde muy temprano. En Moraleda es otra cosa. Allí nos recogemos algo más tarde, pero nunca esta perdición de Madrid... La otra noche fuimos á un teatro de esos por horas, nos dió la mala idea de sacar

billetes para toda la noche, y por aprovechar, nos quedamos hasta la última... Y crea usted que hicimos el buey; porque nos caíamos de sueño y estuvimos dando cabezadas.

OLALLA

¡Demetrio !...

ANITA

(*Aparte.*) ¿De dónde habrá sacado mi tía esta familia? (*Alto.*) ¿Y es la primera vez que viene usted á Madrid?

PILAR

No, señorita. He venido muchas veces, pero por poco tiempo.

ANITA

¿Y le gusta á usted?

PILAR

¡Es muy hermoso! Para ustedes debe ser muy alegre.

ANITA

¿Usted no se divierte?

PILAR

Sí, mucho... Yo con ver las tiendas ya estoy divertida. Es lo que más me gusta. En París me sucedía lo mismo.

ANITA

¿Conoce usted París?

D. DEMETRIO

Fuimos para la Exposición. Hicimos ese sacrificio. Pero vale la pena, es digno de verse. Muy buenos edificios. Si no fuera por la pícara lengua... Esta sí se entendía muy bien. ¡Y los alimentos!... Para el que no está acostumbrado son muy dañinos. ¡Mucho picante! á los tres días tiene usted el estómago como si le hubieran puesto á usted un sinapismo.

MARQUESA

(*Aparte.*) ¡Este señor que hablaba tan poco!... Hoy está en vena. Y ese diablo no puede contener la risa.

ANITA

¿París sí le gusta á usted?

PILAR

Mucho. Ya le digo á usted... Las tiendas sobre todo.

D. DEMETRIO

¡Aquellos almacenes! ¿Cómo los dicen allí? Magacins, el Louvre y el otro... ¿cómo le dicen al otro?... El Bon Marché... ¿No es así? ¡Cosa

buena! Allí tiene usted de todo. Puede usted entrar desnudo y sale usted vestido de pies á cabeza... La casa de las fieras también es mejor que la de aquí... Por dos reales, que allí son cincuenta céntimos, lo mismo que aquí, se monta usted en el elefante y da usted una vuelta... Estas no se atrevieron. Yo sí; porque cuando viajo me gusta probar de todo. ¡ Parece mentira! un animal tan grande y cómo se deja manejar.

ANITA

¡ También tuvo usted valor! ¡ Montarse en un elefante!

PILAR

¿Verdad que sí?

MARQUESA

(*Apar'e*) Ya empieza. Y el buen señor no calla... En cambio la señora, que hablaba tanto, se ha vuelto muda. (*Alto.*) ¿Y usted, Olalla, cómo lo pasa usted en Madrid?

OLALLA

¡ Psch!

MARQUESA

Usted es como yo, se encuentra bien en todas partes.

OLALLA

Eso.

D. DEMETRIO

Y yo también. En ninguna parte tiene uno las comodidades de su casa, esa es la verdad; pero de cuándo en cuándo hay que asomarse por el mundo, aunque no sea más que para coger más á gusto nuestro rincón cuando se vuelve. ¡Qué á gusto se coge la cama de uno. ¿verdad? Es lo que más echo de menos; la cama y el cocido.

OLALLA

¡Demetrio!...

D. DEMETRIO

¿Tienes sueño, hija? Lo ve usted... Es lo que nos pasa...

OLALLA

Si la niña no bostezaba... ¡Qué cosas tienes!

PILAR

No, papá.

MARQUESA

(*Aparte.*) ¡Pobrecilla! Se ha sofocado. Yo estoy en vilo por esa pícara. (*Alto.*) Anita, ¿porqué no tocas un poco el piano?

ANITA

Voy. ¿Y usted, señorita?

PILAR

Yo no sé. Sé muy poco.

D. DEMETRIO

No será porque no la pusimos profesor y la compramos un piano. ¡Cosa buena! De esos de cola. Lo más caro. Pero no le tenía afición, y para qué iba á calentarse la cabeza... Ya ve usted. Ahora poco, hemos comprado un aparato que se pone delante del piano y toca solo por electricidad. ¡Cosa curiosa!

ANITA

¿De veras? ¡Qué adelanto!

D. DEMETRIO

Es lo que yo digo. Dentro de poco habrá máquinas para todo. ¡Esto de a electricidad ha traído una revolución muy grande! ¡Y lo que tiene que traer!

MARQUESA

Toca, Anita, toca.

ANITA

¿Qué música prefiere usted?

PILAR

Toda me gusta.

ANITA

(Tocando un vals.) ¿Conoce usted este vals?

D. DEMETRIO

¡ Lo tenemos, lo tenemos ! Está en un papel con muchos agujeritos. Lo pone usted en el aparato y va corriendo, corriendo... y toca que toca... Mejor que aquí. ¡ Cosa bonita !

MARQUESA

(Aparte.) ¡ Pero este señor no era así !

OLALLA

(Bajo á don Demetrio.) ¡ No hables tanto ? Ya sabes que los de Madrid se burlan de todo. ¿ No ves yo qué callada me estoy ?

D. DEMETRIO

No te conozco.

MARQUESA

¿ Ustedes tomarán una taza de te ?

D. DEMETRIO

No. ¡ Por nosotros !...

MARQUESA

¿ O prefieren ustedes tomar chocolate más tarde?

D. DEMETRIO

Sí, más tarde. Yo todavía tengo aquí la comida. ¡ Esas comidas de fonda !... (*La Marquesa toca el timbre y aparece un criado por el foro, á quien da un recado y se vuelve á ir.*)

OLALLA

¡ Demetrio !...

D. DEMETRIO

¡ Déjame ! Si no tengo confianza con la señora Marquesa...

OLALLA

La Marquesa. Señora Marquesa solo lo dicen los criados.

D. DEMETRIO

Pues á mí, decir la Marquesa ya me parece mucha confianza.

ESCENA XI

Dichos, EUFEMIA y don PACO, por el foro.

D. PACO

¡ Marquesa !

MARQUESA

¡ Tanto bueno !

ANITA

¡ Eufemia !

EUFEMIA

Sigan ustedes, sigan ustedes... Mire usted á quién le traigo. Es un triunfo, porque se vende carísimo.

MARQUESA

Les presento á ustedes... el señor Bermejo, su hermana, su hija... La señora viuda de Remolinos... el señor Tavira...

D. PACO

¡ Encantado, encantado !

ANITA

¿Aún no se habrá concluído el teatro?

EUFEMIA

No, falta un acto. Á poco de irte llegó Vicente. No quitaba los gemelos de tus butacas, esperándote, sin duda. Sacaba el reloj cada dos minutos.

ANITA

¡El reloj! Podía colgarle del espejo cuando empieza la *toilette*.

EUFEMIA

En el primer entreacto se conoce que sus amigos le dijeron que te habías marchado, y salió como un loco.

ANITA

¿No llueve, ni nieva, ni hace frío?

EUFEMIA

No; está la noche muy hermosa.

ANITA

Lo siento. Porque irá de teatro en teatro y de casa en casa. ¡Si cogiera siquiera un buen catarro!

EUFEMIA

Oye, ¿ésta es la familia?

ANITA

¡ Graciosísima ! Ya verás. La familia del Tío Maroma.

EUFEMIA

¿ De dónde habrá sacado tu tía que la muchacha era preciosa ?

ANITA

¡ El padre, el padre es lo que no se paga con dinero ! Nos vamos á reir.

D. PACO

¿ Conque de Moraleda ? Hermosa ciudad.

D. DEMETRIO

¿ Ha estado usted allí ?

D. PACO

No. Pero no pienso morirme sin verla. ¡ Ciudad histórica, monumental ! Á mí me encantan las ciudades históricas y monumentales. ¡ Armonizan tan bien con mi carácter !

D. DEMETRIO

Sí señor. Hay cosas buenas aunque algo estropeadas. Á los extranjeros les gustan mucho.

EUFEMIA

Marquesa, ¿cuál es la novia?

MARQUESA

No se burlen ustedes. ¿No les parece bien?

EUFEMIA

Los colores son muy sanos.

ANITA

Y está muy bien vestidita.

MARQUESA

No digan ustedes... (*Aparte.*) La verdad es que no han estado muy felices en el atavío.

ANITA

Pero no pierdas de oído al padre. Te lo recomiendo. Voy á darle cuerda.

MARQUESA

¡Por Dios! Que esta gente de provincias es muy escamona.

ANITA

¡Aquí tiene usted, don Paco! Usted que se las da de tan atrevido... Este caballero ha tenido el valor de montar en un elefante.

D. PACO

¿Ha estado usted en la India?

D. DEMETRIO

No señor. En París. Pues le aseguro á usted que no pasé mucho miedo. Me he convencido. Los animales, cuanto más grandes, más nobleza.

MARQUESA

(*Aparte.*) Voy al quite. (*Alto.*) Don Paco, sepamos quién nos le roba á usted...

EUFEMIA

¿No lo sabe usted? ¡Las de Inestrilla! Le han tomado de secretario y aposentador desde que han heredado.

MARQUESA

¡No sabía nada!

EUFEMIA

Sí; su padre no les dejó nada. Pero ahora se ha muerto un amigo antiguo de la familia y se lo ha dejado todo.

D. PACO

¡No sea usted reticente!

EUFEMIA

No he subrayado nada. No sabe usted en qué pie están poniendo la casa; y como don Paco tiene fama de ser hombre de gusto, él lo dirige todo. ¡Y dicen que se está usted luciendo! Yo no lo dudo. Porque una vez estaba yo haciéndome un sombrero sin saber por dónde me andaba, cuando llegó don Paco, me vió muy apurada, y en un momento, de aquí quito una flor, aquí pongo un lazo, hija mía, una preciosidad. Llamó la atención.

D. PACO

Usted que es muy amable. Porque en sombreros, la verdad, no estoy muy fuerte. En cuestión de mobiliario, ya es otra cosa. Me pongo con el más pintado.

ANITA

No encontrará usted competidor.

D. PACO

Ya verá usted la casa de las de Inestrilla. *C'est quelque chose de chic...* Todo arte moderno.

MARQUESA

¿Qué me dice usted de esos mueblecitos en que no sabe una cómo sentarse?

D. PACO

Lo pide el estilo. En la vida moderna no hay tiempo para sentarse, no se vive en ninguna parte, se pasa... Todo es frágil, tenue... El arte se inspira en las formas más ligeras; ramas flexibles, flores esbeltas y nada de colores... *La nuance, la nuance partout...* El matiz, la irisación.

D. DEMETRIO

(*Bajo á Olalla.*) ¡ Luego dices que yo hablo mucho !

OLALLA

¿ Y tú crees que no se burlan ? ¡ Tú no conoces á esta gente de Madrid !

EUFEMIA

¿ Y á esas señoras les ha puesto usted así la casa ?

D. PACO

Hay un *boudoir* de tonos indecisos, en tema violeta, y gabinete en rosa regencia, sobre tono de fantasía...

ANITA

¡ Habrá que hacerse presentar á esas señoras para ver esas maravillas ! ¿ Qué gente es ?

EUFEMIA

No le preguntes. Está desconocido. Ahora le ha dado por hablar bien de todo el mundo.

ANITA

¿De veras? Antes no era usted más que maldiciente y ahora calumniador.

D. PACO

Á mí me cautiva el estilo moderno en todas sus manifestaciones. Sin ir más lejos, las mujeres, ¿cuándo se han vestido ustedes mejor? Tules, gasas, encajes... Pasan ustedes envueltas en nubes de ensueño. Pasan ustedes por el mundo como por nuestro corazón: algo que flota, que se desvanece... *frou, frou...* todo *frou, frou*.

OLALLA

¡Niña, no te duermas!

PILAR

Me estoy cayendo de sueño.

OLALLA

Á mí se me está clavando una ballena del corsé. ¡Estoy mechada!

EUFEMIA

¡ Pero ustedes estaban tocando el piano !

MARQUESA

(*Aparte.*) ¡ Y mi sobrino sin venir ! (*Alto.*)
¿ Qué les parece á ustedes este señor ? Es célebre
en Madrid.

D. DEMETRIO

¿ Y cómo dice usted que se llama ?

MARQUESA

Don Paco. Nadie le llama más que don Paco.

D. DEMETRIO

¿ Y dice usted que hace mucho papel en
Madrid ?

MARQUESA

El que ustedes ven.

EUFEMIA

Sí, Anita. Canta unos *couplets*. Don Paco te
acompañará.

D. PACO

Si son de mi repertorio, con mucho gusto.

ANITA

¿Sabe usted *L'histoire d'un petit vieux*?

D. PACO

¡ Ah ! No los conozco.

EUFEMIA

Yo te los acompañaré.

ANITA

Vamos allá.

PILAR

¿Van ustedes á cantar?

OLALLA

Sí, en francés.

D. DEMETRIO

¿Tú lo entenderás?

MARQUESA

(*Aparte.*) Dios quiera que no lo entienda.
(*Anita canta y Eufemia la acompaña al piano.*
El Marqués y Joaquín aparecen en la puerta del foro, y todos les hacen señas de que no interrumpen hasta que acabe de cantar Anita.)

ESCENA XII

Dichos, JOAQUÍN y el MARQUÉS por el toro.

TODOS

(Al terminar de cantar Anita, menos Joaquín.) ¡Bravo! ¡Muy bien!

EUFEMIA

¡Hija, qué gracia tienes! Es estar en París.

JOAQUÍN

¡Señores!

MARQUESA

Ven acá, Joaquín. ¿Cómo has tardado tanto?

MARQUÉS

¿Tú sabes lo que has cantado, hija mía?

ANITA

Si es que ahora quiero consagrarme al arte.

MARQUÉS

¡Otra locura!

ANITA

Sí. Para olvidar un amor desgraciado.

D. DEMETRIO

Mucho gusto, mucho gusto. Basta que sea usted sobrino de su tía... La señora Marquesa sabe cuánto la aprecio.

ANITA

¿Y dónde te has encontrado á Joaquín que veníais tan juntitos? ¿En el Casino?

MARQUÉS

No... Cuando llegaba, en el portal.

ANITA

Sí, de Belén.

EUFEMIA

¡Mira, mira! El momento psicológico.

ANITA

Á la niña se le sube el pavo.

D. PACO

¿Y estos otros *couplets*, los conoce usted? (*Tararea.*) La letra es... Deje usted que recuerde...

J'perdu ma jarretière...

ANITA

De lo que no es usted capaz es de bailar un *cake walk*.

D. PACO

No se atreverá usted como yo.

ANITA

Eufemia, ¿tocas el *cake walk*?

EUFEMIA

Á tropezones... Probaré.

ANITA

Vamos, don Paco. Pero láncese usted .. lo más negro posible.

D. PACO

En eso está la gracia. Verá usted. (*Bailan el « cake walk » Anita y don Paco, y Eufemia les acompaña al piano.*)

MARQUESA

(*Aparte.*) ¿Pero qué hace esa loca?

MARQUÉS

(*Riéndose á carcajadas.*) ¡Qué buen humor, qué buen humor! ¿Pero dónde aprenderá estas cosas este diablo de chica?

JOAQUÍN

(*Aparte.*) Está desatinada. Todo por hacerme rabiar. (*Alto á Pilar.*) ¿Qué le parece á usted?

PILAR

Un baile muy gracioso. Ahora está de moda, ¿verdad? Yo creo que no lo aprendería nunca.

JOAQUÍN

Nadie baila esos bailes en sociedad. Mi prima, por hacer gracia.

PILAR

Sí que es muy graciosa. Yo le envidio esa resolución.

JOAQUÍN

No la envidie usted. Yo estoy seguro de que usted no bailarías así delante de gente.

PILAR

Me daría mucha vergüenza.

D. PACO

Me he cansado un poquillo. (*Terminado el baile se sientan Anita y don Paco.*)

ANITA

¡Muy bien, don Paco!

EUFEMIA

Este don Paco es un estuche.

MARQUÉS

¡Qué buen humor qué buen humor! Les envidio á ustedes.

D. DEMETRIO

(*A Olalla.*) ¡Ya ves si es gente de broma!

OLALLA

Demasiado.

EUFEMIA

(*A Anita.*) Tu primo se entusiasma.

ANITA

Porque estoy yo aquí. ¡Y pensará el muy tonto que estoy muerta de celos!

JOAQUÍN

(*A Pilar.*) ¿Y no preferiría usted vivir en Madrid?

PILAR

No sé qué le diga á usted. Gustarme, me gusta; pero no me acostumbro.

JOAQUÍN

¿Le gusta á usted más la vida del campo?

PILAR

Si le digo á usted que sí, va usted á reirse de mí.

JOAQUÍN

No. ¿Porqué? Á mí me gusta mucho.

PILAR

Lo dice usted por decir, por cumplido.

JOAQUÍN

¡De verdad!

PILAR

¡Puede! Me lo hará usted creer.

JOAQUÍN

(*Aparte.*) ¡Esta chica es boba! Y mi tía que...

D. DEMETRIO

(*A Olalla.*) ¿Te parece que nos despedamos?

OLALLA

Los primeros, no. Es muy violento.

D. DEMETRIO

Es que tengo sueño.

OLALLA

Yo también. Y se me ha dormido una pierna,

MARQUESA

Vaya. Pasen ustedes por aquí... Nos servirán el chocolate.

OLALLA

(Bajo á don Demetrio.) Ofrece el brazo á la Marquesa.

MARQUESA

Vengan ustedes.

D. DEMETRIO

El brazo, Marquesa... *(Aparte.)* Ya iba á decir señora.

MARQUESA

¿Viene usted, Eufemia?

D. DEMETRIO

(Ofreciendo el otro brazo á Eufemia.) Tengo otro...

EUFEMIA

Es usted muy amable. (*Al pasar por la puerta de la izquierda tropiezan.*)

D. DEMETRIO

Los tres no cogemos. Suéltense ustedes. Ahora sí. (*Pasan delante la Marquesa y Eufemia y don Demetrio detrás. Vanse por la izquierda.*)

JOAQUÍN

(*A Pilar.*) ¿Viene usted?

PILAR

Sí, voy con mi tía. ¿Tía, viene usted? ¿Se ha dormido usted?

OLALLA

No, hija; yo no, es la pierna. ¡Ay! Voy, voy. (*Se van por la izquierda Pilar, Olalla y detrás don Paco.*)

MARQUÉS

(*Aparte.*) ¡No está mal la provincianita! Hay frescura. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XIII

ANITA y JOAQUÍN.

ANITA

¡ Mi enhorabuena !

JOAQUÍN

¡ Déjame !

ANITA

¡ Ni saludarme ! Porque hayamos dejado de ser novios no hemos dejado de ser primos.

JOAQUÍN

¿ Aún no te has reído bastante de mí ?

ANITA

Nunca se ríe uno bastante. ¡ Lloraremos tanto !...

JOAQUÍN

¿ Tú ? ¡ Si no tienes corazón ! Búrlate, ríe, diviértete... ¿ Crees que me importa ?

ANITA

¡ Qué afición al drama ! No podíamos conge-niar.

JOAQUÍN

No, para tí la vida es un intermedio cómico. ¡ Llamar la atención con gracias del peor gusto, cantando, bailando delante de gente extraña !

ANITA

¿Cómo extraña? ¡ Mi futura familia ! Pues hoy no me he lucido mucho.

JOAQUÍN

¡ Qué modo de ponerte en evidencia !

ANITA

El que se pone en evidencia eres tú, demostrando que todavía te importa lo que yo hago. (*Con acento dramático.*) ¡ Y eso que amas á otra ! ¡ Á otra, perjuro ! Ese será tu castigo. (*Echándose á reir.*) ¿ Ves qué fácil es dramatizar ?

ESCENA XIV

Dichos y la MARQUESA por la izquierda.

MARQUESA

Pero, Joaquín, ¿no vienes? ¡ Anita, por todos los santos !

ANITA

Si por mí... Si yo no le detengo.

JOAQUÍN

¡ Déjame, tía, déjame ! No quiero ver á nadie.
¡ No sé en qué has estado pensando !

MARQUESA

¿ Qué dices ? ¿ No te ha gustado la muchacha ?

ANITA

¡ Parece mentira !

JOAQUÍN

¡ Qué me ha de gustar ! Toda la familia es ridícula. La muchacha es una lugareña, tonta de capirote. El padre es un bárbaro, y tú se conoce que has querido divertirte á mi costa.

MARQUESA

¡ Qué cosas dices ! ¡ Naturalmente ! Una muchacha sencilla y modosa... ¡ Si la comparas con algún verso suelto !...

ANITA

Mira, t'a... Á mí no me tomes de cañamazo para bordar al realce los encantos de esa flor silvestre. Si á Joaquín no le ha parecido bien, yo no tengo la culpa. Yo he hecho todo lo posible por parecerle peor que nunca. Si á pesar de eso, no puede arrancarme de su corazón, será... ya lo ves, porque no es tan fácil olvidarme.

ESCENA XV

Dichos y VICENTE que sale por el foro muy sofocado.

VICENTE

Muy buenas noches... Á los pies de usted, Marquesa... Usted perdone. Vengo... ¡Ah!... por fin... Aquí.

ANITA

Solo faltabas tú.

MARQUESA

¡Caballero! (*Anita se ríe.*)

VICENTE

¡Ríete! He recorrido todos los teatros... la Comedia, Lara, Apolo, la Zarzuela...

ANITA

¡Bueno, sí, hombre, todos!

MARQUESA

(*A Joaquín.*) ¡Qué imprudencia! ¡Entrarse así!...

JOAQUÍN

¡Qué majadero!

VICENTE

Perdona, Joaquín, no te había visto. (*A la Marquesa.*) ¿Así es como me quieres? ¡Ay! Usted perdone.

MARQUESA

¡Está loco!

JOAQUÍN

¡Qué imbécil!

VICENTE

(*A Anita.*) ¡Así es como me quieres! ¡Ingrata!

ANITA

Vienes sin aliento... Respira, hombre, respira...

VICENTE

Después de los teatros he recorrido todas las casas en que me figuré que podías estar. Primero á casa de tu tío el general. Como no conocía, pregunté si era allí donde habían encargado un pianista para una reunión. El asistente me dijo que no había nadie; que los señores estaban acostados. Insistí. El general se asomó á una puerta envuelto en una bata y preguntó muy destemplado: « ¿Quién demonio llama á estas horas? » Yo no esperé más y eché escalera

abajo. Después, fuí á casa de las de Torres. Allí caí como una bomba. Una de ellas acababa de dar á luz.

ANITA

¿Cómo una de ellas? ¡ La casada !

VICENTE

No pregunté. Á casa de la de Bermúdez no me atreví á subir. No se me ocurría un pretexto.

ANITA

Haber preguntado si necesitaban niñera...

VICENTE

Sí, búrlate, búrlate. ¡ Vaya una nohecita !

ANITA

¿Te has mirado al espejo? El lazo torcido, la pechera arrugada, el cabello en desorden y los zapatitos llenos de barro.

VICENTE

¡ Lo que yo he corrido !...

ANITA

Pero, ¿no has tomado un coche?

VICENTE

Lo menos cinco. Pero ninguno me llevaba bastante deprisa. Pasaba el tiempo... Y yo sin verte... ¡Y estabas aquí!... Debí figurármelo. Aquí con tu primo... Me engañas... ¿Lo ves cómo me engañas?

MARQUESA

Pero á este caballerito, ¿quién le manda presentarse sin estar invitado?

ANITA

¡Qué quieres! El amor no tiene educación.

VICENTE

¡Y tú, mal amigo, que el otro día me das tu palabra de honor, de que todo había concluído entre Anita y tú, y todo continúa. Eso no se hace con un amigo de la infancia. Me darás una satisfacción.

JOAQU'N

Ó un puntapié, si no te largas ahora mismo. ¡Pues estoy yo de humor esta noche!

VICENTE

¡Ah! ¿Me contestas en ese tono cuando soy yo el ofendido? Está bien. Nos veremos las caras.

JOAQUÍN

Lárgate, si no quieres...

MARQUESA

¡ Sobrino !... ¡ Caballero !... ¿ Qué es esto ?...
¡ En mi casa !... (*A Anita.*) ¿ Lo ves ? por tí...
Á esto has dado lugar.

ANITA

¿ Yo ?

VICENTE

Le ponen á uno en el caso de faltar á la educación. Usted perdone Marquesa. (*A Anita.*)
¡ Nos mataremos por tu causa ! (*A Joaquín.*)
Mañana recibirás la visita de dos amigos.

JOAQUÍN

Corriente.

VICENTE

¡ Burlarse de mí ! ¡ De un amigo de la infancia !
Marquesa no sé cómo deshacerme en excusas...
Comprenda usted que hay ocasiones... (*A Joaquín.*)
¡ Uno de los dos ! (*A la Marquesa.*) Hemos concluído.
¡ Ay ! Usted perdone. (*A Anita.*) Hemos concluído.
Perdone usted, Marquesa, perdone usted. (*Vase precipitadamente por el foro.*)

ESCENA XVI

Dichos menos VICENTE.

MARQUESA

¡Pero ese muchacho ha perdido el juicio!

JOAQUÍN

Ya estarás satisfecha. Nos has puesto en ridículo.

ANITA

¿Á mí qué me cuentas?

MARQUESA

¡Supongo que no habrá tal lance! ¡No faltaba otra cosa!

JOAQUÍN

Tenía ganas de romperle algo. Se saldrá con la suya.

MARQUESA

¡Qué disparate!

ANITA

No te apures. No se matarán. Los dos son valientes. Joaquín, un día que tuvo que empas-

tarse una muela faltó poco para que se desmayara... Y el otro, cuando tiran tiros en el teatro, cierra los ojos y se sobresalta... No tengas miedo.

ESCENA XVII

Dichos y EUFEMIA por la izquierda.

EUFEMIA

Pero, ¿qué pasa? Dejan ustedes á esos señores... Yo no sé de qué hablarles... ¡Y miren ustedes, el buen señor por obsequiarme me ha echado encima una jícara de chocolate! ¡Traje perdido!

MARQUESA

¡Dichosa noche!

EUFEMIA

¿Qué le pasa á Joaquín?

ANITA

¡Calla, no sabes!... Ha venido Vicente... Una escena graciosísima. Se han desafiado.

EUFEMIA

¡Muchacha!

MARQUESA

¡ Calle usted, calle usted ! ¡ Qué disgusto !
Voy, voy, que no diga esa gente...

EUFEMIA

¡ Pero no es posible ! ¿ Qué ha sucedido, Mar-
quesa ? Dígame usted.

ANITA

Vamos, Joaquín... Un duelo por una dama
es lo más poético del mundo. Si sales vencedor,
ésta es mi mano.

ESCENA XVIII

Dichos, el MARQUÉS y D. PACO por la izquierda.

MARQUÉS

Son ustedes unos traidores.

EUFEMIA

¡ Qué desbandada !

D. PACO

Yo no puedo más. Este señor quiere que yo
me interese por sus cosechas y por el precio de
los jornales. Yo que nunca he querido saber
nada de las materialidades de la vida...

MARQUÉS

Y la niña, porque me he permitido decirle una galantería, me ha contestado con muy mal modo.

EUFEMIA

¡ Se ha lucido usted, Marquesa, con su candidatura !

MARQUESA

¡ Ya lo creo ! No sé cómo despedirlos...

EUFEMIA

(*A Anita.*) Y qué dice Joaquín?

ANITA

Fracaso completo. Desengáñate, Joaquín no se casa más que conmigo.

EUFEMIA

(*A parte.*) ¡ Lo veremos ! (*A Joaquín.*) ¿ De veras va usted á matarse con Vicente ? ¿ Y por Anita ? Si el lance es tan serio, ¿ no vendrá usted á darme el último adiós ? Le espero á usted mañana.

JOAQUÍN

¿ Mañana ?

EUFEMIA

Estaré toda la tarde. ¿Se acordará usted de mí mañana?

MARQUESA

¡ Por Dios ! ¡ Que están solos ! ¿ Qué dirán ?
(Mira por la puerta de la izquierda.) ¡ Calle !
 ¡ Se han dormido !

ANITA

¡ Qué gracia ! Espera... Callen ustedes... *(Se va por la izquierda figurando que apaga las luces de la habitación, sale en seguida y apaga las de la escena.)*

MARQUESA

¡ Anita, no seas loca !...

MARQUÉS

¡ Anita !

ANITA

Voy á darles un susto.

MARQUESA

No, esas bromas no.

ANITA

Déjenme ustedes, déjenme ustedes. *(Toca el piano muy fuerte. Se oye dentro ruido de cacharros rotos.)*

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, PILAR, OLALLA y DEMETRIO, que salen por la izquierda despavoridos. Después el CRIADO y PETRA por el foro.

OLALLA

¡ Ay ! ¿ Qué sucede ?

PILAR

¡ Qué susto !

D. DEMETRIO

¿ Dónde están ustedes ?

ANITA

¡ Ja, ja, ja ! ...

MARQUESA

(*Dando luz.*) ¡ Perdonen ustedes : se apagó la luz... Faltaría corriente... Sucede algunas veces... (*Aparte.*) ¡ Yo estoy volada !

D. DEMETRIO

¡ Qué sé yo ! Al pronto... crea usted que nos hemos llevado un buen susto.

OLALLA

¡ Un susto grandísimo !

PILAR

¡ Ya lo creo !

MARQUÉS

(A Anita.) ¿ Lo ves ? ¡ Si un día tendré que ponerme serio !

D. DEMETRIO

Lo peor es que hemos hecho un estropicio.

EUFEMIA

Sí, ya hemos oído...

D. DEMETRIO

La bandeja con todas las tazas. No puedo hacer más que mandarle á usted otras, aunque no tan buenas, de lo mejor que encuentre.

MARQUESA

¡ Por Dios, no me avergüence usted !

D. DEMETRIO

¡ Calle usted ! Si es que yo no sé lo que nos pasó al vernos á obscuras.

OLALLA

Yo, ni me dí cuenta de dónde estaba.

PILAR

Yo pensé si habría fuego ó ladrones.

EUFEMIA

(*A don Paco.*) La señora está escamada.

D. PACO

Ya lo veo.

OLALLA

(*Bajo á don Demetrio.*) Esto ha sido una burla, desengáñate.

D. DEMETRIO

¡ Mujer !...

OLALLA

¡ Te digo que ha sido una burla ! (*Alto.*) La niña se ha puesto muy nerviosa.

PILAR

Sí, me ha entrado un temblor...

MARQUESA

Yo deploro... ¡ Qué diablura de luz !

MARQUÉS

¡ Sí, ha sido una diablura !

OLALLA

Nosotros ya nos despedimos.

MARQUESA

¿Tan pronto?

D. DEMETRIO

Sí. Ya sabe usted que no acostumbramos á trasnochar.

MARQUESA

Como ustedes quieran... Supongo que no será la última vez que tenga el gusto de verlos...

EUFEMIA

(*Á Anita.*) Me parece que sí...

D. DEMETRIO

(*Saludando.*) Hemos tenido tanto gusto... Caballero... señoras... señorita... á usted no le digo nada. Basta que sea usted sobrino de su tía...

JOAQUÍN

Agradezco... señora... señorita... (*Se van por el foro Pilar, Olalla y Demetrio.*)

MARQUÉS

(*Mirando por la izquierda.*) ¡No han dejado una taza!

EUFEMIA

(*Idem.*) Y la alfombra perdida.

ANITA

(*Idem.*) Una isla de cacharros en un mar de chocolate.

MARQUESA

¡ Ay, gracias á Dios ! ¡ No te perdono el sofocón !

JOAQUÍN

Ha sido el mejor modo de despedirlos.

ANITA

¡ Tú me comprendes !

MARQUESA

¿ Qué irán diciendo ? ¡ Porque ellos han visto claro lo que ha sido ! Yo estoy avergonzada...

EUFEMIA

No le dé usted importancia. Dejo á usted.

D. PACO

Y yo.

MARQUÉS

Todos. Es muy tarde.

MARQUESA

(Toca el timbre y aparece el Criado en el foro.)
Los abrigos de estos señores. *(Vase el Criado.)*

MARQUÉS

¡Vamos, Anita... ya te has divertido bastante!

ANITA

Adiós, tía, perdona el disgusto. No te enfades... Si no puedes conmigo... Solo con verme Joaquín, sabía yo que fracasarían tus planes. ¡Nada, nada! Nos casaremos, y tú serás la madrina.

MARQUESA

¿Yo? Cualquier día vuelvo á pensar en bodas... Esto ha sido mi Waterloo. — *(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa una hermosa huerta. Un banco y cuatro sillas de jardín.

ESCENA PRIMERA

OLALLA; después MARTINA.

OLALLA

¡Martina! ¡Martina!

MARTINA

(Dentro.) Ya voy, señora.

OLALLA

¡Martina! ¡Martina!

MARTINA

¡Ya voy! ¡Ya voy!...

OLALLA

Ya voy, ya voy, pero no vienes.

MARTINA

(*Saliendo por la izquierda.*) Cuando no vengo, es porque no puedo venir. Estaba recogiendo las gallinas, que andaban todas por la huerta.

OLALLA

¿Otra vez? ¡Qué descuido! ¡Habrán hecho un destrozo! ¡Si tiene una que estar en todo! ¿Quién ha dejado abierto el gallinero?

MARTINA

¡Vaya usted á saber!

OLALLA

Siempre lo mismo. ¡Vaya usted á saber! El otro día las vacas, y el otro...

MARTINA

¿Pero va usted á tomarse una incomodidad cada vez?...

OLALLA

¡Claro! Como á vosotros se os pasea el alma por el cuerpo...

MARTINA

Pero, ¿qué va usted á hacer con los animales? Ellos no lo hacen á mal hacer. La culpa no es de los animales, la culpa es de las personas. Y

yo no tengo la culpa. Habrá sido Gasparón al salir. ¡ Como está para casarse no piensa en otra cosa ! Y anda tan *atontoliao* que no está en lo que hace.

OLALLA

Y como á tí te trae á mal traer la dichosa boda, estás más atontolinada que él.

MARTINA

¿ Yo? Que se case ó que reviente me es lo mismo. ¡ Ya va b en servido ! ¡ Mire usted que *ande* ha ido á poner los ojos ! No está bien que una se sobreponga á *naide*, pero ni compararme quiero : ¿ usted ha *reparao*?

OLALLA

¿ Á mí qué me importa?

MARTINA

Pues repare usted. ¿ Usted conoce á la Pastora, la chica del tío Lagarto?

OLALLA

¿ Pero es esa la novia? Yo creí...

MARTINA

No señora. Es más fea *entoavía*. Pues ahí le tiene usted tonto perdido por ella, que pa San

Roque se casan. Quisiera yo saber qué le habrá *encontrao*.

OLALLA

No te metas en averiguaciones.

ESCENA II

Dichos y DEMETRIO, por la izquierda.

D. DEMETRIO

¡ Bueno entra Mayo ! ¡ Qué día ! ¿ eh ? Parece de verano.

OLALLA

Pero no para que andes así. El tiempo no está todavía sentado... Á lo mejor da una rebotada. Apostaré á que ya te has quitado la elástica de franela.

D. DEMETRIO

Pero llevo la de lana y el chaleco de gamuza.

OLALLA

¡ Qué imprudencia ! Ándate jugando.

MARTINA

¿ Me manda algo la señora ?

OLALLA

Sí. Que llenes una cesta de albaricoques, que luego vendrá por ella el demandadero de Santa Clara. Ya sabes, de los más verdes. Son para compota. Cuando venga no dejes de preguntarle cómo sigue la madre Adoración, y si le fué de provecho la medicina que le mandé. Que estoy esperando á saber cómo le ha sentado para tomarla yo.

MARTINA

Está bien. (*Vase por la izquierda.*)

D. DEMETRIO

Pues, señor, si después de estos días de sol lloviera siquiera una semanita... y luego apretara el calor y después volviera á llover unos días, todavía podía arreglarse la cosecha.

OLALLA

¿Cómo está el campo?

D. DEMETRIO

No pinta mal, no pinta mal. Nunca lo veamos peor.

OLALLA

De la huerta no podemos quejarnos. ¿Has visto cómo vienen las cerezas?

D. DEMETRIO

Pero los almendros, en cambio, están perdidos.

OLALLA

Y la fresa es una hermosura.

D. DEMETRIO

Pero ya verás los pimientos, no valen nada. Se plantaron tarde, lo dije. Mañana hay que empezar con las patatas y con las lechugas. Hay que aprovechar estos días para que cojan las primeras lluvias.

OLALLA

Y de los rosales, ¿qué me dices?

D. DEMETRIO

Mira, los rosales, con una docenita que tuviérais en unos tiestecitos... Lo que hacen es apurar la tierra. No sé para qué queréis tanta flor.

OLALLA

Para el altar. ¿No le has visto? Hoy empezamos las flores. Está precioso. Y todos los días estará lo mismo.

D. DEMETRIO

Aquí hay caracoles, no me cabe duda. Esta

noche habrá cacería. Tengo guerra declarada á los caracoles.

OLALLA

Pues anoche estuvimos buscando y no dimos con uno.

D. DEMETRIO

Pues aquí hay caracoles. En dos días limpio yo esta huerta, que no me queda aquí un bichito malo. Si uno no lo ve todo y no está en todo y no cuida de todo...

OLALLA

Eso sí, no puede uno fiarse de nadie.

D. DEMETRIO

¿Y Pilar, por dónde anda?

OLALLA

En la cocina preparando una lengua á la escarlata. Aquí todo el mundo hace algo. Yo soy la que parece que hace menos y es porque estoy en todo.

D. DEMETRIO

El capitán general en su tienda : ordenas y mandas. Yo voy á coger la escopeta y á tirar á los mirlos. Tengo guerra declarada á los mirlos.

OLALLA

Y á todo bicho viviente.

D. DEMETRIO

¡ Ah! Se me olvidaba decirte...

OLALLA

¿Qué?

D. DEMETRIO

Tenemos aquí á la señora Marquesa. Viene á pasar una temporada.

OLALLA

¡ Jesús, qué rareza! Ella que no puede ver el campo. Cuando la traía su marido, estaba siempre disgustada.

D. DEMETRIO

¡ Vaya usted á saber si era por el campo ó por el marido! Ahora viene con una sobrina que está delicaducha y le han mandado los médicos vida de campo. Yo no la he visto; me lo ha dicho el montaraz. También han venido con ella unos amigos. ¡ Esa gente no puede estar en ninguna parte sin su tertulia! Nosotros, ya sabes, el trato preciso y nada más.

OLALLA

Por supuesto. Cada uno en su casa y Dios en la de todos. Esa gente es muy desigual. Ya ves lo que nos sucedió la última vez que estuvimos en Madrid. Los primeros días todo era obsequiarnos, invitarnos á su casa, hablarnos de su sobrino y de ciertos proyectos... Y de la noche á la mañana...

D. DEMETRIO

Esta sobrina puede que sea aquella que cantó y bailó con tanto desparpajo...

OLALLA

¡ Aquella de la bromita ! Muy antipática, por cierto.

D. DEMETRIO

Voy por la escopeta. Esos mirlos necesitan un escarmiento. ¡ Calla ! ¡ Si antes hablamos... (*Mirando hacia la derecha.*) ¡ La invasión !... Esos señores que se entran como Pedro por su casa... Pronto empezamos... Verás... verás... recíbelos tú.

OLALLA

¡ Pero hombre, no me dejes ! ¡ No te presentes con esa facha, pero vuelve pronto !

D. DEMETRIO

¿Con esta facha? Que no vengan si no quieren verme. Ya verás... ya verás! (*Vase por la izquierda.*)

OLALLA

¡ Pero Demetrio !

ESCENA III

OLALLA, la MARQUESA, ANITA, EUFEMIA, el MARQUÉS y D. PACO. Todos por la derecha.

OLALLA

(*Yendo á recibirlos.*) ¡ Marquesa... señores !...

MARQUESA

¡ Querida Olalla !

OLALLA

¡ Qué sorpresa ! ¿ Usted por aquí ?

MARQUESA

Llegamos anoche.

OLALLA

Nosotros también hace dos días nada más que vinimos de Moraleda.

MARQUESA

Ya creo que conoce usted á mi sobrina.

OLALLA

Sí, sí. Ya recuerdo... Y á estos señores. El papá de esta señorita...

MARQUÉS

No, perdone usted. El papá soy yo.

OLALLA

¡ Ay, sí ! ¡ Qué cabeza !

EUFEMIA

Para que presuma usted, don Paco. Ya le adjudican á usted hijas casaderas.

D. PACO

¡ Qué disparate ! ¿ Usted sabe mi edad ? Cinco años más que usted.

EUFEMIA

¿ Más que yo, don Paco ? ¡ Qué valiente es usted !

D. PACO

Así le hago á usted cómplice. Usted me quitará los que le convenga.

OLALLA

Pero, siéntense ustedes, siéntense ustedes.

MARQUESA

¿Y su hermano de usted? ¿Y su sobrinita?

OLALLA

Tan buenos. Ganándose la vida, como yo digo. Mientras estamos en el campo, cada uno en lo suyo. Demetrio dirige todas las labores y no deja parar á nadie. Cuando no hay que hacer, él inventa algo. Pilar, dos cuartos de lo mismo. Ahora está en la cocina. Cuando no, en el gallinero; cuando no, aquí en la huerta. Usted no sabe la vida que llevamos. Eso, sí; muy á gusto, porque no tenemos tiempo de aburrirnos. Desde las seis de la mañana, señora, y algunos días desde las cinco, y muchos desde las cuatro, no querrá usted creerlo, ya estamos todos en faena, y á ninguno le falta. Yo soy la que materialmente parece que no hace nada, y estoy en todo, señora, y sin moverme, solo con hablar, hago más que todos.

D. PACO

Lo creo.

MARQUESA

(*Aparte.*) Esta es mi doña Olalla.

OLALLA

¿Y esta señorita, es la que está delicada, según he oído? ¡No será cosa de cuidado! Y aunque lo fuera, verá usted como aquí se repone. Con aquella vida de Madrid no es posible tener salud. Yo, si viviera allí mucho tiempo, enfermaba de algo; estoy segura. ¡Aquel aire que se respira, si puede llamarse aire! ¡Aquellas casas tan ahogadas, que no pueden llamarse casas! ¡Los alimentos! adulterados, que nunca sabe usted lo que come! ¡Y aquel ajeteo de día, y aquel trasnochar de noche! Y vístase usted para todo, y esté usted siempre con el corsé apretado... Yo no sé cómo no se mueren ustedes todos en Madrid. Pero aquella vida no es para llegar á viejo.

D. PACO

¡No, no es posible llegar á viejo!

OLALLA

¿Y qué tiene la niña, qué tiene? Tan buena y tan alegre como la vimos en su casa de usted... Aquella noche del susto... cuando nos quedamos á oscuras...

EUFEMIA

(*Aparte.*) No se les ha olvidado todavía.

OLALLA

Á propósito. ¿Les ha vuelto á suceder á ustedes?

MARQUESA

No, señora. Hice cambiar la instalación.

OLALLA

Pues aquella noche, me acuerdo que esta señorita estuvo tan animada... ¡cantando y bailando!

MARQUÉS

¿Se acuerda usted? Pues ahora es todo lo contrario. Los médicos dicen que es neurastenia. Yo no sé... Lo cierto es que parece otra. Está siempre triste, sólo tiene ganas de llorar, de encerrarse sola en un cuarto obscuro...

EUFEMIA

¡En un cuarto obscuro y sola! ¡Qué rareza de enfermedades!

MARQUÉS

Lo cierto es que me tiene aburrido.

ANITA

¡Eso es, aburrido! ¡Como si yo tuviera la

culpa! Por eso quisiera morirme pronto, para no aburrir á nadie.

MARQUÉS

¿Pero ve usted? ¡ No se le puede decir nada !

ANITA

¿Qué falta hago yo á nadie en el mundo? Ya te he dicho que me dejes entrar en un convento, en donde haya más mortificaciones y más penitencias.

MARQUÉS

¡ Pues hay pocas en casa, para mí al menos !
¡ Dos meses, señora, que no salgo una sola noche ! No hay señora de compañía, ni doncella que pueda aguantarla. ¡ Unas cuarenta se habrán despedido !

EUFEMIA

Pues eso no le habrá á usted contrariado.

MARQUÉS

Le digo á usted que nadie sabe lo que estoy pasando. Nunca he echado tanto de menos á su pobre madre. ¡ Si ella viviera no estaría yo ahora sacrificado !

EUFEMIA

(*Bajo á don Paco.*) ¡Qué ternura en el recuerdo!

MARQUÉS

Por eso he decidido que pase una temporada con su tía, porque estoy viendo que enfermo yo también... Y me muero el mejor día... ¿Y cómo dejo yo á esta criatura? Nunca he sentido tanto no haberla ya casado.

EUFEMIA

(*Bajo á don Paco.*) El Marqués no sabe á quién endosar la ganga.

ANITA

¿Casarme? ¡No me hables de casarme! ¡Un convento, un convento, esa es mi vocación! Lo ha sido siempre, aunque no lo parecía, y papá no lo cree. Pregúntaselo á Joaquín, á Vicente, á Leopoldo... á todos los novios que he tenido. Á ver si no te dicen que siempre he pensado lo mismo. ¿Hay algún convento aquí cerca?

OLALLA

¡Ya lo creo! Las hermanitas de Santa Eduvigis.

ANITA

¿Cómo es el hábito?

OLALLA

Color de ceniza.

ANITA

No me gusta. En Francia vi unas monjitas con un hábito azul y blanco y una toca rizada... ¿No te acuerdas dónde, papá?

MARQUÉS

En alguna opereta. En *Los mosqueteros grises*. ¡Les digo á ustedes que no hay paciencia! (*Suena dentro un tiro.*)

ANITA

¡Ay, ay! ¡Un tiro, un tiro!

MARQUESA

¡Pero, niña!

OLALLA

No se asuste usted, ¡por Dios, señorita! ¡Si es mi hermano que ha salido á mirlos!

ANITA

¡Ay, qué susto! ¡Ha sido á nosotros!

MARQUÉS

¡ Dichosos nervios !

MARQUESA

¡ Pero, Anita, tú que has sido siempre tan valiente !...

ANITA

¡ Ay, ay !

D. PACO

¡ Vaya ! ¡ Que nos da el espectáculo !

EUFEMIA

¡ Pero, Anita !

MARQUESA

¡ Pero, niña !

OLALLA

¿ Quiere usted tila, azahar ?

EUFEMIA

¡ Ay, don Paco ! ¿ Quién nos ha mandado venir ?

D. PACO

¿ Á mí ? Usted.

EUFEMIA

Por no aburrirme tanto. ¡ Pero á mí, que

ni siquiera me han invitado, que he venido porque sí! ¿Quiere usted decirme porqué he venido?

D. PACO

Eso digo yo. ¿Porqué ha venido usted?

ESCENA IV

Dichos y DEMETRIO, por la izquierda, con una escopeta.

D. DEMETRIO

Señores... ¡ Tanto bueno!

OLALLA

Llegas á tiempo.

D. DEMETRIO

¿Qué sucede? ¿Qué le pasa á esta señorita?

OLALLA

¿Qué le ha de pasar? El tiro...

D. DEMETRIO

¿Eh? ¿Le ha dado? ¿Cómo es posible?

MARQUÉS

¡No, señor! ¡El susto, la detonación? ¡Está tan nerviosa!

D. DEMETRIO

¡Ya! Creía que... Yo sí que me he asustado, caramba.

EUFEMIA

¿Pero no sabe usted adónde apunta?

D. DEMETRIO

Es que justamente había apuntado hacia aquí.

EUFEMIA

¡Qué atrocidad!

D. DEMETRIO

¡Pero han caído dos mirlos! Y dos mirlos y uno de ustedes, hubiera sido un tiro muy aprovechado.

D. PACO

¡Y tanto! (*A Eufemia.*) ¡Qué bruto!

D. DEMETRIO

¿Con que la niña tan nerviosa? Esas son tonterías. Verá usted cómo se le pasa. Á mi niña, y á ésta, también les asustaban mucho

los tiros, y un mes entero me dediqué á tiro-tearlas cuando más distraídas estaban. Hasta que se acostumbraron. Verá usted... Voy á disparar cuatro ó cinco tiros...

TODOS

¡ No, no ! ¡ Por Dios !

D. DEMETRIO

Usted, señora Marquesa, tan buena y de tan buen ver. Y la señora y su esposo.

EUFEMIA

¡ No es mi esposo !

D. PACO

No tengo ese honor.

D. DEMETRIO

Usted perdone. ¡ Qué torpeza ! Ya me acuerdo... ¡ Su papá !

D. PACO

¡ Canastos !

EUFEMIA

Ya va usted ascendiendo. ¡ Y es, que esta luz cruda no le favorece á usted nada

D. PACO

Ya lo veo.

EUFEMIA

Y eso que no tiene usted ni una cana. ¿Cómo se las arregla usted?

D. PACO

No es arreglo, señora ¿ Cree usted que me pinto? No me doy más que un agua. Un agua nada más, que las suprime.

EUFEMIA

¡ Ay, sí! Pues dígame usted qué agua es esa. Porque yo me doy tinte, lo que se llama tinte, y no me da tan buen resultado.

D. DEMETRIO

¡ Nada, nada! Tonterías. Esas cosas nerviosas no son más que tonterías... ¡ Algún disgustillo que habrá tenido con el novio! ¿ Pero ustedes querrán tomar algo? Un vasito de leche... fresa... ó las dos cosas... No hay más remedio.

OLALLA

¡ Ya lo creo! Voy á decir á Martina que lo prepare todo en el cenador. Con su permiso...
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA V

Dichos menos OLALLA.

D. DEMETRIO

Verán ustedes... Tengo unas vacas holandesas y unas cabras de Angora... ¡ Cosa buena, cosa buena!

MARQUESA

Usted siempre mejorando, en todo, su finca.

D. DEMETRIO

Sí, señora. No tengo otra ilusión.

MARQUÉS

Ya he podido apreciar, cuando veníamos, que no es usted un agricultor ordinario. Al pasar he visto máquinas que yo desconocía.

D. DEMETRIO

¿ Han entrado ustedes á verlas? Porque ahora están encerradas.

MARQUESA

¡ Si no hemos visto más que una bomba de sacar agua y unos arados que estaban com-

poniendo en la herrería! Es que á mi cuñado, esto del campo le coge de nuevas.

MARQUÉS

¡ Perdon, perdona! Yo sé lo que me digo. El señor tiene máquinas; él mismo lo ha dicho.

EUFEMIA

(*A don Paco.*) Por eso lo sabe.

D. DEMETRIO

Sí, señor. Y procuro aplicar aquí todo lo que se inventa: lo más nuevo y lo más caro. No me duelen prendas. Á mí no me ha dado por figurar en política, no me ha dado por lujos y grandezas, vivo tranquilo, vivo feliz: procuro que vivan lo mismo cuantos me rodean; predico con el ejemplo. Y como en mí no ven interés particular, ni ambiciones, todos me respetan y todos me quieren. ¡ Créalo usted! Si en vez de tantos como son á pretender hacer en un día la felicidad del país entero, cada uno tomara á su cargo la parte que le corresponde, otra cosa sería. Yo, aquí nací, de esto entiendo, esto me corresponde, y ¡ojalá pudieran dar razón los que gobiernan mucha tierra, de haber cumplido con su deber, como yo puedo darla de haber cumplido con el mío, en este pedazo!

MARQUÉS

¡Admirable! ¡Me ha conmovido usted! Si todos pensarán como usted... De hombres así estamos necesitados. ¡Hombres así, de ambiciones modestas, pero perseverantes, son los que...

D. PACO

(A Eufemia.) Nos coloca un sobrante del Senado.

EUFEMIA

Y hay que confesar que el otro buen señor se explica muy bien. ¡Tanto como nos bur-lábamos de él!

MARQUESA

¡Siempre dije que mi amigo Bermejo era un sabio!

D. DEMETRIO

El villano en su rincón, señora Marquesa. Usted lo sabe, que me conoce de antiguo.

MARQUÉS

¿Cómo estás, hija? ¿Se te ha pasado el susto? Pero, ¿qué tienes? Ven aquí...

ANITA

¡Déjame! Estoy oyendo cómo se arrullan los palomos, y me da una tristeza...

MARQUÉS

¡Bueno, bueno! Hártate de llorar. Pues, sí, amigo Bermejo, usted es mi hombre. Á primera vista se advierte que su finca está cultivada con esmero. Esos trigos que tiene usted á la entrada, no presentan el aspecto de los demás trigos.

D. DEMETRIO

¿Esos?...

MARQUESA

¡Si no son trigos, hombre! Es alfalfa.

MARQUÉS

Eso quise decir. ¡Alfalfa! ¿Cómo iba yo á confundir el trigo con la alfalfa, dos cosas tan distintas?

D. PACO

No le de usted vueltas, Marqués. Como agricultores no nos lucimos.

MARQUÉS

No haga usted caso. Toda mi vida he consagrado interés preferente á las cuestiones agrícolas. La agricultura es la verdadera fuente de riqueza de un país. La riqueza natural y positiva...

D. PACO

No nos escapamos.

MARQUÉS

La única vez que he consentido que sonara mi nombre en combinaciones ministeriales, se me indicaba para la cartera de Agricultura.

D. PACO

¡ Menos mal! Podía haber sido para la de Instrucción pública.

MARQUÉS

Como á usted no le preocupa ni le interesa nada de interés general...

D. PACO

Muy pocas cosas. Y el campo, perdóneme el amigo Bermejo, no me dice nada. La contemplación de la naturaleza me deja frío. En cambio, todo lo que sea arte, ¡ oh el arte! Donde están los « Murmullos de la selva », de Wagner, que se quiten todas las selvas y todos los murmullos. Donde está un cuadro de un gran artista...

EUFEMIA

Sí. Usted entre lo vivo y lo pintado, prefiere siempre lo pintado.

ESCENA VI

Dichos, OLALLA y MARTINA, por la izquierda Martina con una cestita.

OLALLA

Van ustedes á tomar la leche acabadita de ordeñar. En Madrid no la toman ustedes así. ¡Martina! ¡Ve cogiendo fresa y tráela en seguida! ¡Verán ustedes qué fresa! ¡En Madrid ño la comen ustedes así!

D. PACO

¿Pero qué pensará esta señora que come uno en Madrid?

EUFEMIA

¡No diga usted! En Madrid hay de todo lo mejor.

OLALLA

No lo discuto. Pero yo siempre que he estado allí no he comido más que porquerías.

D. PACO

¡Sí, en los hoteles!

MARQUESA

(*Bajo á don Paco.*) Le advierto á usted que comieron dos veces en mi casa.

MARQUÉS

(*Aparte.*) ¡No está mal la zagala! ¡Hay frescura! (*Alto.*) ¿Y tienen ustedes fresa? Yo creí que la fresa no se criaba más que en Aranjuez.

D. PACO

Allí se cría la natural. Esta es imitación, pero está muy bien hecha.

D. DEMETRIO

¿Qué dice usted?

D. PACO

¡Si se lo cree!

MARQUÉS

¡Es curioso! ¡Es curioso cómo se cría!
¡Por el suelo! (*Arrimándose á Martina que está cogiendo fresa.*)

EUFEMIA

Déjelo usted. Si ahora no está en la fresa.

D. PACO

Ya lo veo.

MARTINA

¡El demonio del viejo, cómo se arrima!

D. DEMETRIO

Vamos, señores...

MARQUESA

Tiene usted que enseñar á estos señores la vaquería, el gallinero... ¡Verán ustedes qué bien dispuesto todo! ¡Es un modelo!

D. DEMETRIO

En gallinas tengo ejemplares magníficos. De Padua, de Prat, de Faverolles... ¡Qué modo de poner! ¡Ustedes no saben lo que ponen!

D. PACO

Nosotros sí. ¡El Marqués puede que no lo sepa!

MARQUÉS

¡Es muy interesante, muy interesante!...
(Se van por la izquierda don Demetrio, la Marquesa, don Paco y el Marqués.)

OLALLA

¿No vienen ustedes? Pilar sale en seguida. Ha estado en la cocina toda la mañana y está arreglándose un poco.

ANITA

Yo no quiero tomar nada. Y solo ver algo de comer me ataca los nervios.

OLALLA

¡Como usted quiera!

EUFEMIA

Yo te acompaño. Tampoco tengo gana. No se detenga usted por nosotras.

OLALLA

¡Con su permiso! No tardes, Martina; ¿has llevado todo lo que te dije?

MARTINA

Sí, señora. ¡Ni que fuera una tonta!... Los vasos nuevos, las servilletas buenas y la bandeja de plata. Todo lo que se saca cuando hay convidados.

OLALLA

¡Bueno, bueno! ¡Qué habladora! (*Vase por la izquierda y á poco, detrás de ella, Martina.*)

ESCENA VII

EUFEMIA y ANITA.

ANITA

¡ Qué aburrido es el campo ! Llegamos anoche, y ya no puedo más.

EUFEMIA

Pues te conviene mucho. Verás qué bien te sienta.

ANITA

¿ Pero, tú has creído que yo estoy mala?

EUFEMIA

¡ Claro que no ! He tenido tantas veces tu enfermedad... Pero yo no exageraba tanto.

ANITA

Lo que yo quería era venir aquí con cualquier pretexto. ¿ Sabes porqué?

EUFEMIA

¡ Si tú no me lo dices !...

ANITA

Porque las mujeres estamos locas.

EUFEMIA

Ese es un motivo para ir á todas partes, pero no para venir aquí precisamente.

ANITA

¡ Es que estoy muy enamorada de mi primo Joaquín !

EUFEMIA

¿ Ahora te enteras, después de haberle despreciado ?

ANITA

Es que ahora es él quien me desprecia, y eso es lo que no puedo sufrir.

EUFEMIA

¿ Pero no estás en relaciones con Vicente ?

ANITA

Con Vicente ya he concluído. Ahora es con Leopoldo. Pero todavía me importa menos que Vicente. Ya no quiero más que á Joaquín, y me casaré con él, porque le tengo una rabia...

EUFEMIA

¿ Porqué ? Cualquiera te entiende.

ANITA

¿Te acuerdas de la noche cuando mi tía le presentó á la niña de esta casa con la idea de arreglar la boda, y sólo con presentarme desbaraté la combinación?

EUFEMIA

(*Aparte.*) ¡Eso crees tú! (*Alto.*) Sí, me acuerdo. La niña no era para enamorar á nadie, á pesar de sus millones.

ANITA

Aquella noche, entre bromas y veras, medio hicimos las paces, y cuando al día siguiente yo esperaba una carta suya ó que viniera á verme como de costumbre, el caballero no pareció, ni al otro ni nunca. Al contrario. Antes procuraba que le viera en todas partes para darme en cara, y ya, ni eso. ¿Qué te parece? ¿No era incomprensible? Era indudable que había una mujer por medio. Me propuse averiguarlo y lo averigüé. Cosa que yo me propongo...

EUFEMIA

¿Y qué averiguaste?

ANITA

Verás. Como no era posible echarle la vista encima, el día del santo de mi tía me planté en

su casa desde las ocho de la mañana, decidida á almorzar, á comer, á dormir allí se era preciso. ¡Aquí le cojo! pensé. Vendrá sin falta á felicitar á la tía, y nos veremos. En efecto, cuando más gente había, á las cuatro de la tarde, aparece muy puesto de punta en blanco. Yo, dándole vueltas en la cabeza á mi plan de averiguaciones, le ofrezco una taza de té, y con el mayor disimulo tropiezo y se la vierto encima de la levita. Debí escaldarle. Le puse perdido. En seguida, lamentando el percance, le obligo á quedarse en mangas de camisa, me ofrezco á plancharle yo misma le levita en un momento, para que se secara y quedara presentable. Me retiro á una habitación interior con la prenda, registro los bolsillos, y como yo sé que la cartera de los hombres es un almacén de secretos... Á mí no se me ha ido ningún novio sin registrarle de cuándo en cuándo la cartera.

EUFEMIA

¡Qué imprudencia!

ANITA

Entre billetes de Banco y papeles sin importancia, dí con una cartita, ésta, que él ni siquiera habrá echado de menos.

EUFEMIA

¿Á ver? (*Aparte.*) La mía.

ANITA

La explicación del misterio. Una mujer. Pero no es una niña inocente. ¡ Una carta sin firma y que dice lo que dice, debe de ser de una lagartona !

EUFEMIA

¿ No conoces la letra ?

ANITA

No. Esas mujeres ni siquiera escriben por no comprometerse. ¡ Tienen alguna amiga complaciente ó la cocinera !

EUFEMIA

(*Aparte.*) Parece que se lo han dicho.

ANITA

¡ Lee, lee !

EUFEMIA

(*Leyendo.*) « Va usted demasiado de prisa. Me pide usted demasiado. »

ANITA

¡ Figúrate !

EUFEMIA

« Si usted sólo necesita una prueba de mi cariño, las mujeres, en cambio, necesitamos muchas pruebas. Espere usted sin desesperar. »

ANITA

Eso es de alguna novela cursi.

EUFEMIA

« Yo sé que piensa usted pasar una temporada en el campo, con su tía. ¿Quién le dice á usted que allí no nos encontraremos? Mayo es el mes de los amores, cuando todo florece y se renueva. Para mi corazón siempre es invierno; ¿pero quién dice que no tendrá también su primavera? »

ANITA

El estilo es de jamona.

EUFEMIA

« Vaya usted al campo y espere usted, espere usted siempre. Su triste amiga. » Y por firma un arabesco. ¿Y no sabes?

ANITA

Sé que mi primo, hace ocho días, anda de caza por aquí cerca. Estoy segura de que no tardará en venir. Él no sabe que estoy aquí. Como mi tía ha invitado á mucha gente á pasar unos días en su finca, ya irán llegando y veremos quién llega.

EUFEMIA

¿Tú no sospechas?

ANITA

¡ De tantas ! Ya parecerá. ¡ Para que á mí se me escape ! Cuento contigo para el relevo en la vigilancia.

EUFEMIA

¡ Descuida !

ANITA

¡ Dejarme por otra ! Yo le aseguro que ha de volver á mí, y cuando esté más enamorado me caso con el primero que se presente, para que vea que conmigo no se juega. ¡ Nos vamos á reir ! ¿ Pero quién será ella ? ¿ quién será ella ? ¿ Á tí no se te ocurre ?

EUFEMIA

Indudablemente, una mujer que sabe mucho. Esto de « va usted demasiado de prisa, pide usted demasiado », es de una mujer que conoce á los hombres.

ANITA

¡ Lo que yo te digo ! ¡ Una lagartona ! Pero madura, ya muy madura.

ESCENA VIII

Dichos y D. PACO, por la izquierda.

D. PACO

¡ Ampárenme ustedes ! Esos señores se disponen á visitar la finca, y, la verdad, no me siento con fuerzas. Su papá de usted se ha propuesto enterarse de todo, y don Demetrio...

ANITA

Estará graciosísimo.

D. PACO

No lo crea usted ; ni eso. Como aquí está en su terreno y habla de lo que entiende, ya no es aquél de Madrid ; pero ya no divierte. ¡ La verdad es que el campo es muy aburrido !

ANITA

¡ Horrible !

EUFEMIA

Y si esto es de día, ¡ qué será de noche ! Hay que inventar algo para pasar las noches, que no sea lo de siempre.

D. PACO

¿ Á qué llama usted lo de siempre ?

EUFEMIA

¿Á qué ha de ser, hombre de Dios? Al tresillo, á la lotería, á los juegos de prendas... los únicos recursos. Invente usted algo.

D. PACO

Si tuviéramos un fonógrafo...

EUFEMIA

O una linterna mágica... Si no se le ocurre á usted otra cosa...

D. PACO

Jugaremos á los académicos.

EUFEMIA

¿Qué juego es ese?

D. PACO

Hablar mal de toda la gente conocida por orden alfabético. Cada noche apuramos una letra, tenemos para veinticuatro noches...

EUFEMIA

Á mí no me gusta murmurar. ¿No le sería á usted lo mismo que habláramos bien?

D. PACO

Entonces no tenemos más que para una noche. (*Se oyen dentro ladridos y un disparo.*)

EUFEMIA

¿Qué es eso?

D. PACO

¡ Por Dios, no se asuste usted !

ANITA

Ahora no. ¡ No está papá ! Serán cazadores.
¡ Calla ! ¿ Será ? ...

EUFEMIA

¿ Tu primo Joaquín ? ¿ Crees ? ...

ANITA

Es posible.

EUFEMIA

El disparo ha sonado cerca. ¿ Vamos á ver ?
Don Paco, acompañenos usted. Iremos dando un paseo.

D. PACO.

Ya les ha entrado á ustedes curiosidad. ¡ Á ver si nos sueltan un tiro !

EUFEMIA

Por si acaso, vaya usted delante. Que le vean á usted bien. Usted que va de blanco.

D. PACO

Agradezcan ustedes que no haga el chistecito. Pero como voy de blanco... tiro seguro. *(Se van los tres riéndose por la derecha, don Paco delante.)*

ESCENA IX

PILAR, por la izquierda.

¡ Ya se fueron ! Me disculparé con la tía. No tengo ganas de ver á esos señores, ni de acompañarlos. No puede olvidar cómo se burlaron de nosotros en Madrid. Yo, que por primera vez en mi vida estaba algo ilusionada... ¡ Mi padre y mi tía me hablaban tanto del sobrino de la Marquesa !... ¡ Que era tan buen muchacho, que tenían de él las mejores referencias, que tenía tan buena figura !... ¡ Y eso era verdad, muy buena figura ! Pero, claro ; no nos gustamos nada. ¿ Qué iba yo á parecerle entre aquellas señoritas tan elegantes, tan desenvueltas, que tienen conversación para todo ? ¡ Y yo nunca me he sentido tan cortada, tan tonta ! ¡ La tía, á fuerza de aconsejarme !... ¡ Cuidado

con lo que hablas, que no te rías de todo como acostumbras, que los madrileños todo lo dicen con intención, piensa mucho antes de contestar! Debí parecerle una chica de pueblo. ¡Cómo se burlaría luego de mí, cuando ni papá ni la tía han vuelto á decirme una palabra!... Creo que se casa con su prima... Es natural... ¡Cómo voy á compararme!...

ESCENA X

PILAR JOAQUÍN y GASPARÓN, por la derecha.

PILAR

¡Ay! ¿quién es?

JOAQUÍN

¡Señorita!

PILAR

¿Quién es? ¡Ah!... (*Aparte.*) ¡Sí, es él!
¡Pero qué facha!...

JOAQUÍN

Usted perdone... (*A Gasparón.*) ¿No decías que no había nadie?

GASPARÓN

No se asuste usted, señorita, que aunque le ve usted así, es un señorito. Es que he tenido que

ponerle mi ropa. Se ha dado un chapuzón en la charca grande... ¡ Si no es por mí, se ahoga !

JOAQUÍN

¡ Es verdad !

PILAR

¿Cómo ha sido? ¡ Está usted todo arañado !
¿Qué le ha ocurrido á usted?

JOAQUÍN

Nada. El remojón y arañazos al acogerme á los juncos de la orilla para salir.

PILAR

(*Aparte.*) ¡ No me ha conocido !... ¡ Si se fijaría en mí !...

JOAQUÍN

Lo peor ha sido el pobre Tom. ¡ He tenido un disgusto !...

PILAR

¿Un disgusto?

GASPARÓN

Es que verá usted. El señorito es sobrino de la señora Marquesa. Andaba de caza en el soto de la Hondonada, y venía desde allí dando un paseo á ver á su tía. Un perro *mu* majo que

traía, ¡ mire usted que aquí los tenemos majos ! pues más majo *entoavía*, le dió de pronto un mal y empezó á revolcarse... Y de pronto, alocao el animal, se tira á la charca. El señorito quiere sacarle, se coge á las espadañas, y ¡ cataplúm ! se zampa en el agua vestido y calzado. Yo andaba cerca y saqué al señorito, pero lástima es que no pude sacar al perro. Por no verle penar ahogándose, el señorito le disparó un tiro y allí se ha quedao.

PILAR

¡ Pobre animal ! ¡ Sí lo habrá usted sentido ! ¡ Se les toma tanto cariño !... Y tener que matarlo usted mismo... ¡ Pero también ha podido costarle á usted la vida ! La charca es muy honda, y aunque sepa usted nadar, allí no es posible...

GASPARÓN

¡ Y con el traje de caza y las botas ! Si no es por mí, ya puede decir que no lo cuenta.

JOAQUÍN

No he querido presentarme en casa de mi tía con esta facha, ni quiero que sepa... Este joven me dijo que no había nadie, que podía esperar aquí á que se secara mi ropa. Usted perdone.

PILAR

No hay por qué... Lo importante es que no haya sido más que el susto y la pena de haber visto morir así á un animal. ¿Querrá usted creer que me ha impresionado?

JOAQUÍN

¡Y á mí también!... ¡Pobre Tom!

GASPARÓN

Si le pasa á la señorita con un perro de casa la da un accidente. ¡Cualquier animal que se desgracia, es un disgusto!

JOAQUÍN

Era un *pointer* magnífico.

PILAR

Dos tenemos nosotros. Y un *setter* español de pura raza. Ya los verá usted... mi padre es muy cazador... Yo le acompaño algunas veces... ¡Eso sí, tirar nunca tiro! No tengo valor para matar á un animalito.

GASPARÓN

Se los come después de matáos. ¡Como todos! ¡Pero lo que hace la ropa al hombre!... ¡Cualquiera dice que es un señorito!...

PILAR

No seas bruto.

JOAQUÍN

Déjelo usted.

PILAR

¿Se encuentra usted bien? ¿No siente usted nada?

JOAQUÍN

No... Muchas gracias.

GASPARÓN

¿No ve usted que en seguida lo llevé á mi casa, se desnudó del todo y desnudo como las ánimas benditas?...

JOAQUÍN

¡Pero hombre!

PILAR

No seas bruto, Gasparón.

GASPARÓN

Empecé á secarle con una bayeta áspera, y luego se vistió con lo mejor que tengo... que eso sí, limpio está *tóo*, gracias á Dios y á la Miguela, que aunque *entoavía* no es mi mujer ya me cuida la ropa, como es su obligación.

¡Ya ve usted, el señorito me ha estrenao el juego de novio!

PILAR

Bueno. No des más explicaciones. Entra dentro y dile á Martina que prepare un té bien caliente y que traiga... ¿Qué prefiere usted, ron ó cognac?

JOAQUÍN

Nada, ¡por Dios! ¿Va usted á molestarse por mí?

PILAR

Le conviene á usted para reaccionar. Un remojón nunca es de provecho. Haz lo que te he dicho.

GASPARÓN

Misté, señorita, si le es á usted lo mismo llamar á Martina y decírselo de palabra... Porque basta que se lo diga yo, para que no me haga caso. La tiene tomada conmigo desde que sabe que me caso con la Miguela.

PILAR

¿Nos vas á contar la historia? ¡Bastante le importará á este caballero!

JOAQUÍN

Deje usted... Ya me hago cargo...

PILAR

¡Vaya, no tardes! Dile á Martina que lo he dicho yo. Y no empecéis á disputar como de costumbre, si no queréis que se entere papá y os cueste más caro.

GASPARÓN

Bueno. Ya sabe usted que por mí no hay cuestión. Es ella la que empieza y no acaba. Y ya me ha señalao dos veces esta semana. Aquí y en otro sitio. Y á mí á una mujer que no es mi mujer, no me gusta ponerle la mano encima. Pero un día no reparo... y en un pronto... el hombre es hombre y...

PILAR

¡Qué paciencia!

GASPARÓN

Voy, voy... Pero ella es la que *tié* que mirarse... (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XI

PILAR y JOAQUÍN. Después GASPARÓN.

PILAR

¡Perdone usted !... Estos criados de pueblo...

JOAQUÍN

Me divierten. Estoy acostumbrado á oírlos. Soy muy aficionado á la caza y paso largas temporadas en el campo. Á la finca de mi tía no he venido nunca. ¡Como ella nunca viene, y no hay caza y está todo tan abandonado! Esta finca de ustedes sí parece muy hermosa y muy bien cuidada. ¿Viven ustedes aquí?

PILAR

Casi todo el año. Mi padre se mira en ella; es todo su orgullo.

JOAQUÍN

¿Todo su orgullo? ¿Teniendo una hija como usted?

PILAR

Muchas gracias. (*A parte.*) ¡Qué fino está el tiempo!

JOAQUÍN

Estoy avergonzado con este traje... ¿Qué debo parecer?

PILAR

Sí es gracioso. Pero no se preocupe usted. Aquí no está usted en ningún salón de Madrid. Ya ve usted. Tampoco yo estoy para pasear en coche por el Retiro.

JOAQUÍN

De cualquier modo llamaría usted la atención.

PILAR

¡Esté usted seguro! Si nos presentáramos los dos así... Ya lo creo que llamaríamos la atención. (*Aparte.*) ¡Nada, no se acuerda! Pues yo no lo digo

JOAQUÍN

Sé que mi tía llegó anoche.

PILAR

Yo no la he visto todavía. Pero sé que llegó anoche con una sobrina suya. ¿Es hermana de usted por casualidad?

JOAQUÍN

No. Yo no tengo ninguna hermana, por desgracia. Me hubiera gustado mucho tener una hermana. ¿Pero dice usted que con una sobrina? ¿Anita?

PILAR

Sí. Anita creo que se llama. ¿No lo sabía usted?

JOAQUÍN

No. Y lo siento. Si lo sé no vengo.

PILAR

¿No se lleva usted bien con su prima? Pues á falta de hermanas...

JOAQUÍN

¡No me hable usted! Mi prima es muy especial. Y hemos sido novios.

PILAR

¿Entonces?...

JOAQUÍN

Pero usted perdone que le hable á usted de cosas que no le importan. Es que... ¡Debe ser el traje, me parece que estoy en confianza!

PILAR

Es el campo. Aquí parece que se conoce á la gente más pronto. Se respira la confianza. Estoy segura de que en un día entero en Madrid no hubiéramos hablado tanto.

GASPARÓN

(Que sale por la izquierda con un velador y el servicio de té.) Aquí está todo. Por poco no me lo tira á la cabeza. Este es el té, esta la azúcar... los vinos... Y que la señora se ha llevao las llaves y no *pué* sacar las tenazas de plata.

PILAR

¿Y qué más? Ya ve usted... ¡Para guardar aquí un secreto! ¡Vete, hombre, vete!

GASPARÓN

Á ver si se ha seco la ropa. Luego de seca, la limpiaré muy bien y luego vendré á avisarle.

JOAQUÍN

No corre prisa... Digo, sí, date prisa, porque no quiero molestar á esta señorita. *(Vase Gasparón por la derecha.)*

PILAR

¡No, á mí no! Voy á preparar el té. *(Se*

dispone á hacerlo y se fija en que Joaquín busca algo en los bolsillos.) ¿Qué busca usted?

JOAQUÍN

No me acordaba de la transformación. Cigarillos...

PILAR

Yo le traeré á usted. Papá tiene en su cuarto.

JOAQUÍN

No puedo permitir...

PILAR

¡Qué tontería! Va usted á privarse... Vuelvo en seguida. (*Vase por la izquierda.*)

JOAQUÍN

(*Solo.*) ¡Es encantadora! ¿Conque mi primita aquí? Estoy por marcharme sin saludar á mi tía. ¡Yo que venía decidido á terminar de una vez esa aventurilla con la viudita! Y aquí hubiera terminado... Pero con Anita por medio, hay que ser prudente. Haría alguna diablura de las suyas, y se descubriría todo. Y la verdad, mucho ruido para nada, no me conviene.

PILAR

(*Saliendo con una bandeja y en ella cigarros de papel, puros y caja de cerillas.*) Aquí tiene usted. Cigarrillos y cigarros... Lo que usted prefiera. Yo no entiendo. Creo que son buenos... Papá es buen fumador.

JOAQUÍN

¡Ya lo creo! ¡Magníficos! (*Encendiendo un cigarrillo de papel.*) Muchísimas gracias, señorita.

PILAR

¿Cómo le gusta á usted el té? ¿Á la inglesa?

JOAQUÍN

Como esté.

PILAR

¿Ron ó cognac?

JOAQUÍN

Lo que usted quiera.

PILAR

Y diga usted, ya que empezó usted á contarme, y hemos quedado en que el campo da confianza, ¿regañó usted con su prima?

JOAQUÍN

¿Usted no la conoce?

PILAR

De oídas.

JOAQUÍN

Entonces, ya sabrá usted. ¡Ha conseguido hacerse célebre!

PILAR

He oído que tiene un carácter muy alegre, que se burla de todo...

JOAQUÍN

Yo confieso que estuve muy enamorado de ella.

PILAR

Y volverá usted á estarlo. ¡Cuando se ha querido mucho á una persona!...

JOAQUÍN

¡No, le aseguro á usted que no! Me he convencido de que sería muy desgraciado con ella. Es de esas mujeres que le trastornan á uno la vida, que le desconciertan. Basta que le vea á uno alegre para que ella esté triste, y al contrario. No tolera que uno se preocupe por nada serio ni que atienda á otra cosa más

que á sus caprichos. Yo soy un hombre formal, por formal me tengo. Cuido de mis asuntos, soy muy ordenado, tengo buenos amigos, cultivo su amistad... Pues á ella todo le molesta, todo le enfada. ¡ Le digo á usted que es imposible! Es la educación. En Madrid, por desgracia, hay muchas niñas como ella. ¡ No piensan en nada serio! La caza del marido es la única preocupación de su vida. Con trampa ó con lazo, como sea. La cuestión es casarse. Así es que, para el hombre que tenga aspiraciones serias, le digo á usted que es muy difícil encontrar mujer en Madrid.

PILAR

Pues en las provincias no se conoce. ¿Á que usted no ha pensado nunca en una provinciana?

JOAQUÍN

Yo, no... la verdad.

PILAR

Pues me habían dicho... (*Aparte.*) Me atrevo. ¡ Si no recuerda ahora!

JOAQUÍN

¡ Ah, sí!... Pensaron por mí; mi tía, que tiene el afán de arreglar bodas. Con una señorita de Moraleda.

PILAR

¿De aquí? (*Aparte.*) ¡Qué sofoco! Ahora se acuerda, no hay remedio.

JOAQUÍN

Pero, nada. Entonces estaba yo en el máximo de chifladura por mi prima... Ni me fijé siquiera.

PILAR

(*Aparte.*) ¡Ya se conoce! (*Alto.*) Pero su tía de usted no pensaría en cualquiera...

JOAQUÍN

Qué sé yo en qué estaría pensando. La muchacha era una pobre muchacha. Más que provinciana parecía de pueblo. ¡Eso sí, los colores muy sanos!

PILAR

Por aquí abundan. Son los aires... Como yo, que parezco una muñeca de esas ordinarias, una pepona.

JOAQUÍN

¡No compare usted! ¡Luego, vestida, no quiero á usted decirle!

PILAR

(*Aparte.*) Ya le dije yo á la tía que aquel trajecito estaba muy tirano.

JOAQUÍN

En fin, nada. Me ha sentado muy bien el té. Muchas gracias, señorita. No sé cómo agradecer tanta amabilidad, y una compañía tan agradable. ¿Aquí pasarán ustedes la vida algo aburridos?...

PILAR

No lo crea usted. Yo, por mi parte, no tengo tiempo de aburrirme, y no me aburro nunca.

JOAQUÍN

Si están ustedes al cuidado de todo...

PILAR

¡Ya lo creo! Y aunque soy mujer é hija única, le aseguro á usted, que si por desgracia faltara mi padre, no me vería apurada para que todo siguiera lo mismo. Verdad es que él ha puesto todo su empeño en que así sea.

JOAQUÍN

¡Muy bien pensado! (*Aparte.*) ¡Es encantadora!

PILAR

(*Aparte.*) Ahora se fija. ¿Se habrá enterado?

JOAQUÍN

¿Y en Madrid no ha estado usted nunca?

PILAR

(*Aparte.*) ¡Pues no se entera! Estoy por decirle... (*Alto.*) Sí, algunas veces. Y hasta creo haberle visto.

JOAQUÍN

¿Á mí? Hará mucho tiempo.

PILAR

Sí debe hacer.

JOAQUÍN

Sí, porque yo no recuerdo... Y no es posible que si la hubiera visto á usted una sola vez, me hubiera olvidado... Y habiendo hablado con usted, mucho menos. Porque rara vez se oye hablar con tanta discreción á una mujer bonita.

PILAR

Muchas gracias. (*Aparte.*) Ahora sí que debo estar colorada. ¡Si ahora no me recuerda!...

JOAQUÍN

(*Aparte.*) ¡ Vaya si es bonita !

PILAR

Tarda mucho Gasparón.

JOAQUÍN

Y abuso de su amabilidad.

PILAR

No, por mí... Usted es quien...

JOAQUÍN

Por mí, no. Es que la ropa tarda mucho en secarse.

PILAR

No. Con este sol... (*Aparte.*) ¿ Á que empiezo á decir tonterías como en Madrid? (*Alto.*) ¿ Quiere usted otra taza de te?

JOAQUÍN

Aunque sean cincuenta. ¡ Qué atrocidad !

PILAR

(*Aparte.*) No soy yo sola quien dice tonterías. (*Pausa.*)

JOAQUÍN

¿Decía usted?...

PILAR

Yo, nada. (*Pausa.*) Se nos acabó la conversación. ¿Le parece á usted que hemos hablado poco? Casi nos hemos contado nuestra historia... Digo, yo por mi parte. Porque toda mi historia es esto que usted ve : este campo, esta huerta, esta casa... Aquí están todos mis recuerdos... Porque de mis viajes á Madrid no tengo ninguno. ¡ Los mismos que he dejado seguramente !

MARQUESA

(*Dentro.*) ¡ Joaquín ! ¡ Joaquín !

PILAR

Su tía de usted... y mi padre... y esos señores...

MARQUESA

¡ Que no me vean así ! Huyo...

JOAQUÍN

(*Dentro.*) ¡ Joaquín, Joaquín !

PILAR

Ya le han visto. Espere usted. (*Aparte.*) Ahora es cuando se entera. Yo sí que no sé dónde me escondería.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, la MARQUESA, OLALLA, el MARQUÉS y DON DEMETRIO por la izquierda. Después ANITA, EUFEMIA y D. PACO por la derecha.

MARQUESA

¿Pero qué te ha pasado?... Ya nos han dicho...

D. DEMETRIO

¿Conque ha podido usted ahogarse?

OLALLA

¡Vaya por Dios!

JOAQUÍN

No ha sido nada. Tranquilícense ustedes, tranquilízate querida tía. No deploro el accidente que me ha proporcionado el placer de conocer á una señorita encantadora.

PILAR

(*Aparte.*) Habla de mí.

MARQUESA

¿Hoy te ha parecido encantadora?

JOAQUÍN

¿Cómo hoy?

MARQUESA

¿Pero no conoces á estos señores? ¿No recuerdas?...

JOAQUÍN

¿Á estos señores?... Sí... Ahora sí... ¿Y esa señorita?... Entonces he sido un grosero... un... No sabes, tía...

MARQUESA

¿Qué?

JOAQUÍN

¿Porqué no me presentaste aquí en vcz de presentarnos en Madrid?...

MARQUESA

No hay nada perdido.

JOAQUÍN

Después de lo que he dicho...

PILAR

(*Apartc.*) Ya se ha enterado... Y ahora no sabe lo que hacer... Después de todo, no es culpa suya. (*Alto.*) ¿Recuerda usted ahora como nos habíamos visto en Madrid?

D. DEMETRIO

¿Pero no se acordaba?...

JOAQUÍN

Sí, señorita... ¡Cómo pedir á usted que me perdone!

PILAR

No es extraño.

JOAQUÍN

¡Cómo decir á usted que he rectificado por completo mi ligereza y mi injusticia!...

MARQUESA

Es que allí conociste á otra... Aquí has conocido á la que yo estimaba digna de tí. La culpa fué mía; Pilar sabrá perdonarla.

EUFEMIA

(*Saliendo con Anita y don Paco.*) ¿Pero dónde está Joaquín, dónde está?

MARQUÉS

Aquí le tienen ustedes.

EUFEMIA Y ANITA

¡Usted! ¿Tú?

ANITA

¡Ja, ja, ja! ¡Qué facha más ridícula!

D. PACO

Pero, ¿qué disfraz es ese? ¡Un pollo tan elegante!

JOAQUÍN

Ya ven ustedes. ¿Te hace gracia? ¿Verdad? Pues ríete mucho, porque será la última vez que te rías de mí.

ANITA

No lo creas... Si ya sé que no has venido por mí. Mayo es el mes de los amores... Para mi corazón siempre es invierno; pero ¿quién dice que no tendrá también su primavera?...

JOAQUÍN

¡Ah! ¿Te lo ha dicho ella?

ANITA

Ella... sí, ella...

JOAQUÍN

Estáis de acuerdo; pues dile también de mi parte que también ha concluído de reirse de mí. Eufemia, Anita quiere hablar á usted.

ANITA

¡ Ah ! Era ella...

EUFEMIA

¿ Qué quieres ?

ANITA

Nada... que ya he averiguado...

EUFEMIA

¿ Sí ?

ANITA

No es una jamona... es descaradamente una vieja.

EUFEMIA

¿ Qué quieres decir ?

ANITA

Ya te lo diré todo. Papá, mañana mismo volvemos á Madrid... y me casaré con Vicente ó con Leopoldo; con el que tú quieras.

MARQUÉS

Con el que se deje... Con tal de quedarme tranquilo.

MARQUESA

Nada, nada. Yo despediré á esta gente con diplomacia, y nos quedaremos solos para que

acabéis de conoceros mejor. Estoy segura de que no tendréis que rectificar. Y en adelante, cuando proyecte alguna boda, me dejaré de combinaciones.

OLALLA

Sí; esas cosas hay que dejarlas en manos de Dios.

MARQUESA

Y al natural... que es como se conoce bien á la gente. (*Telón.*)

FIN DE LA COMEDIA

ROSAS DE OTOÑO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Español el 13 de Abril de 1905.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ISABEL.....	SRA. GUERRERO
MARÍA ANTONIA.....	SRTA. SUÁREZ.
CARMEN.....	SRA. GUILLÉN.
LAURA.....	SRTA. CANCIO.
JOSEFINA.....	» TORRES.
LUISA.....	» ASQUERINO.
GONZALO.....	SR. DÍAZ DE MENDOZA (F.)
PEPE.....	» DÍAZ DE MENDOZA (M.)
RAMÓN.....	» CIRERA.
MANUEL.....	» MEDRANO.
ADOLFO.....	» SANTIAGO.
UN CRIADO.....	» CAYUELA.

ROSAS DE OTOÑO

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante.

ESCENA PRIMERA

GONZALO, un CRIADO y después ISABEL.

GONZALO

(Al criado.) Á las siete lleva usted la ropa al Casino, y si ha venido alguna carta...

ISABEL

¿Vas á salir? ¿Volverás pronto?

GONZALO

¿Porqué?

ISABEL

¡Qué memoria! ¿No recuerdas que hoy comen aquí María Antonia, Pepe y amigos?...

GONZALO

Es verdad. No me acordaba.

ISABEL

¿Pensabas comer fuera de casa?

GONZALO

Sí, en el Casino, con Aguirre y con un socio suyo, para tratar de esos negocios de Bilbao. Pondré dos letras. (*Al criado.*) Espere usted. (*Se sienta á escribir.*)

ISABEL

¿Te contraría?

GONZALO

No. Siento no haberme acordado antes... Y que hoy no estoy de humor para recibir gente...

ISABEL

Casi toda es de confianza.

GONZALO

¿Quién viene?

ISABEL

Además de María Antonia y Pepe, Laura, Ramón y Carmen con la chica; Manolo Are-

nales, y de más cumplido los recién casados, el hijo de tu corresponsal y su mujer. En su obsequio es la comida. ¡Pero qué memoria la tuya!

GONZALO

¡Ah, sí... el matrimonio joven!... ¡Cuánto lo siento!

ISABEL

Pues disimula el mal humor, porque los primeros días te desviviste por obsequiarlos, y extrañarán el cambio tan brusco. Á mí no me son nada simpáticos; él parece tonto, y ella... ¡Qué sé yo! Muy atrevida... por hacernos ver que domina el castellano, se expresa en unos términos...

GONZALO

¿Puedes callarte? Me has equivocado dos veces.

ISABEL

¡Ay! Perdona. ¿Porqué no lo has dicho antes?

GONZALO

(*Al criado.*) Esta carta al Casino. Y no lleve usted la ropa; prepáremela usted en mi cuarto. (*Sale el criado.*) ¿Y á qué hora es la comida?

ISABEL

Para las siete y media, media hora antes que de costumbre; también en obsequio á los de París; como allí se come más temprano... Arenales se descolgará á las nueve, y la francesa tendrá motivo para decir que aquí estamos muy mal educados.

GONZALO

¿Quién es la francesa?

ISABEL

La mujer de ese muchacho. ¡Qué pregunta!

GONZALO

Como no es francesa... Eso sí que es de mala educación, poner motes á la gente. Si sabes que es española... porque haya vivido siempre en París... Es una muchacha muy agradable y muy inteligente.

ISABEL

Perdona, perdona si te he molestado.

GONZALO

No digas tonterías. ¡Siempre lo mismo!

ISABEL

¡Siempre lo mismo! ¡Pobre de mí!

GONZALO

Ahora hazte la víctima. Eres insoportable.

ISABEL

¡Gonzalo! Está visto que no puedo hablar. No puedo callar tampoco.

GONZALO

Prefiero que hables, que hables siempre, y nunca con medias palabras, ni con reticencias. ¿Si sabré yo porqué te molesta esa muchacha? Porque ya creiste también que me gusta; crees que me gustan todas las mujeres.

ISABEL

Todas, no.

GONZALO

Tendré que ser un grosero para que vivas tranquila; no podremos recibir más que á Laura... es la única que te inspira confianza.

ISABEL

Sí, Laura; de esa no te enamoras, es sólo ella la que está enamorada de tí.

GONZALO

Una leyenda...

ISABEL

Que yo prefiero á muchas historias.

GONZALO

¡Muchas historias! Don Juan Tenorio. Si conmigo no hay mujer segura. No adviertes que te pones y me pones en ridículo con tus celos; debes pensar que ya no somos niños. Yo no lo era ya cuando nos casamos; viudo desde muy joven, con una hija ya mujer; de modo que no pudiste creer que buscaba en tí, como otros viudos con hijos, una institutriz de confianza. Si hubiera tenido ese corazón tan volandero y tan fácil que tú me otorgas, no hubiera vuelto á casarme. ¿Quién me obligaba?

ISABEL

Es que nunca reparaste en nada para conseguir lo que te propones.

GONZALO

Y ¿qué?

ISABEL

Conmigo no había otro medio.

GONZALO

Pero á tí te quedaba otro, si creías eso, mandarme á paseo.

ISABEL

Creí que me querías.

GONZALO

¡Que te quería! No te quiero, ¿verdad?

ISABEL

Sí me quieres: ¡es tan fácil quererme!...

GONZALO

¡Qué bonito y qué simpático es el papel de víctima!

ISABEL

No lo sé; sé que es muy triste, y más triste procurar con todas mis fuerzas no parecerlo. Tienes una disculpa, la única. Haces el daño sin saber que lo haces.

GONZALO

Sí, acabaré por creerlo. Soy un monstruo, un tirano. El genio del mal. Este pobre y pacífico burgués, sólo preocupado de sus negocios, de su casa, de su mujer, de mi hija, mis únicos cariños.

ISABEL

De mí, no digo; sé á qué atenerme. ¿De tu hija? Nuestra, porque sabes que no la querría

más si fuera también mía... ¿Á que juzgas como de mí que debiendo ser muy dichosa se aficiona demasiado al papel de víctima?

GONZALO

¿María Antonia? ¡Estaría gracioso! Se habrá contagiado... No, si tú eres capaz...

ISABEL

No, Gonzalo; no soy yo, no es ella; sois vosotros, los hombres, que sois como Dios os ha hecho, ó el mundo en que vivimos, ó... ¡qué sé yo! la ley que habéis hecho vosotros, tan tolerante para vuestras faltas como severa para las nuestras.

GONZALO

Vamos á elevar la discusión á principios filosóficos y sociales... ¡Ea! voy á vestirme. No quiero ponerme de peor humor.

ISABEL

Está bien. ¿No quieres saber nada de tu hija?

GONZALO

Pero ¿qué voy á saber? Que está quejosa de su marido, como tú lo estás siempre de mí, y con el mismo fundamento... ¡Pobre Pepe!

ISABEL

Conste que María Antonia tiene razón, y conste que sabiéndolo yo, te lo digo á tí solo; á ella, aunque tú creas lo contrario, le digo lo mismo que tú dices, que no tiene importancia, que Pepe no es mejor ni peor que otros maridos, que no debe estar triste ni considerarse desgraciada...

GONZALO

¿Tú le dices eso á María Antonia? Me cuesta trabajo creerlo.

ISABEL

Sí, se lo digo y procuro convencerla; porque María Antonia no es como yo; es muy exaltada, no se resigna; además, no quiere á su marido como yo te quiero; se casó sin reflexionar, enamorada de otro hombre...

GONZALO

Con quien pudo casarse; nadie se oponía á ello. ¿Porqué rompió de pronto sus relaciones con Enrique? Yo no me lo he explicado todavía. Su madre y tú anduvisteis de cabildeos; María Antonia, de la noche á la mañana, dijo que ya no le quería; el muchacho se fué de Madrid... ¡Cualquiera entiende á las mujeres!

ISABEL

Te lo dije; la única disculpa que tienes es la inconsciencia. ¿Para tí no había obstáculo alguno que se opusiera á la boda de tu hija con el hijo de Carmen?

GONZALO

Ya... como tú supones que yo tuve relaciones con Carmen... Te lo dije todo... fué antes de casarnos antes de enviudar.

ISABEL

Es un consuelo. Sí, lo sé todo. ¡Carmen es mi mejor amiga! Ha llorado mucho su falta, y su confesión ha sido más general y más sincera que la tuya. Por eso mismo porque su conciencia no estaba tranquila, me lo confesó todo, rogándome por lo más sagrado que hiciera lo posible porque María Antonía olvidara á Enrique; como ella, por su parte, haría todo lo posible por convencer á su hijo...

GONZALO

¿Es que ella cree?...

ISABEL

Bastaba con dudarlo. Ya ves cómo contra vuestras leyes y vuestro criterio la falta del hombre y la de la mujer tienen las mismas

consecuencias. En vuestras aventuras de amor, los hombres tenéis derecho á dudar cuáles son vuestros hijos; la mujer debe temer que puedan ser esposos los que pudieran ser hermanos... ¿Comprendes, comprendes cómo tu hija puede ser desgraciada por tu culpa? ¿Cómo también vuestros pecadillos, vuestras ligerezas tienen importancia? Y perdona que te haya dicho todo esto que me había propuesto callar siempre..., pero es que temo por tu hija...; es que no quisiera, y sin poderlo remediar, de tarde en tarde deajo hablar á mi corazón porque temo; sí, temo que interpretes mi resignación por indiferencia, porque yo estoy segura que si tú supieras cómo destrozas mi corazón cada vez que leo en tí..., porque lo leo... (en disimular no eres muy hábil; tienes la alegría insolente), una nueva traición, una nueva aventura..., no serías capaz de martirizarme. Pero eres así; si no oyes la queja, no piensas que hiciste el daño; si no me viéras llorar, no creerías nunca que mi vida es muy triste...

GONZALO

(Emocionado.) ¡Isabel!... ¡Isabel!... Bien está. ¿Sabes que nos disponemos para recibir con agrado á esa gente?

ISABEL

Tienes razón; si yo no quisiera molestarte

nunca con mis quejas; pero en estos días he sufrido tanto...

GONZALO

¿En estos días? ¿Porqué?

ISABEL

Bien lo sabes. ¿Crees que estoy ciega? ¿Que no advierto tus preocupaciones?

GONZALO

Mis asuntos... los negocios... ¡Qué tontería!

ISABEL

No; para los negocios eres muy sereno; tus preocupaciones no cambian tu carácter por días, por momentos. Si te quiero demasiado para no adivinar en seguida tu mal humor cuando aparentas más alegría; tu alegría, cuando quieres parecer más serio...

GONZALO

¡Tu imaginación!... ¡Claro! Conocías mi vida pasada de soltero...

ISABEL

De casado.

GONZALO

Me casé muy joven...

ISABEL

De viudo.

GONZALO

Enviudé muy pronto...

ISABEL

Tu vida de siempre.

GONZALO

¡De siempre! Desde que me casé contigo, ¿qué puedes decir?

ISABEL

No hablemos, Gonzalo, no hablemos de eso. Si proponiéndome no averiguar nada; si cerrando ojos y oídos á la evidencia he visto tanto y he averiguado tanto..., ¿porqué me pides cargos que no puedes rechazar sin mentir? ¡Y sabes que para mí no hay nada tan odioso como la mentira!

GONZALO

Pero ¿te he mentido alguna vez? ¿Por quién has sabido siempre cualquiera de mis tonterías?

ISABEL

Por tí; estamos conformes; pero no por tu lealtad, por tu imprudencia.

GONZALO

Ser imprudente es un modo de ser leal.
(*Entra el Criado.*)

CRIADO

Con permiso. En el Casino he recogido estas cartas para el señor. (*Sale.*)

GONZALO

Circulares, anuncios... ¡ Hombre! Esta es de Aguirre, excusándose, á su vez, de no comer conmigo, como habíamos acordado. ¡ Me luzco si voy!

ISABEL

Sí; te luces...

GONZALO

¿ Y ésta? ¿ De quién es ésta? ¡ Ah, sí!... Vaya, ¿ quieres leerlas todas? Ahí las tienes. ¡ Léelas, léelas!...

ISABEL

Muchas gracias. Dije que eras imprudente, pero no tonto. Ya sé que tu correspondencia no tiene nunca nada de particular. Pero yo tampoco me tengo por tonta, y sé que para dar un aviso ó una contraorden no hay que comprometerse escribiendo cartas... Para mí, todas esas misivas tienen el mismo crédito; lo mismo la del sastre, que te anuncia los géneros nuevos

para la presente estación, que el besalamano de la Presidencia del Consejo, recomendándote la puntual asistencia á una votación...

GONZALO

¡Qué celos más graciosos! Sí, en el fondo me encantan y me halagan; á mi edad, cuando me advierto cada día más viejo, física y espiritualmente, decir que todavía me consideras capaz de enamorar...

ISABEL

De enamorarte, que no es lo mismo. No seas vanidoso; la vanidad te pierde, como á todos los hombres. ¡Claro!; desde muy joven, todos fueron á celebrar al señorito mal criado; los papás, la familia, los amigos, las cotorronas amigas de la casa. ¡Qué bonita figura! ¡Qué simpático!... Y así dieron alas al caballerito... Era yo una ch quilla, y ya me mandaban salir de las visitas cuando contaban tus aventuras.

GONZALO

Pero tú te quedabas á escucharlas detrás de la puerta.

ISABEL

Y me causaban tal horror, que por tí llegué á odiar á todos los hombres.

GONZALO

Menos á mí, por lo visto; porque antes de casarme te hice el amor.

ISABEL

Y te dí calabazas.

GONZALO

Es verdad. Y que fueron tremendas. Pero no pude olvidarte, y tú tampoco debías haberme olvidado, porque no tuviste otro novio.

ISABEL

Fuí tan tonta como todo eso.

GONZALO

No es tan fácil olvidarme.

ISABEL

¡Pero qué loca vanidad! ¡Ay, qué ganas tengo de verte calvo, lleno de canas, con tu respetable panza, con tus patas de gallo!... ¡Cuidado que se lo pido á Dios!; pero nada, el demonio te ha tomado por su cuenta, y el caballero con sus cuarenta y...

GONZALO

¡Calla, calla!...

ISABEL

Anda engañando al mundo todavía... Por supuesto, el pelo y el bigote... ¿eh?

GONZALO

Te juro que no; ¡frota, frota!...

ISABEL

La perfumería ha progresado mucho. Yo daré con el secretito. Ese color natural sería un insulto.

GONZALO

¿De veras te alegrarías de verme viejo?

ISABEL

Me alegraría de que ya no pudieras gustar á ninguna mujer; de que se burlaran de tí cuando te atrevieras á presumir; que pudiera yo decir, por fin : ¡gracias á Dios, es mío; solo mío!...

GONZALO

¿Pero de quién soy? ¿Qué mujer ha podido llamarme suyo como tú, por completo, ante Dios, ante el mundo, en mi corazón?... ¡Sólo tú, mi Isabel!... (*La besa.*)

ISABEL

¡Si no sabes cuánto te quiero; si no sabes cuánto me atormentas!

ESCENA II

Dichos, MARÍA ANTONIA y PEPE.

PEPE

¡Bravo, bravo!... ¡Muy bien!

GONZALO

¡Hola, hola!

ISABEL

¡María Antonia! ¿Cómo estás?

MARÍA ANTONIA

¡Isabel!

PEPE

Si venimos á interrumpir... Continúen ustedes; continúen ustedes.

GONZALO

Ya lo veis; el mejor ejemplo. Conste que no os habíamos visto llegar; no estaba preparado. Nos habéis sorprendido; lo que se dice sorprendido; eso os probará que estos momentos de dichosa intimidad no son tan raros en nuestra vida. Sería mucha casualidad que llegárais á punto de presenciar uno si fueran tan raros. Creedme, hijos míos : fuera del matrimonio,

de la familia, no hay verdadero cariño, no hay nada; esta es la única, la verdadera felicidad.

MARÍA ANTONIA

Hoy está papá de buen humor.

ISABEL

(Bajo á María Antonia.) Desde hace un instante; desde que recibió unas cartas; por fortuna era el último correo, el del Casino.

MARÍA ANTONIA

¡Pobre Isabel ¡Qué desgraciadas somos las mujeres!

ISABEL

Yo no. ¡Qué tontería! ¿Seguimos así?

MARÍA ANTONIA

¡Ya te contaré!

GONZALO

Oye, Pepe. Tenemos que hablar muy seriamente.

PEPE

Cuando quieras.

GONZALO

Ya tendremos ocasión. Oye, ¿en qué piecilla trabaja esa muchacha de que me ha-

blaste? Porque fuí al teatro la otra noche, por casualidad, y no ví nada que valiera la pena.

PEPE

Ha estado unos días sin trabajar; estuvo despedida de la Compañía por un disgusto con el director, muy justificado; la está repartiendo un trabajo imposible; todo porque él tiene que ver con la Vélez, que canta como un gato y se viste...

GONZALO

¿Se viste? No hará fortuna.

PEPE

La otra, en cambio, es una monada. El público va por ella; un éxito en cada obra; tiene no sé qué..., ¿sabes?, mucho saliente, mucha personalidad...

GONZALO

¡Calla, calla! Pareces una mamá de tiple.

PEPE

¿Era de eso de lo que tenías que hablarme?

GONZALO

No; ¡qué disparate! Son cosas serias; algo que me ha dicho Isabel. Ya te lo diré. ¿Dices que ya trabaja esa chica?

PEPE

Sí, todas las noches; á segunda y cuarta, en « La liga de la mujeres » y en « La corazoná », las obras de la temporada.

GONZALO

¿Tú vas todas las noches?

PEPE

Todas, no; cuando no voy á otra parte.

GONZALO

Sí; pero nunca vas á otra parte. Haces muy mal; á las mujeres les asustan mucho las aventuras de teatro; luego, todo el mundo se entera... los teatros no han sido nunca mi género; no se los aconsejo á nadie.

MARÍA ANTONIA

¿Qué hablará papá con ese?

ISABEL

Le estará riñendo; ya le he dicho yo algo.

MARÍA ANTONIA

¿Á papá? ; No, por Dios! no le digas nada; dirá que soy muy tonta.

ISABEL

Si no tuvieras razón, lo serías; aun teniéndola, haces mal en atormentarte, y mucho peor en atormentar á tu marido.

MARÍA ANTONIA

No le atormentaré mucho; te lo aseguro.

ISABEL

¿Estás loca? ¿Qué dices? ¿Qué piensas?

MARÍA ANTONIA

Yo no me he casado para sufrir desprecios ni humillaciones de mi marido.

ISABEL

Pero ¿ha ocurrido algo más grave?

MARÍA ANTONIA

Hoy mismo, sin ir más lejos.

ISABEL

¡Calla!

MARÍA ANTONIA

No; ya verás...

PEPE

Bueno, chiquita; te dejo para volver cuanto

antes, si es que por fin puedo volver como quisiera.

ISABEL

¡Ah! Pero ¿no sabes si vas á volver? ¿No comes con nosotros?

MARÍA ANTONIA

No.

PEPE

Digo que haré lo posible.

MARÍA ANTONIA

Déjate de farsas. Demasiado sabes que no.

PEPE

¡María Antonia!

GONZALO

No seas así. Nada tiene de particular. Yo mismo he estado también á punto de no poder comer con vosotras. Las mujeres creéis que los hombres podemos sujetar nuestra vida á vuestras combinaciones. Formáis planes á plazo fijo y á plazo largo: el teatro para tal día; la comida para tal fecha; pero uno no puede estar pendiente de esas menudencias. El caso es que sois las primeras en reprendernos si dejamos de atender á nuestros asuntos y á nuestras relaciones, y al mismo tiempo queréis

tenernos en casa á vuestra disposición, cuando os conviene; sois incomprensibles, verdaderamente incomprensibles.

MARÍA ANTONIA

Sí; somos muy raras las mujeres. No hay quien nos entienda. Desde el lunes sabía de sobra que hoy debíamos comer aquí, y precisamente para hoy...

PEPE

¿Quieres que no vaya? Corriente; no iré, no voy.

MARÍA ANTONIA

Irás; vaya si irás; ahora soy yo quien lo desea. No tengo gana de verte con mala cara toda la noche.

PEPE

Sí, que tú, vaya ó no vaya, tendrás que ver en unos días.

MARÍA ANTONIA

Si yo pongo mala cara por cualquier cosa.

PEPE

Si yo doy á cada paso motivo para que la pongas.

ISABEL

Pero, ¡por Dios! ¡Qué chiquillos!

PEPE

Antes de salir podías haber anunciado que traías preparada esta escena.

MARÍA ANTONIA

En marchándote se ha concluído. Cuanto más pronto... Y si me hubieras dejado venir sola, como yo quería, se hubiera evitado.

PEPE

Es que me importa mucho que Isabel y tu padre no crean...

MARÍA ANTONIA

No te importe nada. Papá te dará siempre la razón. Isabel es demasiado prudente para intervenir entre nosotros...

GONZALO

No sé por qué dices eso... Le doy la razón porque supongo que tiene razón, porque me pongo en su caso.

MARÍA ANTONIA

Eso sí, en su caso...

GONZALO

En su caso, sí, en su caso. Estoy seguro de que sólo por un verdadero compromiso deja hoy Pepe de comer con nosotros.

MARÍA ANTONIA

Sí; es un asunto muy serio y muy importante para él. Ya ves, para un agente de negocios, asistir á la lectura de una zarzuela...

PEPE

Es de un íntimo amigo mío, y la idea de la obra es casi mía, y el empresario es compañero mío, y ¡señor!... si mi única afición es el teatro, es lo único que me distrae de mis ocupaciones y de mis asuntos fastidiosos. Yo por mi gusto hubiera sido actor, y si tuviera tiempo escribiría cosas para el teatro, y no serían peores que otras muy aplaudidas. Se me ocurren cosas muy nuevas... Sobre todo, no me equivoco nunca, me basta con ver un ensayo de cualquier obra para saber si aquello gusta ó no gusta... Si yo fuera empresario ganaría mucho dinero.

MARÍA ANTONIA

Pero ¿habéis visto nada más ridículo? No piensa más que en el teatro, mejor dicho en un teatro.

PEPE

En un teatro en un teatro... Porque el empresario de ese teatro es amigo mío.

ISABEL

Es gracioso Pepe, es gracioso. Yo no sospechaba en tí ese entusiasmo.

PEPE

Es mi chifladura... Después de todo es más inocente que otra cualquiera. ¿No es verdad?

GONZALO

Todas las chifladuras son inocentes. Pero la verdad, yo creí que era más serio el motivo que te impide comer con nosotros.

MARÍA ANTONIA

¿Lo ves? Cuando ni papá te defiende... Lo importante que será esa lectura y la falta que harás tú en ella...

PEPE

Sí, volveré; diré á los amigos que la dejen para otro día ó que prescindan de mí... Voy corriendo... Pero estás con mala cara; no demos espectáculo delante de gente, ¡por Dios! que es lo más desagradable...

GONZALO

(*Bajo á Pepe*). Sí, corre, yo te prometo que la sobremesa no será larga. Yo también tengo que salir. No disgustes á María Antonia.

PEPE

Sí, vuelvo; conste que vuelvo.

MARÍA ANTONIA

Haz lo que gustes.

PEPE

Hasta ahora; no hables mal de mí.

MARÍA ANTONIA

Descuida

PEPE

Isabel, tú que eres mujer razonable, dile á María Antonia...

ISABEL

Sí, hombre, sí; no tengas cuidado, pero si no piensas volver, dilo...

PEPE

No; que vuelvo, que vuelvo; he dicho que vuelvo. (*Sale Pepe.*)

ESCENA III

Dichos, menos PEPE.

GONZALO

Ahora vas á decirme toda la verdad. Isabel asegura que no eres dichosa, que estás quejosa de tu marido... ¿Por qué son esas quejas? ¿Qué fundamento tienen?

MARÍA ANTONIA

Ninguno. Fué una tontería mía decirle á Isabel ni á nadie... Es que me parece ridícula esa afición que le ha entrado á Pepe por el teatro; porque á un amigote suyo, á ese tronera de Castrojeriz, que está en relaciones con no sé qué tiple, se le haya antojado concluir de arruinarse metiéndose á empresario, para que su amor luzca todo lo que hay que lucir delante del público, no es razón para que Pepe no salga del teatro en todo el día, como si fuera el apuntador ó el director de orquesta... Con deciros que ya vienen á casa á pedirnos recomendación para que contraten artistas y representen obras... Ayer tuve yo que recibir á una señorita que quería ser del coro, con su mamá...

ISABEL

Sería graciosa la entrevista.

MARÍA ANTONIA

Empeñada la mamá en que la niña me cantara la romanza de « El cabo primero ».

GONZALO

Todo eso es ridículo y molesto si quieres; pero si no es más que eso... Pepe se ha educado sin ver mundo. Su padre, que era muy severo, le obligó á trabajar desde muy joven; es natural que ahora se divierta con cualquier niñería. Se le ha presentado la ocasión de conocer un teatro por dentro... ¡Un teatro! Para él que no ha visto nada... Estará encantado; pero eso no tiene nada de particular; hay mucha gente muy respetable, que ni por su posición ni por su carrera tiene nada que ver con el teatro, y se pasa las horas por saloncillos y escenarios muy al tanto de cuanto se estrena y cuanto se ensaya. Á nuestro médico, sin ir más lejos, siempre que le necesitamos hay que enviarle recado al teatro, y el diagnóstico de las enfermedades lo explica siempre del mismo modo. Si es una cosa ligera : ¡Phs! esto no es nada, podrá usted asistir al estreno de mañana; si es algo más grave, ¡caramba! esto es muy serio; me parece que

se queda usted sin ver el estrenito. Y ya ves, es una persona seria y muy digna y un excelente médico.

MARÍA ANTONIA

No te canses en convencerme; ya sé que Pepe tendrá siempre en tí el mejor defensor.

GONZALO

De lo que yo quiero convencerte es de que has elegido el peor sistema, el de aburrirle con enfados y quejas, si quieres evitar que busque distracciones lejos de su casa y de tí.

ISABEL

Eso es verdad.

GONZALO

¿Es que estás celosa? ¿Sospechas que te engaña?

MARÍA ANTONIA

Si lo sospechara lo sabría en seguida; y una vez segura, desde antes de casarme tengo muy pensada la conducta que había de seguir.

ISABEL

Malo es tener pensado ni previsto nada en la vida; sin querer nos encariñamos con la actitud que pensamos tomar cuando llegue el

caso previsto, y el caso llega tal vez porque deseábamos que llegara. No, no prevengas nunca resoluciones; la vida nos sorprende siempre, y sin nuestra intervención lo resuelve todo, y es siempre sabia y siempre justiciera. Si alguien nos engaña, aunque el engaño parezca que causó la desventura de toda nuestra vida, si en verdad y en conciencia podemos decir no merecí el engaño, ya somos más felices que quien nos engañó. Yo creí siempre que la única tristeza sin consuelo en la vida es la tristeza que se ha merecido.

GONZALO

Es verdad. ¿Oyes? Bueno, es muy tarde. Voy á vestirme antes de que vengan los convidados. ¿Es que nos hemos propuesto recibirles con cara de funeral?

MARÍA ANTONIA

No. ¿Por qué? No hay que hablar más de esto. Son tonterías mías. Tienes mucha razón; mis quejas son ridículas. Debo ser muy dichosa... y lo seré.

GONZALO

Debes serlo. No hay motivo para que no lo seas. (*Vase.*)

ESCENA IV

ISABEL y MARÍA ANTONIA.

MARÍA ANTONIA

¿Por qué le has dicho nada á papá? Yo no quería que supiera...

ISABEL

¿Vas á tener más confianza conmigo que con tu padre?

MARÍA ANTONIA

¡Ya lo creo! Tú puedes comprenderme; los hombres no sienten como nosotras; como ellos dan tan poca importancia á sus aventuras, como ponen tan poco del corazón en ellas, juzgan que á nosotras aún deben importarnos menos. Y se engañan. Por un gran amor, por una pasión violenta, aún puede disculparse que todo se olvide y que nuestra tristeza, nuestros celos, nuestra humillación, nada importen ni valgan; pero que no duden en causarnos pena por un capricho que para ellos significa muy poco. Eso es lo que no tiene disculpa; eso es lo que demuestra cómo nos estiman.

ISABEL

Pero ¿es que Pepe...?

MARÍA ANTONIA

Sí, sí; me engaña como un miserable, porque su engaño comenzó cuando yo debía ser más respetada, si no por mujer, por madre de su hijo. Dios no ha querido que lo fuera, y quién sabe lo que pudo influir la horrible pena de una traición tan cruel y tan cobarde... una mujer cualquiera... Por eso no sale de ese teatro.

ISABEL

¡ Ah! ¿ Es por eso?

MARÍA ANTONIA

Sí; él cree que yo no lo sé. Su amigote, Castrojeriz, le saca dinero para la empresa; será la ruina y el ridículo, que yo no he de soportar con paciencia; te lo aseguro; yo no soy como tú.

ISABEL

¿ Como yo?

MARÍA ANTONIA

¡ Sí, pobre Isabel!... ¡ Pobre madrecita mía!... ¡ Tan buena y tan mártir como mi madre!... Desde muy niña, la vida no tuvo secretos para mí; sola, con mi padre, sin él, mejor dicho, porque le veía muy poco; entre ayas y criados que no se recataban de mí para murmurar de cuanto sabían; el único cariño,

el de tía Rosario, y ese cariño consistía en un odio profundo hacia mi padre; la hermana de mi madre no le perdonó nunca, y sin compasión de mi inocencia, implacable en su odio, no pensó nunca en el daño que podía hacerme destruyendo en mí el respeto á mi padre y la confianza en su cariño. Hasta después de muerta quiso legarme su odio, y al morir, con gran misterio, me entregó unas cartas, cartas de mi madre, encomendándome que no las leyera hasta después de casada.

ISABEL

¿Y esas cartas?

MARÍA ANTONIA

¡Qué tristes, madre mía! ¡Qué vida de martirio la de mi pobre madre! Has de verlas, y comprenderás que no quiera confiar mis penas á mi padre; que se abra solo á tí por entero mi corazón y que lllore desesperada por haberle entregado á un hombre miserable, traidor... como todos.

ISABEL

Como todos, no.

MARÍA ANTONIA

Déjame creer que lo son todos, porque aún

podría ser más desgraciada si creyese que alguno no lo era.

ISABEL

¿Qué quieres decir? No me lo has dicho todo. ¿No vas á engañarme? En tu tristeza hay más rebeldía que resignación; por eso me asusta. Tú quisiste á otro hombre antes que á Pepe; le quisiste mucho; dices que desde muy niña la vida tuvo pocos secretos para tí; acaso no comprendiste porqué debías separarte de aquel hombre, acaso no has podido olvidarle...

MARÍA ANTONIA

Sí; comprendí, debí comprender. Ya veis que acepté sin discutir vuestras razones. No era preciso que Enrique se hubiera alejado de mí para que yo le olvidara.

ISABEL

Entonces, es el cariño de otro hombre que te acecha, te persigue... Tu corazón está amenazado, lucha... Y ¿quién es ese hombre? No, no lo digas; ahora recuerdo: sin darte cuenta has repetido demasiado su nombre en estos días para que yo no adivine, con razón, dónde está el peligro. Pero tú no puedes creer en ese cariño; tú no puedes hacerte traición á tí misma, porque al dolor del desengaño

pienses que la única satisfacción es la venganza; no, no será mientras creas en mí como creerías en tu madre. Ella, desde el cielo, yo á tu lado, sabremos defenderte, y bien puedes creer en las dos. Leiste esas cartas de tu madre; ya sabes cuál es mi vida entonces, la misma tristeza para las dos; no puede ser más la tristeza de tu vida, que no sea menos tu resignación... ¡Laura! Seca esas lágrimas; se burlaría de nosotras.

ESCENA V

Dichas y LAURA

LAURA

¡Querida Isabel ¡María Antonia!

ISABEL

¡Qué guapa! ¡Qué elegante!

LAURA

¿Sí? Como haya querido ponerme la doncella; ni me he mirado al espejo. He llevado un día... Siete horas de coche acabo de pagar en este momento. Todo por amor á la humanidad.

ISABEL

Siempre con tus Juntas y Sociedades benéficas.

LAURA

Soy vicepresidenta de dos, secretaria de tres y tesorera de cuatro. Y eso es lo de menos; lo peor es que siempre me encomiendan los asuntos difíciles. Laura, usted que no tiene familia; usted que no tiene hijos; usted que no tiene que pensar en nada... y mi familia y mis hijos es todo el mundo, y yo tengo que pensar en todos. En fin, de algún modo hay que rescatar la culpa ó la desgracia de ser solterona.

ISABEL

¡ Por Dios ! En tí, ni culpa, ni desgracia. Es que para tu gran corazón la casa y la familia no bastarían; tu genio pide mayores empresas.

LAURA

Eso es una vulgaridad. Yo gobierno mi casa y me parece que es un modelo de orden. Además, tú sabes si hago vida de sociedad.

ISABEL

Y te sobra tiempo para todo; es admirable.

LAURA

Es que no soy de espíritu encogido como...

MARÍA ANTONIA

Como nosotras, ibas á decir.

LAURA

No; como la mayor parte de las mujeres. Claro que la casa y la familia son cosas muy respetables y para la mujer las más atendibles, pero no conviene tampoco un espíritu demasiado casero. Si yo me hubiera casado hubiera impulsado á mi marido á las empresas más atrevidas en vez de acobardarle y atarle como hacen casi todas, como hacéis vosotras.

MARÍA ANTONIA

¿Nosotras?

LAURA

Sí, sí; con el talento de tu padre y sus condiciones de posición de familia, debía ser un personaje; debía ya estar harto de ser ministro y lo que le diera la gana. ¿Sabes lo que le ha faltado á tu padre en su vida? Una mujer.

MARÍA ANTONIA

Pues no son esas nuestras noticias.

LAURA

Digo una mujer que fuera lo menos mujer posible. Á los hombres superiores no se les puede querer como á los demás hombres. Al lado de un hombre de talento el cariño debe velar como al lado de un enfermo: á distancia y en silencio, para cuando el enfermo llame y nada más. Importunarles con zalamerías ó con celos ó con menudencias caseras es un crimen. Perdonadme el discursito, pero desde que llegué estoy percibiendo en el aire el disgustito doméstico; tenéis las dos unos ojos de haber llorado...

MARÍA ANTONIA

Pues te equivocas; sí, hemos llorado, pero no eran disgustos, son recuerdos.

LAURA

Sí, sí; no os conoceré yo; algún asunto grave: que si llegó una carta; que si el marido salió sin decir adónde iba; que si se retrasó en volver... Alguna escena por cosas así.

MARÍA ANTONIA

No me remuerde la conciencia de haber malogrado ningún genio con mis escenas en mi señor marido.

LAURA

No hablo de tu marido. Pepe es un muchacho de muy poco mundo, listillo, pero nada más. Pero tu padre, con su inteligencia, con su don de gentes, con su ilustración...

ISABEL

Sí, ya lo sabemos; no le ha faltado más que una musa inspiradora, que yo no he sabido ser.

LAURA

No te molestes. Pero ahora mismo le ofrecen la dirección en París de esa Sociedad, gran idea suya, una Sociedad que está llamada, por los negocios que abarca, á dominar en todo el mundo, á ser árbitro de la Banca, y, por lo tanto, de la política y de los destinos de Europa, y sé que tú, en vez de animarle para que acepte, te asustas ante la idea de dejar tu casa, de salir de España.

ISABEL

No soy ambiciosa... María Antonia no lo es tampoco. Somos bastante ricas para permitirnos el lujo de vivir tranquilas entre nuestros afectos y nuestras relaciones de toda la vida. Gonzalo acepta la representación en Madrid y está muy satisfecho.

MARÍA ANTONIA

¡Marcharnos á París! ¡No faltaba más!...
¡Separarnos!...

LAURA

Podíais ir vosotros también. Pepe podía desempeñar algún cargo de confianza.

MARÍA ANTONIA

¡Mi marido en París! No, gracias... Con la afición que le ha entrado al teatro...

LAURA

¿Al teatro? ¿Qué me dices?

ISABEL

Tonterías de María Antonia.

LAURA

¡Ah, vamos! Serás capaz de tener celos de alguna cómica, porque te haya dicho alguna amiga chismosa que ha visto á tu marido dos noches en cualquier teatro. ¡Qué ridiculez!

MARÍA ANTONIA

Pues sí, soy muy ridícula, soy celosa, soy mujer; quisiera tener á mi marido muy sujeto y muy pegadito á mis faldas. Como yo no soy

como tú, y por lo tanto no he tenido gracia para hacer de mi marido un Napoleón, un Bismark ó cualquier otro talento por el estilo, cuando sale de casa y tarda en volver más de lo justo, no me consuela la idea de que habrá conquistado un reino ó habrá descubierto la dirección de los globos.

ESCENA VI

Dichos, CARMEN, LUISA y RAMÓN,

ISABEL

Carmen con su marido y Luisita. ¿Cómo va? ¡Luisita! ¡Querida!

CARMEN

¿No llegamos tarde? Ramón viene riendo.

RAMÓN

¡Calle usted! La *toilette* de las señoras es inaguantable. ¡Tres horas para vestirse! Y siempre igual. Luego quieren que las abone al teatro. ¿Para qué? Cuando tengo interés en ver una comedia ó en oír una ópera tengo que dejarlas en casa; con ellas, ya se sabe, al segundo acto lo más pronto. ¿No es una tontería gastarse un dineral para eso?

MARÍA ANTONIA

¡Qué mona estás, Luisita!

LUISA

Ya oyes á papá. Como he estado tres horas componiéndome... ¡Qué exageración!

RAMÓN

¿Y Gonzalo?

ISABEL

Saldrá en seguida... ¿Qué noticias de Enrique?

RAMÓN

Ninguna. No hemos tenido carta. No sé en qué piensa ese muchacho.

CARMEN

(Bajo á Isabel.) Yo sí. Ya le diré á usted, Isabel. Estoy muy disgustada. No quiero que sepa nada Ramón, ya le conoce usted.

LAURA

¿Ha estado usted en Bolsa esta tarde?

RAMÓN

Sí, no hay nada; está tranquila.

LAURA

Tengo que consultar á ustedes. Traigo un proyecto en la cabeza, no sé si será un disparate.

RAMÓN

No; usted siempre sabe lo que se hace, querida Laura; puede usted andar sola por el mundo.

LAURA

Bien solita ando... gracias á los consejos y á la buena amistad de ustedes.

CARMEN

Me admira esa resolución que tiene usted para los negocios. Á mí me asusta solo pensar en ellos. Si por desgracia me quedara sola, me sería imposible decidirme como usted, á vender, á hacer jugadas de Bolsa.

LAURA

¡Pobre de mí si hubiera pensado lo mismo! Mi padre me dejó un capital muy modesto, que ya hubiera desaparecido si yo me hubiera acobardado ante los negocios. Por fortuna confié á Gonzalo mi capital, y en sus manos se ha duplicado en poco tiempo.

RAMÓN

Y ya verá usted, ya verá usted, con la nueva Sociedad constituida; la esfera de nuestros negocios se ensancha y sobre bases muy seguras, nada de castillos en el aire.

LAURA

Ya lo sé, ya lo sé, todo el mundo lo dice. Estoy encantada. (*A Isabel y á Carmen.*) Parece mentira que á ustedes no les interese.

RAMÓN

Sí, sí; hable usted á las mujeres de esas cosas. Mi mujer todavía, como ha visto y sabe lo que cuesta empezar, aún lleva algún orden en el gasto de la casa; pero Luisita, como nació cuando todo era holgura, cree que el dinero llueve del cielo, y si la dejáramos salirse con todos sus caprichitos de niña mimada, nos arruinaría en dos meses.

LUISA

¿Y me preguntabas si tenía novio? Ya ves, con los informes espontáneos que da papá, cualquiera se anima.

RAMÓN

¡Novio! ¡Novio! Cualquiera es el valiente que se atreve con una niña de éstas. No es natural que ningún hombre joven se halle en

posición muy brillante; empieza á luchar en su carrera, ó en sus negocios, no heredó todavía; pues en esas condiciones cargue usted con una señorita acostumbrada á lucir y á gastar sin haber sabido nunca lo que cuesta ganar el dinero. Antes, para cualquier muchacha, aun de la clase más elevada, el matrimonio significaba el primer vestido encargado á una modista, la primera ropa blanca de lujo, las primeras alhajas de precio, la verdadera presentación en sociedad; pero ahora, todo lo contrario, casarse, para ellas, es reducirse, es venir á menos, es tener peor casa, peor mesa, peor servicio, sustituir el coche propio por un simón ó por el tranvía, es reformar diez veces un traje y catorce un sombrero, es oír al marido que se gasta mucho, que no podemos vivir así, y los maridos dicen estas cosas con otra cara y otro tono que los padres. Y si hay hijos, las mujeres de ahora no saben criarlos sino á fuerza de dinero; entre nodrizas, ayas y médico á cada paso, apenas estornuda el chiquillo... y un dineral en batista y en encajes, para educarlos bien desde pequeñitos... y qué sé yo... hasta un sacerdote francés para enseñarlos á rezar, porque ya no saben hacer ni eso las madres del día... Con que á ver quién es el bravo que se casa con un sueldo de los que se usan en España ó una renta de las que aquí llamamos modestitas.

LUISA

Papá cree que el dinero es la razón suprema de todo.

LAURA

Y cree muy bien. El dinero no puede hacer que seamos felices; pero es lo único que nos compensa del no serlo.

ESCENA VII

Dichos y GONZALO.

GONZALO

Amiga Laura, tanto gusto... Carmen... ¿Cómo estás, Luisita? ¡Hola, Ramón! ¿Qué hay de cosas? ¿Alguna novedad?

RAMÓN

Toda va bien.

LAURA

Muy enfadada con usted, porque es usted un ingrato.

GONZALO

Ya sé porqué lo dice usted, porque no contesté á su última consulta. No le convenía á usted de ninguna manera vender en esas con-

diciones. En caso afirmativo me hubiera apresurado á ponerme á sus órdenes.

LAURA

Ya sabe usted que tengo fe ciega en usted.

GONZALO

Yo temo que confíe usted demasiado; no soy infalible.

LAURA

Siguiendo á usted en su suerte me arruinaría gustosa.

GONZALO

No lo sentiría yo menos, aunque fuera por seguirme, como usted dice.

LUISA

(Bajo á María Antonia.) Pero, Laura es que está loca por tu papá, no lo disimula. No sé cómo Isabel lo tolera.

MARÍA ANTONIA

No tiene importancia. Es una pasión platónica y bursátil. Eso sí, nadie como Laura sabría poner tanto fuego y tanta expresión en frases tan prosaicas como estas : ¿A cómo quedó el exterior? ¿Y el fin corriente? ¿El amortizable? Figúrate á Romeo y Julieta discutiendo en la

ventana una cotización de Bolsa, en vez de discutir si es el ruiseñor ó la alondra la que canta.

LUISA

¡Qué importaría! La escena sería la misma; el cariño sabe hablar con todas las palabras por vulgares y prosaicas que sean.

ESCENA VIII

Dichos, JOSEFINA y ADOLFO.

MARÍA ANTONIA

(*A Luisa.*) El matrimonio de París. Ya verás; dos figurines.

ADOLFO

Señores... (*A Isabel.*) Querida señora...

ISABEL

¿Cómo va? Josefina...

GONZALO

Permítanme ustedes que les presente, Ramón. Adolfo Barona, hijo de nuestro corresponsal.

RAMÓN

Sí, sí; ya sé; su padre es gran amigo mío, el gran Barona.

GONZALO

Su esposa. Presenta á la tuya y á tu hija.

RAMÓN

Mi mujer, mi hija. Aunque no hayamos tenido el gusto de vernos hasta ahora, debemos considerarnos como antiguos amigos como familia. Su padre de usted es como un hermano para mí y para Gonzalo; trabajamos juntos desde muy jóvenes, usted lo sabe.

ADOLFO

Sí, sí. Mi papá me hablaba siempre de ustedes. Parece que se han divertido ustedes mucho en su tiempo, que han hecho ustedes muchas... barbaridades...

RAMÓN

¡ Hombre, barbaridades !...

ADOLFO

Bueno, *de... bêtises...* Quise decir tonterías...

RAMÓN

Eso, vaya...

GONZALO

Aunque habla muy bien el castellano, sin acento alguno, para el tiempo que ha vivido en París, á veces no domina el valor de las palabras.

ADOLFO

En casa, con mi padre, hablo siempre español; pero la costumbre de pensar en francés sin poder querer hago... como se dice... *une gaffe*, Josefina... *une gaffe*...

JOSEFINA

Meter la pata. ¿No dicen ustedes así?

MARÍA ANTONIA

Sí, así se dice... (*Bajo á Luisa.*) Y dicho y hecho.

GONZALO

Josefina es la que habla muy bien, como una madrileña de pura raza.

JOSEFINA

No, ¡por Díos! no se queden ustedes conmigo, eso es una tomadura de pelo.

MARÍA ANTONIA

Se ve que el castellano no tiene secretos para ella.

GONZALO

Es muy graciosa. ¿Y está usted más contenta en Madrid?

RAMÓN

¿Es que no le gusta á usted?

JOSEFINA

Sí, me parece muy agradable. Hemos hecho las visitas de presentación; muy amable todo el mundo.

ADOLFO

¡ Ah, sí; muy amable! Pero las casas, ¡ qué mal tenidas! ¡ Qué falta de *comfort*, de gusto! La de ustedes es excepcional...

ISABEL

No lo crea usted.

ADOLFO

¡ Ah, sí! Hay aquí buen gusto; hay aquí la mano de una mujer artista, delicada, todo es armonioso. ¿En qué casa hemos visto un salón con muebles imperio y pinturas Luis XV. ¡ Qué horrible!... ¿Cómo se dice, Josefina?... *mé-lange*.

JOSEFINA

Revoltijo. ¿No es así?

MARÍA ANTONIA

Sí, así es. (*Bajo á Luisa.*) Pero, ¿con quién hablaría español en París esta señorita?

ADOLFO

A mí estas faltas de gusto me enervan. Y las damas también en sus *toilettes* son algo *criardes*.

MARÍA ANTONIA

Chillonas...

ADOLFO

Eso es, gritonas. ¿Qué señora nos ha recibido con un *tea-gown* azul niza y lazos grandes amarillos?... ¡Horrible! Yo la hubiera desnudado.

JOSEFINA

Adolfo tiene un temperamento artístico.

ADOLFO

La vida sin arte es una triste cosa. Y la *toilette* es media mujer; una *toilette* encontrada puede ser un poema.

LUISA

(*Bajo á María Antonia.*) ¿Quién te parece la madame en este matrimonio de París?

RAMÓN

(*Bajo á Gonzalo.*) ¿Y á ese chico es á quien tú quieres que confiemos nuestra gerencia en Madrid?

GONZALO

¿Porqué no? Es muy inteligente. Ya te convencerás. Habla así por agradar á las señoras.

RAMÓN

Pues ahora me parece más tonto, porque demuestra conocer muy poco á las mujeres.

GONZALO

¡Bah! Al lado de su padre ha trabajado siempre en los negocios. El cargo no requiere gran inteligencia.

RAMÓN

Pero es de gran responsabilidad, y teniendo aquí á Jiménez...

GONZALO

Jiménez está contento con su puesto... ¿Cómo vamos á negar á Barona lo que pide para su hijo?

RAMÓN

¿Lo que pide? Si no pide nada. A mí me escribió que su hijo venía á Madrid en viaje de recreo, de novios.

GONZALO

Pues á mí me ha dicho el muchacho que el objeto de su padre al enviarle era el obtener ese puesto. Parece que antes de casarse había tenido en París relaciones con una mujer de cierta clase, y no le conviene residir allí por ahora... es una exigencia de su mujer.

RAMÓN

¡Vamos! De su mujer... y tuya... Te conozco : desde que entró comprendí que te interesaba.

GONZALO

¡Qué idea ! Yo no sé qué os habéis figurado... Iba yo á atreverme... una muchacha recién casada... con el hijo de un amigo...

RAMÓN

Sí, sí, que tú respetas esas cosas.

GONZALO

¿Eh?

RAMÓN

Yo creo que á la única mujer que has respetado ha sido á la mía, y no es que crea en tí, es que creo en ella.

GONZALO

No digas tonterías... Mañana en la Junta propondrás conmigo ese nombramiento, y no hay más que hablar.

LAURA

(*A Adolfo.*) Y dígame usted... ¿qué se opina en Francia de las acciones de Panamá? Yo compré unas cuantas en excelentes condiciones, y todo el mundo me augura que son de gran porvenir.

ADOLFO

Es un negocio que duerme, pero el día que despierte... Otro Canal de Suez... (*Fijándose en los pendientes de Laura*). ¿Permite usted? ¡Preciosas perlas! He visto pocas de Oriente tan puro... y yo me entiendo en perlas. La perla es la joya femenina por excelencia.

LAURA

Las que heredé de mi tía Leonor son las únicas alhajas que tengo. Es una tontería gastarse el dinero en alhajas, un dinero muerto. Se van á comprar y cuestan un dineral; va uno á venderlas...

JOSEFINA

Veo que tiene usted un talento muy práctico, yo también; todo lo contrario de mi ma-

rido, que tiene alma de artista y se gasta todo el dinero en cosas inútiles.

MARÍA ANTONIA

Y eso que ha vivido siempre entre gente de negocios.

ADOLFO

Por eso mismo los detesto. ¡Ah! La vida sin poesía, sin ideal...

JOSEFINA

Le digo á usted que tenemos cambiados los papeles.

MAR A ANTONIA

(*Á Luisa.*) Ya lo habíamos conocido.

JOSEFINA

Adolfo se pasa la vida soñando.

GONZALO

Hace muy mal.

JOSEFINA

¿Por qué?

GONZALO

Porque soñar... es dormir... Y no es esa la actitud que corresponde á un marido novel.

JOSEFINA

Shocking. En España no hablan ustedes nunca seriamente. Por eso empiezo á no fiarme de usted.

GONZALO

¿De mí?

JOSEFINA

De su palabra. ¿Ha recomendado usted á sus socios el nombramiento de Adolfo?

GONZALO

Ahora mismo hablaba de ello, es cosa segura.

JOSEFINA

Veremos. Sentiría reñir con usted... pero si usted quiere torearne...

GONZALO

¡Ja, ja!...

JOSEFINA

¿Se ríe usted? ¿He metido la pata?

GONZALO

Me río de su lenguaje...

JOSEFINA

¿No es correcto?

GONZALO

Es graciosísimo.

JOSEFINA

No se ría usted de mí. Es usted un guasón que quita el sentido.

GONZALO

Qué más quisiera yo. Adorable, adorable.

MARÍA ANTONIA

Pero ¿ven ustedes esa mujer? ¡Qué descaro! Está coqueteando con papá, como si aquí existiera el divorcio. Y el marido tan fresco. Por las señas está explicando á Laura y á Luisa la caída de alguna falda... ¡Qué pareja!

RAMÓN

Querida Isabel, debe usted prevenir á su marido. Se empeña en que demos un puesto de gran responsabilidad á ese joven; dice que su padre le recomienda á ustedes, ¿no es cierto? El padre sabe demasiado que su hijo es un pobre tonto; se empeñó en casarse con esta muchacha de familia y de antecedentes algo escabrosos, y le envió á Madrid para que se le colocara, pero no en cargo de tanta importancia. Aconseje usted á Gonzalo.

ISABEL

¿Yo? Carmen me conoce. Nunca me permito aconsejarle y menos oponerme á su voluntad. Nada fío ni espero de las palabras por cariñosas y bien intencionadas que sean. Para conseguir algo más que promesas de enmienda, olvidadas cada ocho días, hay que hacer algo más que hablar...

RAMÓN

Ya... pero usted ¿qué hace, amiga mía?

ISABEL

¿Yo? resignarme y esperar.

RAMÓN

¡Pobre Isabel!

ESCENA IX

Dichos. Un CRIADO y después MANUEL.

CRIADO

Con permiso... Esta carta (*dándosela á María Antonia*), para la señorita.

MARÍA ANTONIA

¿No espera contestación?

CRIADO

El que la traía no hizo más que dejarla.

MARÍA ANTONIA

Está bien. (*Vase el Criado.*) De Pepe. No necesito leerla. Excusándose de venir, lo que yo sabía, lo que yo esperaba.

ISABEL

Pero lee...

MARÍA ANTONIA

¿Para qué? Léela tú... ¿No es eso?

ISABEL

En efecto, que los amigos no le dejan, que la lectura es urgente.

MARÍA ANTONIA

Sí, sí. Enterados.

LUISA

¿No viene tu marido?

MARÍA ANTONIA

Toma, guarda esta carta para que se la leas á tu novio... cuando le tengas; le servirá para después de casado... todos hacen lo mismo.

LUISA

¿Todos? No. Yo no lo creo. Si te hubieras casado con Enrique, si...

MARÍA ANTONIA

¡Calla, calla! Sé lo que vas á decirme. No me hables de Enrique, te lo suplico, me hace daño.

LUISA

¡Pobre hermano mío! ¡Me escribe tan triste!

MARÍA ANTONIA

¡Tan triste! Tristes todos... ¡Que Dios perdone á los que sin pensar, por capricho, por aventuras como éstas que ahora distraen á mi marido, causan para toda la vida la tristeza de quien no tiene culpa.

LUISA

¿Qué quieres decir?

MARÍA ANTONIA

Nada, nada. (*Entra Manuel.*)

MANUEL

¡Señores! ¿Soy puntual? ¡Isabel!...

ISABEL

Por hoy, sí, y lo agradezco, porque hoy no somos todos de casa.

MANUEL

Ya sé... Presénteme usted.

ISABEL

D. Manuel Arenales... Monsieur Adolfo Barona, su esposa...

MANUEL

Encantado... encantado...

GONZALO

Aquí tienen ustedes un madrileño neto. Acabaré de levantarse; empieza su vida á estas horas.

MANUEL

¿Por qué no? La medida del tiempo es puramente caprichosa; ¿por qué ha de marcar la salida del sol el principio del día? Yo soy galante, y concedo ese privilegio á la luna. Me someto al eterno femenino.

LAURA

¡Cuántas veces me he horrorizado al encontrarle á usted de madrugada cuando yo iba

ya á mis asuntos de mis conferencias y de mis juntas!...

MANUEL

¿Usted iba á sus asuntos á esas horas? Pues yo regresaba de los míos. Ya ve usted para quién estaba el día más adelantado.

LAURA

Calle usted, le detesto. Es usted el oprobio de la clase de solteros. ¿Para qué sirve usted en el mundo?

MANUEL

Que otros lo pregunten... Para que cada lunes y cada martes me mande usted billetes para sus funciones benéficas y listas de suscripciones á todas sus obras piadosas, á todo lo cual, bromas á parte, contribuyo gustoso, querida Laura.

LAURA

Ya lo sé, y por esa puertecilla puede ser que consigamos salvarle á usted y halle usted indulgencia á sus muchos pecados.

MANUEL

Ya sé que Pepe no come con nosotros.

MARÍA ANTONIA

¿Le ha visto usted?

MANUEL

Sí, acabo de verle.

MARÍA ANTONIA

¿Dónde?

MANUEL

En la calle de Alcalá.

MARÍA ANTONIA

¿Iría con unos amigos?

MANUEL

No, iba solo.

MARÍA ANTONIA

Solo, y dice en su carta...

MANUEL

¿Qué?

MARÍA ANTONIA

Nada... nada... Solo, ya lo oyes, iba solo.

GONZALO

¡Qué indiscreto eres! Á los casados no se nos ve nunca en ninguna parte, cuando no vamos con nuestra mujer.

MANUEL

¿Indiscreto? Porque he dicho que le he visto en la calle y solo... ¿Iba á decir que le he visto subir á Fornos con unos amigos y unas amigas... de los tres, tuyas, tuyas y mías?...

GONZALO

¡Mías, no; haz el favor!

MANUEL

Supongo que las conoces. ¿Á qué mujer no conocerás tú? (*Entra el Criado.*)

CRIADO

La señora está servida.

ADOLFO

Los tonos de moda, *le dernier cri*, toda la gama de los amarillos... azufre... limón... naranja... yema de huevo... albaricoque...

RAMÓN

Pero este hombre no sabe hablar más que de trapos ó de golosinas.

MARÍA ANTONIA

No lo crea usted... de trapos siempre... es divertido...

ISABEL

(*Á Gonzalo.*) Un momento, Gonzalo. Como esa señora se sienta á tu lado, y supongo que insistirá en el nombramiento de su marido...

GONZALO

¡Qué tenemos!

ISABEL

Nada... Es que Ramón se opone á que eso sea, y se opondrá en la Junta de Accionistas.

GONZALO

Ya he visto que conspirábais.

ISABEL

¿Yo? Es que quiero evitar que te pongas en ridículo. Por tí, sólo por tí, ¿lo entiendes? De mí ¿qué me importa? ¡Una vez más! Estoy acostumbrada... ¡Haz lo que quieras, como siempre! (*Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

ESCENA PRIMERA

ISABEL, CARMEN y RAMÓN.

(Dentro se oye hablar á los demás personajes. Piano.)

RAMÓN

He comido muy bien, amiga mía, he comido muy bien.

ISABEL

Y yo me alegro.

CARMEN

¿Quién toca el piano? Ahora no es Luisita.

ISABEL

No; es el joven recién casado, y toca muy bien, con mucho gusto.

RAMÓN

¿Por eso conociste que no era Luisita?

CARMEN

Ese joven es un estuche. Su mujer debe ser muy dichosa.

RAMÓN

Pues no lo parece.

ISABEL

¡Bah! ¿Por qué?

RAMÓN

Mire usted, Isabel, yo soy muy franco. Esa parejita es lo único que no he podido pasar de la comida; los tengo aquí.

CARMEN

¡Qué cosas dices! No haga usted caso.

ISABEL

Las antipatías y las simpatías son instintivas.

RAMÓN

¡Parece mentira que este chico sea hijo de Barona! un hombre tan serio, un carácter enérgico; verdad es que él siempre se lamentaba

de su mujer, que le había educado muy mal á los hijos; y éste ¡ con quién ha ido á casarse! Mire usted, Isabel, yo soy muy claro.

CARMEN

¡ Ramón, por Dios !...

RAMÓN

¿ Por Dios, qué? Somos como de la familia; Isabel es para mí, ¡ qué sé yo! como una hermana, tengo yo hermanos á quien no quiero tanto : á Gonzalo le quiero mucho también; toda la vida trabajando juntos; para mí ha sido siempre muy bueno. Tiene sus defectos, pero bueno, ¿ quién no los tiene? Á mí no me ha molestado nunca con ellos, ¿ para qué voy á quejarme? Ahora sí, querida Isabel, teniendo Gonzalo las mismas noticias que yo tengo de esta joven, casada con el hijo de nuestro amigo y corresponsal, permítame usted que le diga que no ha debido presentarla en su casa de usted.

CARMEN

¡ Ramón, Ramón !

RAMÓN

Yo sé lo que me digo.

ISABEL

Dice usted que Gonzalo sabe...

RAMÓN

Claro está; la madre de esta muchacha es una cualquier cosa; una española que se escapó á París con un viajante. Esta joven quiso dedicarse allí al teatro, ¡qué digo al teatro! al café-concierto, una trapisonda. Después, entre la madre y la hija, envolvieron á este pobre tonto... Y, mire usted, eso de que ahora venga aquí á dárselas de señora á la sombra de ustedes y de nuestras hijas, no me parece que deben ustedes consentirlo, y Gonzalo hace muy mal en autorizarlo. Y esa plaza que pretende no la tendrá mientras mi voto signifique algo. Y, sobre todo, Isabel, yo la quiero á usted mucho, ya lo sabe usted, y estaré siempre de su parte, siempre.

ISABEL

Gracias, Ramón, muchas gracias. *(Se levanta, y lentamente pasa y entra en la habitación donde se supone que están los demás.)*

CARMEN

Si no te conociera, no sabría qué pensar de estas expansiones de sobremesa. ¿Para qué pones á Isabel en cuidado?

RAMÓN

Serás capaz de creer que hablo así por algún excesillo de champagne.

CARMEN

No, ya sé que no; pero me da pena la pobre Isabel.

RAMÓN

Y á mí también, y la conducta de Gonzalo me indigna; por eso no puedo callarme. Bueno que al hombre no se le deba exigir una fidelidad tan absoluta como á la mujer en el matrimonio, pero que no pase de una aventurilla ligera, de tarde en tarde, que no comprometa mucho; pero eso de no hallarse nunca sin algún amorío..., con una mujer como Isabel... ¿Y tienes valor para quejarte alguna vez de mí?... Compara, compara.

CARMEN

¿Yo de tí? No...

RAMÓN

Sí, sí; las mujeres tenéis mucha imaginación; sois muy dadas á la novela. ¿Ves á Isabel, con ese aire de mártir? Pues en el fondo le halaga, le complace que su marido sea así; esas historias de amores, de mujeres locas por él; eso de no tenerle nunca seguro, le realza á sus ojos, le poetiza y, créelo, Isabel está cada día más ena-

morada de su marido, como no lo estaría seguramente al cabo de algunos años de matrimonio, si Gonzalo fuera un marido... como yo; un marido sin accidentes ni novela. Con franqueza, ¿á que tú no me has agradecido nunca mi fidelidad inverosímil? ¿Á que no puedes creer que ha sido virtud, sino falta de gracia para seducir y enamorar? Sí, sí; estoy seguro. Tú no me quieres como Isabel á Gonzalo; yo soy un burguesote todo prosa, que no sabe más que trabajar, hacer cuentas, pensar en el porvenir de sus hijos, que si, lo que Dios no permita, alguna bribona me trastornara el juicio, aunque no fuera más que media hora, ¡qué sé yo!... me parecería que os robaba á tí y á mis hijos, y aunque vosotros me perdonárais, yo no podría perdonarme nunca.

CARMEN

Sí; hay cosas que no se las perdona uno nunca. Pero no mortifiques más á Isabel. ¿Tú crees que ella no ha notado, como todas, las coqueterías de esa mujer con su marido?

RAMÓN

¡Coqueterías! ¡Coqueterías!... *Cocoterías* y poquísima lacha, como diría ella; ésa es la palabra!

CARMEN

¡Vuelve Isabel! ¡Por Dios, calla!

ESCENA II

Dichos, ISABEL y MANUEL, (Carmen y Ramón siguen hablando aparte, y á poco pasan al saloncito donde se supone están los otros personajes.)

ISABEL

(*Á Manuel.*) Pero ¡ qué torpe es usted, amigo mío! Hace media hora que le estoy tirando á usted de la manga para que me siga usted aquí, y usted sin entenderlo. Tengo que hablar con usted.

MANUEL

Pero ¿usted no ha observado que María Antonia me tiraba de la otra con más fuerza para que no viniera, porque también deseaba hablar conmigo?

ISABEL

Pero entre la madre y la hija, aunque el corazón se incline á la amable juventud, la cortesía debe sacrificarse á la respetable ancianidad.

MANUEL

En este caso, el corazón y la cortesía estaban de acuerdo, pero los tirones de María Antonia eran terribles; estoy satisfecho, siempre en mi papel.

ISABEL

¿En su papel? ¿Qué papel es el de usted?

MANUEL

Pero ¿no lo sabe usted, mi querida amiga? El de confidente universal, el de amigo de todo el mundo; mejor dicho, el de amigo de los amigos de todo el mundo; algo así como la Central de Teléfonos, á la que nadie se dirige más que para pedir comunicación. El papel, como usted ve, no es muy lucido.

ISABEL

Pero muy necesario.

MANUEL

Eso decía Cervantes de un cargo muy parecido al mío; que era muy necesario en toda república bien ordenada.

ISABEL

Ahora no pido comunicación; al contrario, procuro interrumpirla.

MANUEL

¿No digo?... De todos modos, estación intermedia siempre.

ISABEL

Usted es muy amigo de Federico Reinoso, el escritor.

MANUEL

¡ El soñador, querrá usted decir !

ISABEL

Más temible. Los que escriben sus sueños se quedan muy descansados, pero los que sueñan, no escriben y quieren vivir lo que sueñan, ni descansan ni dejan descansar. Creen que la vida es una página en blanco, que ellos pueden emborronar á su capricho.

MANUEL

Sin rodeos; usted sabe que Federico...

ISABEL

Sí, que está locamente enamorado de María Antonia. Que usted es su confidente...

MANUEL

Su consejero.

ISABEL

Buenos consejos...

MANUEL

Naturalmente. Estimo en mucho á María Antonia. Sé cuánto vale el buen ejemplo en la educación, y María Antonia sólo ha tenido ejemplo de virtud en su madre primero, después en usted.

ISABEL

Pero si el ejemplo de virtud lo es también de tristeza, ¿usted cree que á los veinte años puede afrontarse con resignación la perspectiva de toda una vida muy triste, sobre todo cuando el corazón no está defendido por un amor tan apasionado, tan ciego, que haga parecer las tristezas más dulces que alegrías?

MANUEL

Es verdad. María Antonia no se casó muy enamorada. Pero Pepe es un buen muchacho. Algunas ligerezas sin importancia...

ISABEL

¡Ligerezas! Ligerezas como esas han sido causa de que María Antonia no pueda ser nunca dichosa. Por eso me asustan las ligerezas; por eso quiero evitar que María Antonia pueda cometerlas. Ella tiene mucha confianza en usted... Usted es íntimo de Federico... Dígame usted con lealtad todo lo que usted sepa... Su

amigo de usted ¿le habla mucho de María Antonia?

MANUEL

Eso sí; siempre. Está locamente enamorado.

ISABEL

Pero ¿él espera...?

MANUEL

¡Qué me pregunta usted! Yo sólo puedo aconsejarle bien, y para ello no tengo más que repetirle las reflexiones que tantas veces he debido hacerme á mí propio.

ISABEL

Es verdad... Ese gran amor de su vida, al que todavía permanece usted fiel. Pues, en nombre de ese amor que sintió usted por la madre de María Antonia, y que fué todo adopción y respeto, ayúdeme usted á proteger á la hija de la mujer que usted quiso tanto.

MANUEL

Y respeté siempre.

ISABEL

Por eso pudo usted hacer del recuerdo de ese amor la religión de su vida. ¿No vale más así?

Confío en usted; no puedo ocultarlo, tengo miedo por María Antonia; advierto en ella algo que me hace temerlo todo. Sea usted bueno conmigo; adviértame usted del menor peligro. ¡Mire usted que quiero á María Antonia como si fuera hija mía!

MANUEL

Lo sé. Descuide usted. Federico no puede sospechar el interés que me lleva en este asunto y se confía á mí por completo.

ISABEL

Gracias, amigo mío, amigo bueno, amigo leal.

MANUEL

Amigo de todo el mundo. ¡ Siempre amigo ! La gente vive á mi alrededor; todos aman, ó luchan, ó sufren..., y á mí me lo cuentan... Y así vivo.

ISABEL

Con el recuerdo de ese gran amor... Ya es algo.

MANUEL

No fué amor... Fué también una gran amistad.

ESCENA III

Dichos y MARÍA ANTONIA.

MARÍA ANTONIA

¿Secretean ustedes?

ISABEL

Traes cara de fuga. ¿De qué se habla por allí dentro?

MARÍA ANTONIA

¡Qué sé yo! No me importaba. Manuel, no acabó usted de contarme esa historia, y era muy divertida.

ISABEL

¿Qué historia?

MARÍA ANTONIA

De Federico Reinososa; rarezas suyas, locuras de artista.

ISABEL

Ahora no va tanto por vuestra casa, ¿verdad?

MARÍA ANTONIA

No; tuvo una discusión con Pepe; una discu-

sión de arte; se acaloraron... Pepe, cuando se acalora, no sabe lo que se dice.

ISABEL

¿Pepe solo?

MARÍA ANTONIA

Federico es un hombre muy bien educado, incapaz de una incorrección, ¿verdad, Manuel? (*A Isabel.*) Tú le has tratado muy poco.

ISABEL

En cambio oigo hablar mucho de él.

MARÍA ANTONIA

¿Sí?... ¿Á quién?

ISABEL

Á tí. Creo habértelo advertido ya. ¿Es que no te das cuenta? Pues mira que puede ser que no sea yo sola quien lo haya notado.

MARÍA ANTONIA

No será Pepe. Pepe, que seguramente andará como un Otelo cuando se trata de alguna de esas princesas de teatro. Tratándose de su mujer, como todos los maridos, le parezco tan insignificante que no se preocupa por nada; le dirían que cualquiera estaba enamorado de mí y no lo creería.

MANUEL

Exagera usted. ¿Verdad que exagera?

MARÍA ANTONIA

Sí, sí, sí... Me abruman las pruebas de cariño, de consideración. Soy muy dichosa, ¡muy dichosa! ¿No ha notado usted lo alegre y lo comunicativa que he estado toda la noche?

MANUEL

Al principio, sí. Yo le pregunté á Isabel : ¿Qué le ocurre á María Antonia, que está tan contenta?

MARÍA ANTONIA

¡Contentísima!

ISABEL

Era alegría nerviosa, esa falsa alegría con que tratamos, más que de engañar á los demás, de engañarnos á nosotros mismos, en el primer instante da una gran tristeza. Las grandes tristezas son así; se clavan tan hondo, tan hondo, en el corazón, que parecen perdidas, y el mismo corazón no las siente con asombro nuestro; pero dura poco el engaño; están bien clavadas para toda la vida : primero es llanto, quejas, rabia quizá; después... es la resignación, una sonrisa; una sonrisa triste, dolorosa, como una herida abierta siempre.

MARÍA ANTONIA

Isabel sabe de esas tristezas y de esas sonrisas. (*Se oye reír dentro.*)

MANUEL

¡Qué divertidos!

MARÍA ANTONIA

Algún éxito de papá. Está ocurrentísimo. Mírenle ustedes, mírenle ustedes, rodeado de todas ellas, y todas en adoración ante él. Desde Carmen, la que debió ser modelo de esposas si no hubiera tropezado con papá en su camino, y Laura, tan calculadora y tan metalizada y la recién casadita que, aunque es algo loca, no lleva más que dos meses de casada..., ya ven ustedes; hasta Luisita, recién salida del cascarón, con su primer vestido largo, ahí la tienen ustedes extasiada ante el eterno Don Juan. Hay para pintar un cuadro, un cuadro simbólico. Es lo que yo le digo á Isabel : de lo que le ocurre á papá con las mujeres no tiene él toda la culpa.

MANUEL

No; créanlo ustedes. Eso de enamorar es un dón, algo genial. Tengan ustedes por seguro que los mayores conquistadores son los que ponen menos de su parte por serlo. ¿Recuerdan ustedes

aquello de Don Juan? « ... Uno para enamorarlas, otro para conseguiras... » Á mí no me digan eso, no es natural; para eso hay que llamarse Tenorio; á Don Luis ya debían costarle el doble las conquistas..., y al Capitán Centellas y Avellaneda, ¡no digamos!; esos tienen traza de no haber enamorado á nadie en su vida; por eso se entretienen en apostar por los amigos. Yo siento mucho estos papeles.

ESCENA IV

Dichos, CARMEN, LAURA, JOSEFINA, LUISA,
GONZALO, RAMÓN y ADOLFO.

LAURA

Venimos huyendo de tu marido. Nos ha escandalizado.

MARÍA ANTONIA

Ya veo que huyen ustedes, pero con él...

LAURA

Es que aquí no se atreverá á repetir lo que nos ha dicho. ¡Qué hombre! Verdad es que cuando se dicen las cosas bien, todo puede decirse.

MARÍA ANTONIA

Y aun cuando se digan mal; cuando parece bien el que las dice, todo puede escucharse.

JOSEFINA

Tiene la mar de gracia. Yo me he reído los imposibles.

MARÍA ANTONIA

(*Á Manuel.*) Menos mal que no ha dicho las tripas.

ADOLFO

Oye, Josefina. ¿Te parece el momento de anunciar mis imitaciones de artistas de París ó algún monólogo ó *petite fantaisie*?

JOSEFINA

De ningún modo. Esta gente es muy seria. No descuides á la señora de la casa; su simpatía puede importarnos mucho; dile algún cumplimiento sobre su *toilette*.

ADOLFO

Los he agotado todos.

JOSEFINA

Y procura intimar con Don Ramón. ¿No dices que era tan amigo de tu papá? Pues no

lo parece. Ha estado muy poco expresivo contigo, y cuando le pedí que influyera en tu favor me contestó de un modo...

ADOLFO

¡Hélas! ¡Ma petite femme! Me parece que nuestras ilusiones...

JOSEFINA

¡Cállate ya!... Sería lo primero que yo me propusiera... Tú déjame á mí.

ADOLFO

Sí, te deajo; sí, te deajo. *Siguen hablando.)*

GONZALO

(*Á Carmen.*) Procure usted convencer á Ramón de que no hay inconveniente en conceder ese puesto á este chico. Se trata del porvenir de un matrimonio enamorado. Todos podemos contribuir á su felicidad, usted que es tan buena...

CARMEN

Se lo ruego á usted, Gonzalo; con usted no es posible saber nunca si habla usted en burlas ó en veras; pero burlas ó veras, no pretenda usted mi complicidad en sus combinaciones. Yo sólo puedo decirle á usted que hace usted mal, Gonzalo, hace usted mal, ahora... y siempre.

GONZALO

¿No perdonará usted nunca?

CARMEN

Lo he perdonado todo. Yo sí que no puedo perdonarme. Á pesar mío, debí seguir tratando á usted como amigo, porque no estamos solos en el mundo, y cuando se casó usted con Isabel, para considerarme algo menos indigna de su amistad creí que debía confesárselo todo. Aunque no fué en su ofensa, bastaba para que me hubiera cerrado las puertas de su casa, justificando con todo el mundo el motivo ó exponiéndome á no poder justificarlo... Pero supo perdonarme ó compadecerme, á lo menos, y cree usted que puedo corresponder á su generosa lealtad con la sombra siquiera de una traición que Isabel no merece de nadie, de usted y de mí mucho menos.

GONZALO

Pero ¿quién dice que es una traición que yo propongo? ¿Ó es que la amistad de Isabel le hace á usted participar de sus celos?

CARMEN

¡Oh! Sí, tiene usted derecho á creerlo. ¿Por qué ha de parecerle á usted más verdadero el arrepentimiento de ahora que la virtud de entonces?

GONZALO

No he querido ofender á usted.

CARMEN

Lo supongo. No es usted tan cruel. Piense usted que aún no he llorado bastante á solas, para que no me cueste mucho todavía contener mis lágrimas delante de todos.

ADOLFO

(*Á Luisa.*) Mandaré á pedir esos vales y todo lo que usted quiera.

LUISA

Para destrozarlos, porque ya ha visto usted que soy una calamidad.

ADOLFO

Será falta de estudio, de práctica, porque tiene usted condiciones... ¡Oh, sí! Condiciones de gran pianista; tiene usted dedos, tiene usted corazón, siente usted la música; no le falta á usted más que aprovecharse de todo eso... y tocar. Y la música es la medicina del alma; cuando está uno triste, no hay nada que consuele como la música. Si no hubiera sido por la música yo no hubiera podido soportar mis amores con Josefina... ¡Cuántas contrarie-

dades !... Todo se oponía á nuestro amor... una novela, señorita. Nuestras familias, Capuletos y Montescos... nosotros Romeo y Julieta. Hubo día en que pensamos morir como ellos para que nos sepultaran en la misma tumba.

LUISA

¿Sí? ¡ Qué felices serían ustedes !

ADOLFO

¿Usted no ha amado nunca, señorita?

LUISA

Nunca, nunca. ¿No ve usted que papá me espanta á todos los pretendientes? En seguida les pregunta con qué cuentan, y los más simpáticos son precisamente los que no cuentan con nada. En cambio los que tienen dinero y quieren casarse en seguida, ya se sabe, todos tontos de capirote.

GONZALO

(*Á Isabel y María Antonia.*) Vosotras ¿no queréis venir al teatro? Hemos pensado ir á ver esa pieza nueva que ha gustado tanto. Á Josefina y Adolfo les divertirá mucho, es muy española; cantan y bailan jotas y tangos.

ADOLFO

¡Oh! ¡Ya lo creo! La música y las danzas españolas me entusiasman. Nosotros hemos sido siempre españoles de corazón. En París yo siempre que iba á un baile *masqué*... ya se sabe, de torero.

MANUEL

¿De toreador?

ADOLFO

¡Ah! Un traje precioso, auténtico, de peluche *rose*, *paillette* de oro y verde, el figaro con claveles bordados, el sombrero redondo con su cocarda roja, embozado en mi gran capa española y en la faja mi gran espada para matar al toro.

MARÍA ANTONIA

(*Á Josefina.*) ¿Y usted?

JOSEFINA

Yo, de Carmen.

MARÍA ANTONIA

¿Con la navaja en la liga?

JOSEFINA

No; no se hubiera visto. En el peinado, un cuchillo precioso atravesado en el pelo, así,

entre dos peinas, con la hoja brillante abierta y un letrero grabado que decía. « ¡ Tu corazón ! »

RAMÓN

¡ Anda, salero !

ADOLFO

También decía eso ¡ anda, salero ! Se lo escribiría á usted papá.

RAMÓN

Sí. No tenemos que escribimos otras cosas cuando nos escribimos.

GONZALO

Si hemos de ir al teatro... (*Á Isabel.*) Tú has dicho que no quieres venir, ¿verdad?

ISABEL

Sí, ya lo has oído.

MARÍA ANTONIA

(*Bajo á Isabel.*) Sí, ya lo ha oído... pero tú no se lo has dicho.

ISABEL

(*Á Josefina.*) Ustedes perdonarán... Sería despedir á estos amigos.

GONZALO

(*Á Ramón.*) ¿Si quieres acompañarnos?

RAMÓN

Nosotros, no. Yo tengo que pasar un instante por el Casino; vosotras podéis acompañar un rato más á Isabel; en seguida os mandaré el coche.

LAURA

Yo también me retiro, tengo que madrugar mucho. ¡ La de cosas que debo hacer mañana !

MANUEL

¿Sí? Dígame usted el itinerario para hacerme el contradizo.

LAURA

¿Piensa usted madrugar?

MANUEL

Pienso no acostarme.

LAURA

Pues verá usted. Tengo que ir al Banco á firmar.

MANUEL

Allí no me encontrará usted. Sería inverosímil.

LAURA

Después á una Junta; después á la sopa.

MANUEL

Allí puede que me encuentre usted el mejor día.

LAURA

Después... ¡Ay! Digo que ya debía haber ido hoy á llevar á San Antonio la participación que le ofrecí en un décimo de la lotería.

MANUEL

¿Le ha tocado á usted la lotería?

LAURA

Nada, un premio chiquitín, treinta pesetas.

RAMÓN

¿Y qué le corresponde al santo?

LAURA

Dos pesetas. ¡Pobre santo mío, es más bueno!

RAMÓN

Y de la última venta de acciones ¿no le dió usted participación? Porque de eso sí le hubiera correspondido un buen pico.

LAURA

No tomen ustedes á broma estas cosas.

RAMÓN

Las acciones, ¿verdad?

LAURA

No, señor; á los santos.

RAMÓN

No, amiga mía; la que parece que los toma á broma es usted.

GONZALO

Cuando ustedes quieran...

RAMÓN

(Despidiéndose.) Isabel, siempre suyo.

ADOLFO

Señoras, hasta muy pronto. El placer de visitar á ustedes es tan grande, que abusaremos de él con frecuencia.

JOSEFINA

Acabarán ustedes por decir que somos unos pelmazos.

MARÍA ANTONIA

De ningún modo.

ADOLFO

(*Á Carmen y Luisa.*) Señora, señorita... encantado... encantado... (*Á Laura.*) Recibirá usted los figurines. (*Á Luisita.*) Y usted, los figurines y los valsés.

GONZALO

Carmen... Luisita, muy buenas noches. Hasta luego, Isabel.

LAURA

(*Á Isabel.*) Tardaremos en vernos. En toda esta semana no se puede contar conmigo. ¿Usted se queda, Manuel?

MANUEL

Un ratito todavía. (*Saludos, despedidas, etc. Salen Laura, Josefina, Gonzalo, Ramón y Adolfo.*)

ESCENA V

ISABEL, MARÍA ANTONIA, CARMEN, LUISA
y MANUEL.

MANUEL

¿Dejamos que lleguen siquiera al portal para murmurar?

ISABEL

No lo permito. Ya sabe usted que no me agrada.

MARÍA ANTONIA

¡Qué matrimonio! Estos son de los que vienen decididos á la conquista de Madrid y se salen con la suya. Ya lo verán ustedes. (*Pausa.*)

MANUEL

¡Qué silencio!

LUISA

Habrá pasado un ángel.

MARÍA ANTONIA

Ó un demonio... ¿Quién sabe? Cuando se calla tan á tiempo suele ser porque todos piensan en lo mismo, y no es preciso hablar para entenderse.

CARMEN

Puede que tengas razón.

MARÍA ANTONIA

Yo dejo á ustedes.

ISABEL

¿No esperas á Pepe? Decía en su carta que vendría á buscarte.

MARÍA ANTONIA

Sí, sí; puedo esperarle sentada. Sabe Dios á qué hora se descolgará. Y si viene y no me encuentra, mejor.

ISABEL

Espera un poco. Sí vendrá.

MARÍA ANTONIA

No, no; por lo mismo. Además estoy muy nerviosa, de muy mal humor. ¿Para qué voy á ocultarlo? Tengo una idea y cuando yo tengo una idea, hasta que no la veo realizada...

ISABEL

¿Qué será? ¡Dios mío! Me asustas.

MARÍA ANTONIA

Ya lo sabrás. Hasta... hasta mañana, sí, hasta mañana, Carmen, Luisita...

ISABEL

Que te acompañe Manuel.

MARÍA ANTONIA

¿Para qué? Si él está aquí muy á gusto, muy tranquilo...

MANUEL

¡No faltaba más! Voy con usted; señora, Luisita, Isabel...

ISABEL

¿Cumplirá usted su palabra?

MANUEL

Descuide usted.

CARMEN

Adiós, María Antonia; que se calmen tus nervios; no sabes lo que siento verte triste.

MARÍA ANTONIA

Lo sé. Adiós, adiós... ¿Vamos?

MANUEL

Cuando usted quiera. (*Salen los dos.*)

ESCENA VI

ISABEL, CARMEN y LUISA.

CARMEN

¡Pobre María Antonia! Son las primeras desilusiones de su matrimonio.

ISABEL

Las más tristes, las más crueles. Nosotros sabemos algo de esto, ¿verdad? Luisita nos escucha asustada. No te asustes, eres muy niña; por mucho que te advierta nuestra experiencia triste, no perderás ahora ninguna de tus ilusiones, no evitarás después ningún desengaño. Nadie aprende á vivir por la experiencia ajena. Lo mismo que tú á nosotras, oímos nosotras á nuestras madres, y nuestras madres oirían á las suyas, y todas entregamos el corazón enamorado con la misma fe y las mismas ilusiones. La vida sería aún más triste si al empezar á vivir supiéramos ya que solo vivíamos para renovar el dolor de los que vivieron antes.

LUISA

María Antonia no debió casarse con Pepe; ¡para ser feliz sólo debe una casarse muy enamorada! Yo no me casaré de otro modo; con un hombre á quien yo quiera con toda mi alma, que me quiera lo mismo, y entonces, ¿qué razón habrá para que no seamos muy felices? Como lo hubiera sido María Antonia si se hubiera casado con Enrique. ¡Pobre hermano mío! Fué una locura de los dos; yo no he podido comprender todavía por qué dejaron de quererse. Supongo que la culpa fué de Enrique. Alguna ligereza suya que María Antonia no quiso perdonar.

CARMEN

Calla, hija mía... No sabes cómo me atormenta...

ISABEL

¿Y qué dice Enrique? ¿Que les escribe á ustedes?

LUISA

Escribe muy triste. Papá le despidió con tanta severidad. Es muy severo con todos nosotros. Cree que no le queremos bastante.

CARMEN

Ramón es muy bueno; pero cree que no puede darnos mayor prueba de cariño que trabajar sin descanso para enriquecernos. Cuando rechaza con mal humor una caricia de sus hijos, porque está preocupado con algún negocio, quisiera que sus hijos agradecieran el mal humor porque representa unos cuantos miles que gana para ellos.

LUISA

No sabe agradecer que el corazón no sepa tanto de cuentas.

CARMEN

Á mí también llegaron á parecerme odiosas. Después, á costa de muchas tristezas, ya sé

que si el cariño verdadero existe, sólo está en esa prosa de la vida, y entre su aridez y su vulgaridad hay que saber encontrarlo, si no queremos llorar toda la vida algún error irreparable.

ISABEL

Los hombres, siempre egoístas, siempre indiferentes á nuestros sentimientos... Pero estamos asustando á Luisita; esta noche vas á soñar con algún matrimonio desgraciado, como cuando somos chicas y hemos oído cuentos de ladrones ó fantasmas. No, no hagas caso de nosotras, no te preocupes; son cuentos de viejas... ¡Ah! Pepe cumple su palabra, y María Antonia que no quiso esperarle...

ESCENA VII

Dichos y PEPE.

PEPE

¿Cómo va? Carmen. ¡Luisita, estás guapísima! ¿Y María Antonia?

ISABEL

Creyó que no venías... Dijo que tenía mucho sueño y no quiso esperarte.

PEPE

Sí. Habrá estado de un humor toda la noche...

ISABEL

Nerviosilla. ¿Y esa lectura, era tan interesante?

PEPE

No, no era interesante, no lo preguntes con intención; pero era un compromiso de amistad... María Antonia no se hace cargo de nada.

ISABEL

Y los hombres tampoco os hacéis cargo de nada. No es que yo dé la razón á María Antonia, pero hemos de hablar los dos. Por primera vez, sin título absoluto para ello, voy á sentirme suegra.

PEPE

En otra ocasión, porque ahora voy corriendo á casa; quiero que María Antonia sepa que he venido temprano.

ISABEL

Espera un momento. No será larga la conferencia.

CARMEN

¿Quiere usted preguntar si ha vuelto nuestro coche?

ISABEL

No es secreto, no se retire usted por eso; ustedes son de la familia... Porque estén ustedes delante no he de hablar menos seria con Pepe, ni él ha de oirme con menos paciencia.

CARMEN

Por lo mismo que hay confianza entre nosotros dejamos á ustedes. Que la reprensión no sea tan pública y que sea más severa. (*Isabel llama y sale un Criado.*)

ISABEL

¿Sabe usted si espera el coche de la señora?

CRIADO

Sí, señora; llegó hace un rato.

CARMEN

Adiós, entonces... Isabel... Pepe... tenga usted la seguridad de que será por su bien cuanto Isabel le diga.

PEPE

No lo dudo, señora... Si María Antonia fuera como ella...

CARMEN

Cierto; si todos fuéramos como ella... pero

quién sabe las lágrimas que le ha costado ser como es.

LUISA

Isabel...

ISABEL

Adiós, hija mía... Y perdona si hemos empañado un poco el cielo de tus ilusiones. Es que hoy había nube. (*Salen Carmen y Luisa.*)

ESCENA VIII

ISABEL y PEPE.

PEPE

¿Qué ha dicho María Antonia? ¿Qué dice de mí? ¿En qué motivos funda su disgusto?

ISABEL

No dice nada; no funda su disgusto en ningún motivo particular... Es inquietud, presentimiento de algo que tú mismo has de confesar, que todos hemos tenido motivos para conocer, y una mujer antes que todos.

PEPE

Pues no hay razón, todos estáis equivocados.

ISABEL

¡Bah, Pepe! Fingimientos conmigo... Dí que te importe más ó menos; que por la importancia que tú le des juzgas la que debe darle tu mujer y debemos darle los demás; pero no digas que no hay algo y que tu vida no ha variado por completo de algún tiempo á esta parte. La mejor cualidad que tenéis los hombres es que no sabéis fingir; la vanidad hace siempre traición á vuestra prudencia y aun á vuestro interés. La mujer más humilde podía ser enamorada de un rey, y es posible que nadie lo supiera por ella; ¡pero desdichada la reina enamorada de un hombre cualquiera! él se encargaría de contárselo á todo el mundo, aunque le fuere la vida en ello.

PEPE

Si tienes esa opinión de nosotros...

ISABEL

En serio, Pepe... Si el cariño no sacrifica nada, ¿en qué podemos distinguirlo de la indiferencia? Yo sé bien que para los hombres, sin propósito de vuestra parte, hay siempre mil ocasiones de aventuras en las que no ponéis nada de vuestro corazón... pero atormentáis el de la mujer que os entregó el suyo por entero, con todas sus ilusiones, para toda su vida. Los hombres os

creéis muy seguros de vosotros mismos, antes de comprenderlas, ya fijáis el límite á vuestras aventuras de amor y pretendéis que esa seguridad sea también la nuestra; pero del corazón no puede responderse nunca, es peligroso jugar con él, ni con el propio ni con el ajeno. Resignarse es muy difícil, lo sé por experiencia... y acaso no es virtud, es temperamento, pero hay quien no se resigna y protesta y lucha... y ya te lo dije, con el corazón no se debe jugar, es muy peligroso.

PEPE

Pero ¿cómo podría yo convencerte? ¿Quién puede haberte dicho?...

ISABEL

¡Pobre Pepe! Pero ¿crees que á mi puedes engañarme? Al lado de mi Don Juan, el que yo tengo... ¿qué valen tus recursos ni tus protestas? Y solo con mirarle á la cara leo de corrido en su pensamiento.

PEPE

¿Y crees que todos somos lo mismo? Empiezo á sospechar que eres tú quien pone en cuidado á María Antonia.

ISABEL

Si eres capaz de creerlo, te aseguro que no

volveré á decirte una palabra. Me intereso por vuestra felicidad, quise avisarte á tiempo. ¿No lo agradeces?... Bien está. ¿Qué es eso? María Antonia.

ESCENA IX

Dichos y MARÍA ANTONIA

PEPE

¡María Antonia! ¿Qué significa?

ISABEL

¿Cómo vuelves?

MARÍA ANTONIA

No quería que me encontrases en casa, pero me alegro de encontrarte aquí. ¿No me esperabas? Ya te dije tenía una idea, y que no dormiría tranquila hasta salir con ella... Mira... (*arrojando unas cartas y unos retratos*). Ya sabes lo que es, ya lo conoces...

PEPE

¡María Antonia!

ISABEL

¿Qué has hecho?

MARÍA ANTONIA

Ahora niega; ahora dí que son mis nervios de niña mal criada; ahora dí que no es posible soportarme, que no te dejo vivir. ¿Qué más vida quieres? Mira... mira... retratos, cartas... ¡Qué caprichosos todos! ¡Qué bonitos!

PEPE

¡Qué locura! Si eso quiero, que Isabel se entere de todo; que juzgue si hay motivo para esta escena de celos de sainete; ¿unas cartas? Muy interestantes... Cartas que se les escriben á cualquiera, á un amigo... cartas de una artista, retratos de artistas... porque no es una sola ni de una sola persona.

MARÍA ANTONIA

Sí, sí; pero no todos son lo mismo.

PEPE

Creerás que tienen mucho valor para mí estos tesoros. Antes de ahora lo hubieras visto si no hubiera estado seguro de que antes, como ahora, creerías lo mismo.

MARÍA ANTONIA

Si no hubiera podido ver nada ni antes ni ahora, no tenía que creer nada. ¡Qué las cartas no dicen nada! ¡Ya lo creo!... Lee cualquiera,

ésta... Como te dije ayer... Otra... Como ya sabes... y aquí... Como quedamos ayer... Cada carta supone una entrevista, y es claro, para qué decir nada si estaba todo dicho. Si no tienen nada de particular.

ISABEL

¿Quién sabe?

PEPE

Por eso las guardaba yo, y muy bien, cuando tan fácilmente has dado con ellas, entregándote por lo visto á la tarea de descerrajar mis muebles, con ayuda de algún criado tal vez, para mayor discreción.

MARÍA ANTONIA

Nunca me olvido del respeto que me debo mí misma. Me basto yo sola para averiguar lo que tengo derecho á saber de cualquier modo.

PEPE

Y yo me alegraría si fuera para saber la verdad y para creerla, no para inventar lo que sólo existe en tu imaginación.

MARÍA ANTONIA

Sí; he soñado... nada de esto es verdad, es que estoy loca, son los nervios; por eso he deci-

dido ponerme en cura, y vengo aquí á buscar tranquilidad y reposo y olvido sobre todo.

PEPE

Sí; te ha faltado tiempo para venir aquí á dar el espectáculo. ¿Qué dirá tu padre? ¿Qué dirá Isabel? ¿Qué dirá todo el mundo?

MARÍA ANTONIA

Solo debías pensar en lo que yo digo. Y yo te digo que no vengo aquí á dar espectáculo de ningún género, sinó, al contrario, á no dar ninguno, á quedarme aquí muy tranquila como si nada hubiera pasado, como si nunca nos hubiéramos visto, como si todo esto lo hubiéramos soñado. ¿Entiendes?

ISABEL

¡María Antonia!

PEPE

¿Qué estás diciendo? Pero ¿tú crees que eso es posible?

MARÍA ANTONIA

Lo veremos.

PEPE

Claro está que lo veremos. ¿Puedes consentir que nos pongamos en ridículo ante tus padres,

ante todo el mundo? Si por suposiciones fuera, yo también podía haber supuesto que, cuando un íntimo amigo mío se atreve á declararse á tí, es porque algo podía justificar ese atrevimiento.

MARÍA ANTONIA

¿Oyes qué infamia?

ISABEL

¡ Por Dios, Pepe ! ¿ Qué dices ?

PEPE

No; si yo no he creído, ni puedo creerlo. Hallé un pretexto para distanciarle de mi amistad sin que á nadie pueda extrañarle, y no dirás que me dí por entendido de nada, ni que te ofendí nunca con la menor sospecha, como haces tú conmigo.

MARÍA ANTONIA

¡ No faltaba más ! No estamos en el mismo caso.

PEPE

No lo sabemos. No es cuestión de motivos : es cuestión de prudencia.

MARÍA ANTONIA

Pero ¿ te atreves á decir ? ... ¡ Oh ! ¡ Qué infamia, qué infamia ! Se atreve á decir que podía

haber sospechado de mí... Y callaste por prudencia, ¿verdad? Pues esa prudencia es una prueba más de tu cariño..., porque, ya ves, yo no puedo callar : yo soy más imprudente.

ISABEL

¡ Por Dios, María Antonia !

MARÍA ANTONIA

Hemos concluído; que me deje..., que se vaya...; yo me quedo aquí, en mi casa..., con mi padre..., contigo..., contigo sobre todo. ¡ Madre mía ! ¡ Madre de mi alma !

ISABEL

No por mí, ¡ por tu madre te lo suplico, reflexiona ! no puede ser.

PEPE

No; es inútil. Estaba previsto : era lo que buscaba, un escándalo.

MARÍA ANTONIA

Sí, he sido yo...; ¡ son mis nervios, mis nervios !

ISABEL

¡ Silencio ! Vuelve tu padre...; por lo que más quieras, que no se entere; que no sepa... Pepe,

¡ por Dios, María Antonia !, que no os vea si no sois capaces de disimular.

PEPE

Yo, por mí...

MARÍA ANTONIA

Sí, sí; lo seré. Sabré fingir; ¡ será por tan poco tiempo !...

PEPE

Sí; mañana espero que podremos hablar con tus padres con más tranquilidad.

ISABEL

Sí; mañaná, mañana. ¡ Por Dios, seca esas lágrimas !

ESCENA X

Dichos y GONZALO.

GONZALO

¡ Hola, hola ! ¿ Todavía por aquí ?

PEPE

Sí; ya nos íbamos; es muy tarde; esperamos un poco por despedirnos de tí.

GONZALO

Me fuí al teatro con el matrimonio de París, por acompañarles... ¿Y esa lectura?

PEPE

¡Phs!... No puede juzgarse por una lectura.

MARÍA ANTONIA

Hasta mañana, Isabel; adiós, papá.

GONZALO

¿Pasó ya el nublado?

MARÍA ANTONIA

Sí, ya pasó todo.

GONZALO

Tienes ojos de haber llorado... Las lágrimas las del perdón...

MARÍA ANTONIA

Sí, ó del arrepentimiento.

PEPE

¿Piensas salir temprano mañana?

GONZALO

No. ¿Por qué?

PEPE

Para venir á verte. Isabel... ¿piensas decirle algo?

ISABEL

No lo sé; ahora no puedo pensar en nada... ¡Por Dios, Pepe!... María Antonia, ¡ten prudencia!; yo iré á verte mañana temprano. *(Salen Pepe y María Antonia.)*

ESCENA XI

ISABEL y GONZALO.

GONZALO

¿Qué?... Hubo escena, ¿verdad?

ISABEL

No; como siempre... ¿Qué tal el teatro? ¿Se han divertido esos señores?

GONZALO

Mucho. La música es bonita; muy agradable. Á ella le ha encantado, ¡naturalmente!... ¡Bailan un tango!...

ISABEL

Josefina habrá llamado la atención. Estaba muy guapa y muy bien vestida.

GONZALO

Sí; todo el mundo miraba al palco. Ya sabes : en Madrid, cuando se ve una cara nueva...

ISABEL

Y si la cara vale la pena...

GONZALO

Voy á mi despacho á escribir unas cartas, antes de acostarme... Mañana tengo que madrugar.

ISABEL

Pues no escribas esta noche.

GONZALO

No tendré tiempo mañana. ¡ Ahora que me acuerdo : le dije á Pepe que no saldría temprano y tengo que salir !

ISABEL

¿Para qué?

GONZALO

Para ver á Ramón antes de la Junta.

ISABEL

Sí; para convencerle de ese nombramiento.

GONZALO

Y para otros asuntos... Voy á escribir esas cartas. (*Entra en el despacho.*)

ISABEL

¡Oye!...

GONZALO

(*Dentro.*) ¿Qué quieres?

ISABEL

Nada, nada... (*Isabel llama y entra un Criado.*) Avise usted á Lucila que vaya á mi cuarto. Voy á acostarme. (*Gonzalo canta dentro.*) ¡Estás muy alegre!

GONZALO

Es esa musiquilla que sin querer se pega al oído.

ISABEL

Pero no será así, porque sería horrible.

GONZALO

Es que ya sabes el oído que yo tengo. (*Sigue cantando.*)

ISABEL

Nada, lo dicho; que estás muy alegre.

GONZALO

Y ¿sientes que esté alegre?

ISABEL

No... no... Tú sabrás por qué estás alegre.
(Pausa. Isabel rompe á llorar. Gonzalo aparece de pronto é Isabel al verle procura serenarse.)

GONZALO

Oye, Isabel : se me olvidaba decirte una cosa...

ISABEL

¿Qué?... ¿Qué quieres?

GONZALO

Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras? Estabas llorando : ¿qué tienes?

ISABEL

Nada, nada. No quería decírtelo, pero María Antonia está muy disgustada; está celosa; sabe que Pepe...

GONZALO

¡Bah!... ¡Qué tontería! ¿Quién hace caso? Nervios de niña mimada.

ISABEL

Es que... no sabes...

GONZALO

Ni ahora quiero saber nada. Tengo que escribir cartas de negocios y no puedo preocuparme por esas menudencias... ¡Además, te lo he dicho, estoy muy alegre y no quiero ponerme triste!

ISABEL

Haces bien; cuando se está alegre...

GONZALO

Pero ¿qué te pasa? ¡Dichosos nervios! En seguida escribo esas cartas y me dirás todo lo que quieras... Hasta luego. (*Entra en el despacho.*)

ISABEL

(*Desde la puerta.*) Hasta mañana. (*Telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

ISABEL, CARMEN, LAURA, LUISA y GONZALO.

ISABEL

Nada, no sales; convénzanle ustedes, ayúdenme ustedes

LAURA

De ningún modo, no debe usted salir.

CARMEN

Es una locura.

GONZALO

Pero si me encuentro perfectamente y voy en coche y muy abrigado.

ISABEL

Pero ¿qué tienes que hacer?

GONZALO

Debo ir á las oficinas.

ISABEL

¿Para qué? Ya sabes lo que te dijo Ramón, que no hacía ninguna falta que fueras.

CARMEN

Ramón le tendrá á usted al corriente de todo. ¿Quedó en venir hoy? ¿No viene todos los días?

GONZALO

Sí, pero es muy molesto para él, que ya tiene bastantes ocupaciones.

LAURA

Vaya, no sea usted pesado. Es usted peor que un chico; si no está usted bueno todavía. Tiene usted mala cara.

ISABEL

¿Verdad que sí? Y está muy débil, no se alimenta.

LAURA

¿Y quiere usted salir? Fuera ese abrigo, venga el sombrero, ¡ se acabó !; quietecito en casa. Y si

se pone usted pesado, le acostamos á usted á la fuerza.

GONZALO

Como ustedes quieran. No porfío.

LAURA

¡ Pues está bueno el día ! Yo he tenido que hacer mi visita á los pobres y creí que me llevaba el aire.

ISABEL

El doctor le ha dicho que no debe salir todavía.

LAURA

Mire usted que hay una de pulmonías embosada s... Es una de morirse gente conocida...

GONZALO

Pues si se muere tan buena gente... ¿ Y qué es lo que más se lleva ahora para morirse ?

LAURA

No bromea usted con esas cosas. ¿ Y dices que no se alimenta ?

ISABEL

Nada. No sé cómo puede tenerse...

LAURA

Eso no puede ser. Ahora mismo va usted á tomar cualquier cosa. ¿Qué le apetece á usted?

GONZALO

Pero, querida amiga...

LAURA

Á la fuerza. (*Toca el timbre y entra un Criado.*)
Usted dirá lo que pido.

ISABEL

No : ahora debía tomar unas píldoras que le han mandado y tampoco quiere tomarlas.

LAURA

¿Que no? Vengan acá esas píldoras.

GONZALO

Pero, Laura...

LAURA

Abra usted la boca; ¿cuántas debe tomar?

ISABEL

Dos.

LAURA

Tome usted tres. Vamos, abra usted la boca; una, dos...

GONZALO

Que me ahogo.

LAURA

¡Agua, agua!

LUISA

¡Agua, pronto! ¡Que se ahoga!

GONZALO

¡Por Dios, no alarmen ustedes, ya pasó!

LUISA

¡Ay, qué susto!

LAURA

Ahora, la otra...

GONZALO

No; basta ya. Muchas gracias.

LAURA

No dirá usted que no le cuidamos.

GONZALO

Lo agradezco.

LAURA

Y cuidado que no merece usted el interés...

¡ Si nos hubiera usted visto el día del arrechucho !...

LUISA

Lloramos por usted como si se hubiera usted muerto.

LAURA

Mucho más.

GONZALO

Son ustedes muy buenas conmigo.

LAURA

Yo hice un ofrecimiento. No se lo digo á usted porque se va usted á reir.

LUISA

Y yo otro.

ISABEL

¡ Pobre Luisita ! ¿ Qué ofreciste ?

LUISA

He ofrecido no ir al teatro en todo lo que queda de este mes.

CARMEN

Y no nos ha dicho nada. Su padre estaba muy preocupado porque anoche no quiso venir al Real.

LAURA

Yo he ofrecido más que eso. He ofrecido hacer las paces con mi cuñada Vicenta, con la que hace seis años que no me hablo. Y bien sabe Dios que es el mayor sacrificio que puedo hacer, porque las paces serán para reñir más fuerte á los dos ó tres días.

GONZALO

¿Y por mí va usted á tener ese disgusto? Y su pobre cuñada sin ofrecerlo.

LAURA

Que se aguante. Es una tarasca. Á mi pobre hermano le mató á disgustos.

CARMEN

(*Á Isabel.*) ¿Está usted más tranquila?

ISABEL

Sí; el médico asegura que no ha sido nada.

LAURA

Ahora debe usted descansar una temporada en un clima templado; en Málaga, en Niza... Si se deciden ustedes por Niza, les acompaño á ustedes. No lo conozco, y su Casino de Montecarlo con su ruleta me seduce.

ISABEL

¡ Por Dios, Laura ! ¿ Sería usted capaz ?

LAURA

¿ De probar fortuna ? Ya lo creo.

CARMEN

(*Á Isabel.*) ¿ No ha hablado usted con Ramón ?

ISABEL

No, ¿ por qué ?

CARMEN

Tenía que decirle á usted algo.

ISABEL

¿ Referente á ? ...

CARMEN

Sí ; no tardarán en volver á París.

ISABEL

¿ Cree usted ? ...

CARMEN

Era lo natural ; después del escándalo. Debe usted estar muy contenta. Ha concluído del mejor modo posible. Porque, créalo usted, esa mujer es de mucho cuidado.

ISABEL

¿Quién sabe todavía?... Nunca he visto á Gonzalo tan preocupado... Si era una verdadera pasión.

CARMEN

No lo crea usted.

LAURA

(*Á Gonzalo.*) Se sabe todo. Estaba usted enamorado como un colegial. Paseítos por la Moncloa y la Casa de Campo... un dineral en regalos... Todas mis amigas le han visto á usted de tiendas en esta temporada... Joyerías, floristas, confiterías... ¿También era golosa? En fin, hasta le han visto á usted comprar una pandereta con toreros y madroños.

GONZALO

¡ Cuando la gente da en hablar! Como si fuera raro en mí andar de compras como esas... Encargos de corresponsales ó amigos del extranjero; á lo mejor piden cosas de España para un regalo, para un recuerdo...

LAURA

Así se explica lo de la pandereta y hasta que enviara usted un par de banderillas. Pero ¿encargar joyas y flores á Madrid?...

GONZALO

Yo tengo que obsequiar á mucha gente. Hoy es la hija de un corresponsal que se casa, mañana la mujer de otro á quien debo agradecer atenciones.

LAURA

Pues amigo mío, debe haber sido una temporada de bodas y de agradecimientos, que á pocas como ésta le dejan á usted arruinado.

GONZALO

Pero ¿qué ha oído usted? Vamos á ver. Me interesa saberlo por usted, porque usted oye á mucha gente y oye usted muchas cosas.

LAURA

Esta vez todas las versiones concuerdan; la campanada ha sido mayúscula.

GONZALO

¡Habladurías! ¿Qué sabe usted?

LAURA

Que el marido, colocado por usted en las oficinas de la Sociedad, abusaba de la protección de usted con sus subalternos; que uno de ellos, hartado de aguantarle los humos, se descaró un día y allí salió la historia á relucir, con gran rego-

cijo de todos... Se temió que hubiera lances de honor. Usted pasó el disgusto consiguiente, ella es de suponer que también lo tendría... El marido no debió disgustarse mucho, porque no se sabe que haya tomado mejor determinación que renunciar el cargo, y aun eso por consejos muy reiterados y muy expresivos de la Junta de Accionistas, de su amigo de usted Ramón sobre todo. ¿Tiene usted algo que rectificar? ¿No es esa la historia?

GONZALO

Por esta vez no está muy falseada.

LAURA

Y su pobre mujer...

GONZALO

No sabe nada.

LAURA

Ó usted quiere figurárselo para tener un remordimiento menos. ¡Qué hombres! ¡Qué mundo! ¡Dichosa la hora en que no me casé!...

GONZALO

Pero ¿fué cuestión de una hora?

CARMEN

Acércate, Luisita. ¡Pobrecilla! Anda de un lado para otro.

LUISA

Comprendí que no debía escuchar lo que hablaban ustedes, me acerqué allí y comprendí que tampoco debía escuchar... ¿Cuándo tendrá una edad para oirlo todo?

LAURA

Cuando menos te importe, porque ese día ya no tendrás que oír nada nuevo...

ESCENA II

Dichos y RAMÓN.

RAMÓN

Veo que está bien asistido el convaleciente.

GONZALO

¿Asistido? Secuestrado. No me dejan salir, quería haber ido á la oficina.

RAMÓN

Eso no; toma esas cartas que he recogido para tí. Laura, usted perdone, no saludé al

entrar. ¿Recibió usted el anuncio que me pidió del nuevo empréstito? Se lo envié á usted en seguida.

LAURA

Sí, muchas gracias. Era por curiosidad nada más.

RAMÓN

No creo que le convenga á usted. (*Á Isabel.*)
¿Qué ha dicho el médico?

ISABEL

Ya le ha dado de alta; pero con este tiempo no debe salir todavía.

RAMÓN

Claro que no.

CARMEN

Ya que ha venido Ramón y está usted acompañado, le dejamos á usted.

GONZALO

Acompañen ustedes á Isabel. Nosotros pasamos á mi despacho.

CARMEN

No; Isabel ha dicho que sale también.

GONZALO

¿Tú?

ISABEL

Quiero ir un momento á casa de María Antonia; estoy intranquila; ayer mandó recado de que estaba enferma, y como hoy no ha venido, ni Pepe tampoco... ya que Ramón te acompaña...

GONZALO

Sí, sí; vé si quieres. Pero no creo que les ocurra nada... Hubieran avisado.

LAURA

Salimos juntas. Le deseo alivio por completo.

GONZALO

Descuide usted. La convalecencia se presenta muy franca.

LAURA

Así sea, y que no tenga usted una recaída, que son muy peligrosas.

CARMEN

Gonzalo...

GONZALO

Adiós, Carmen. Adiós, Luisita.

ISABEL

Que no hablen ustedes mucho de negocios ni de cosas serias, ni le deje usted fumar. Yo vuelvo en seguida. (*Salen Isabel, Carmen, Laura y Luisita.*)

ESCENA III

GONZALO y RAMÓN

RAMÓN

¿Cómo te encuentras?

GONZALO

¡Qué sé yo! Mal, aburrido, nervioso.

RAMÓN

El fracaso, ¿verdad? Porque todos sabemos que esa mujer se ha divertido lindamente á tu costa, entreteniéndote con esperanzas á cambio de realidades positivas. ¡Digno remate de un Don Juan que no supo retirarse á tiempo! Por fortuna no tardará en largarse en compañía de su bondadoso marido.

GONZALO

Está bien. Le habéis obligado á renunciar el cargo; os empeñasteis en dar proporciones al

escándalo. Cuenta con mi dimisión y con que no volveré á ocuparme para nada de la Sociedad.

RAMÓN

Como si cantaras.

GONZALO

¿Puedo consentir que cualquier empleadillo insubordinado me ponga en ridículo delante de todos y que vosotros celebréis la gracia y le deis la razón?

RAMÓN

Si tu recomendado hubiera sabido estar en su puesto y no hubiera molestado á nadie con sus impertinencias...

GONZALO

¿Impertinencias? Porque les obligaba á cumplir con su deber; porque está acostumbrado á los empleados de su casa en París, donde la gente sabe obedecer y respetar á sus jefes; pero aquí, con nuestra democracia chiri-gotera, todos somos unos, todos somos hidalgos que trabajamos como quien hace un favor á cambio de palmaditas en el hombro y de familiaridades entre superiores y subalternos. ¡Así anda todo!

RAMÓN

Eso lo dices ahora porque te conviene. Tú eres el primero en tratar con afabilidad y con llaneza á todo el mundo, á la española, y por eso no te respeta nadie menos. Ese caballerito quería imponernos todo el ridículo autoritarismo de la burocracia francesa, de aquellos empleados que, apenas se ven detrás de una mesa-ministro ó de un ventanillo oficinesco, ya se creen de una aristocracia especial, superiores á los demás mortales.

GONZALO

Y si alguien tenía quejas, ¿por qué no decírmelo? Dí que en todo esto hay una conspiración tramada por alguien...

RAMÓN

¿Por mí? ¿No es eso?

GONZALO

Por tí solo no; por tí, influido por tu mujer.

RAMÓN

¿Por Carmen? ¿Qué dices?

GONZALO

No; tampoco precisamente por ella; por Isabel. Son muy amigas, están muy unidas...

RAMÓN

Déjate de tonterías. No hubo conspiración; ni Isabel, aunque enterada de todo, influyó para nada con mi mujer, ni mi mujer conmigo, ni ¿en qué cabeza cabe que íbamos á procurar nosotros que anduvieseis en lenguas en las oficinas primero y después por todo Madrid?

GONZALO

Pues eso es lo que habéis conseguido, y traer á mi casa un infierno sordo, que es el peor de los infiernos.

RAMÓN

¿Un infierno?

GONZALO

Sí, tú lo sabes. Isabel no habla; pero su actitud de mártir resignada es una acusación constante que yo no puedo tolerar; mis nervios saltan y estoy decidido á romper por todo. Prefiero que hable, que se indigne; tanta resignación me parece desprecio ó conformidad ó egoísmo. Lo que sea, sólo me indica falta de cariño.

RAMÓN

Me parece que juzgas mal á Isabel, ó juzgas mal de tí si crees que al protestar indignada hubiese conseguido lo que no consiguió con

resignarse. Cuando el cariño se aleja de nosotros, ¿qué medio para detenerle en su alejamiento? ¿Las amenazas, la violencia, el crimen pasional? ¿No es eso? Cuando el pájaro escapa de la jaula y vuela, ¿cómo recobrarle? Ó le disparas un tiro pensando, mío ó de nadie, y de este modo es seguro que le recobras, pero le recobras muerto; ó si le quieres como le tuviste, no te queda otro medio que esperar, esperar á que vuelva cuando nuestra jaula le parezca más dulce que su libertad.

GONZALO

No te conocía como poeta. Es un nuevo aspecto que nunca hubiera sospechado en tí.

RAMÓN

Nunca acabamos de conocernos unos á los otros. No soy poeta, pero puedo juzgar mejor el corazón de Isabel; como ella el tuyo, en algún tiempo yo también he sentido alejarse el cariño de mi Carmen; su espíritu era algo soñador: nuestra vida era algo prosaica. Yo soy tan cerrado á idealidades, que sin tener asegurado el día de mañana, no ya soñar, hasta dormir me parecía un crimen, y sólo pensaba en trabajar, pensando en mi mujer y en mis hijos naturalmente; pero el trabajo, lo que más me sujetaba á ellos, era también lo que más pare-

cía separarnos. Y observé en Carmen tristeza y desvíos primero; frialdad, indiferencia después; después... después... ¡qué sé yo!... Si no hubiera estado tan seguro de su honradez, pude creer que su corazón ya no era mío y quise imponerme, y mis quejas fueron violentas, amenazadoras, y sólo conseguí sumisión y respeto, las apariencias del cariño; pero el cariño se alejaba más cada día, y entonces... esperé; esperé trabajando como antes, con el mismo pensamiento, mi mujer y mis hijos; con el mismo cariño... el suyo, ¡siempre el suyo!... Y un día, sentado yo ante mis libros y papeles de cuentas, á mi espalda sentí unos brazos que me estrechaban, y junto á mi cara otra cara que se asomaba sobre las cuentas, y dos lágrimas que borraban unos números, y una voz que me decía con toda el alma : « ¡Qué bueno eres, Ramón ! ¡Cuánto te quiero ! » Era el cariño que volvía; ¡el cariño que había comprendido por fin ! ¡quién sabe de vuelta de qué imaginaciones, que en esta nuestra vida de hoy, sin lanzas, ni espadas, ni moros, ni princesas, ni trovadores, toda la poesía está en el deber cumplido, el que nos corresponde á cada uno; el trabajo prosaico sin poesía y sin gloria, que no todos podemos aspirar á ella... es decir, todos sí, que si para los que trabajan en algo grande, la gloria es cariño que viene de lejos y de todas partes, para los que trabajamos en reducida

esfera, para nosotros... para los nuestros...su cariño es nuestra gloria, la gloria de los humildes, de los ignorados, una gloria que está muy cerca de nosotros y por eso mismo llega más pronto al corazón.

GONZALO

Pero ¿pudiste dudar nunca de que esa gloria te faltara, del cariño de Carmen, del de tus hijos?...

RAMÓN

Pude dudar de ellos; de mí no dudé nunca y esperé... como espera Isabel; por eso te dije que nada sabías de su corazón, como nada sabías del mío.

GONZALO

¡Si nunca me hablaste como hoy! ¿Qué podía yo saber? Es verdad; nunca acabamos de conocernos ó nos conocemos demasiado tarde.

ESCENA IV

Dichos, un CRIADO y después ADOLFO.

CRIADO

Con permiso. (*Entregando una tarjeta.*) Este caballero desea ver al señor. Dice que si ahora

no puede recibirle esperará ó volverá cuando el señor le indique, pero que á todo trance necesita ver al señor.

GONZALO

(*Entregando la tarjeta á Ramón.*) « Adolfo Barona... » Diga usted que no estoy.

CRIADO

Sabe que el señor está en casa...

GONZALO

Diga usted que no puedo recibirle.

RAMÓN

Es inútil, si se ha empeñado en verte. Y mejor es saber de una vez lo que quiere. Serán explicaciones enojosas y desagradables. ¿Quieres que le reciba yo?

GONZALO

No, pero quédate. Así será más corta y menos embarazosa la entrevista... Que pase. (*Sale el Criado y á poco entra Adolfo.*)

ADOLFO

Señores : ¿la salud es mejor, yo espero?

GONZALO

Algo mejor, gracias...

ADOLFO

Don Ramón...

RAMÓN

Muy señor mío...

ADOLFO

¿Su señora buena, yo espero?

GONZALO

Muy bien, gracias...

ADOLFO

(*Á Ramón.*) ¿La de usted buena también yo espero?

RAMÓN

Perfectamente.

ADOLFO

¿Y su encantadora hija?...

RAMÓN

Perfectamente.

ADOLFO

(*Á Gonzalo.*) Usted esperaba verme. He dudado si escribir á usted, si visitarle personal-

mente. Josefina me aconsejó que viniera; son cuestiones delicadas para escribir. Cuando se habla, si se va demasiado lejos, las palabras pueden reatraparse. ¿No es eso? Cuando se escribe, si uno se deja ir, las palabras quedan; usted ya sabe todo. Usted sabe que yo he sido insultado. Usted sabe que yo he debido matar á alguien...

RAMÓN'

¡ Hombre ! Matar...

ADOLFO

Sí, sí, matar; si yo no pensara después fríamente. No he sido yo solo insultado; ha sido insultada mi mujer, y mucho más : ¡ ha sido insultada la Francia !

RAMÓN

¡ Hombre ! ¿ Querrá usted hacer de esto una cuestión internacional ?

ADOLFO

Sí, sí; se ha dicho, á propósito de mí, que yo era como los maridos franceses.

RAMÓN

No haga usted caso. De esa opinión tiene la culpa la literatura.

ADOLFO

¡ Ah ! ¡ Si yo no hubiera pensado fríamente !...

GONZALO

Usted exagera. En todo esto sólo hubo por parte de usted desconocimiento de nuestro carácter, de nuestras costumbres, exceso de rigor ó de formalismo, como usted quiera; por parte de los que se atrevieron á ofender á usted, acaloramiento, mala educación; pero de eso á á que usted quiera dar mayores proporciones al lance...

ADOLFO

Es que yo veo claro en todo esto; yo he hablado seriamente con mi mujer, y sé muy bien que si nosotros hubiéramos pasado por todo, nada de esto hubiera sucedido.

RAMÓN

¿Qué quiere usted decir?

ADOLFO

Yo sé que mi mujer ha sido galanteada por alguna persona muy influyente; ¡yo no sé quién... ni quiero saberlo !...

RAMÓN

(Bajo á Gonzalo.) ¡ Habrá desahogado !

ADOLFO

Lo que yo sé es que mi dignidad no me permitía permanecer en mi empleo; lo que yo sé es que ahora nadie me indemnizará de mi tiempo perdido, de mis gastos de instalación en Madrid, contando con una situación estable... Esta es mi ruina, como dice mi pobrecita mujer; para este viaje no necesitábamos... ¿Cómo se dice?

RAMÓN

¡ Alforjas !

ADOLFO

Eso es; que esto ha sido una tomadura de pelo y... ¡ como hay Dios que estamos aviados !...; eso es, ¡ estamos aviados !

GONZALO

Si usted ha hecho gastos, si usted se cree perjudicado...

RAMÓN

Ya le ofrecí lo que necesita, y me contestó que ofend.a su dignidad. ¿ No fué así ?

ADOLFO

Cierto... Uno no sabe lo que dice acalorado; pero yo pienso después fríamente. Yo sé bien que si yo no tuviera dignidad, yo hubiera con-

seguido tener mi puesto siempre y subir más alto y ganar mucho dinero como otros que, sin talento, sin servicios, sin que nadie pueda explicarlo, gracias á su mujer, han llegado, y después son los primeros que censuran y hablan de los demás.

RAMÓN

¿Qué dice usted? ¿Qué quiere usted decir?

ADOLFO

Yo sé lo que digo, porque lo he oído decir á todo el mundo; si usted no lo sabe...

RAMÓN

En efecto, no lo sé, pero usted debe decírmelo; no tendrá usted la cobardía de callar el nombre.

ADOLFO

Ni la cobardía de decirlo por miedo.

RAMÓN

¿Eh?

GONZALO

(*Á Adolfo.*) Agradeceré á usted que sólo á mí se dirija, puesto que está usted en mi casa y conmigo sólo deseaba usted hablar.

RAMÓN

No, deja...

GONZALO

Basta... No creo equivocarme al deducir por sus palabras que su mayor preocupación en todo esto es la cuestión... digámoslo así... la cuestión práctica... Esos gastos de que usted hablaba, esa indemnización que á usted le parece muy justa y que yo no he de regatear... Yo, mejor que nadie, puedo calcular los gastos de su instalación.

ADOLFO

Sí, sí, seguro... Josefina les consultaba á ustedes para todo. Yo nunca sé lo que cuesta nada... Ahora debemos hacer... ¿Cómo se dice?... Almoneda de todo... Hoy he puesto el anuncio... Si á ustedes les conviene algo, les haré precios de amigos.

RAMÓN

Muchas gracias.

GONZALO

Quedamos, entonces, en que mañana mismo será usted indemnizado cumplidamente; creo que no llevarán ustedes un mal recuerdo de nosotros.

ADOLFO

¡ Oh, no ! La pobre Josefina llora al solo pensamiento de *quitar* Madrid, y ella me dice siempre que si alguna vez ella es perdida, es aquí que debo buscarla. De modo que mañana dice usted que...

GONZALO

Descuide usted. Mañana mismo.

ADOLFO

Espero que aún tendremos el gusto de vernos.

GONZALO

Seguramente.

ADOLFO

Espero que usted sabrá apreciar mi corrección en todo este asunto.

GONZALO

Exquisito, querido Alfonso... Perdón, Adolfo.

ADOLFO

Sí, sí, Adolfo. Usted sabe que Alfonso se dice en París á ciertos sujetos...

GONZALO

No creará usted que fué con intención.

ADOLFO

Yo espero... Adiós, don Ramón.

RAMÓN

Muy señor mío.

ADOLFO

No me salude usted así... Yo lo olvido todo, yo pienso fríamente.

RAMÓN

Y yo no olvido nada, y yo saludo fríamente. ¿Qué quiere usted?

ADOLFO

Nada, nada... me *achanto*, como dice mi mujer; me *achanto* y me *despido*... ó como dicen ustedes, me las *guillo*... Servidor de ustedes. (*Sale.*)

ESCENA V

GONZALO y RAMÓN.

RAMÓN

Si no pensara de quién es hijo...

GONZALO

¿Qué?

RAMÓN

No salía de aquí sin romperle algo... ¿Y parecía bobo el angelito? Por supuesto, esta combinación no es cosa suya, sino de la lagartona de su mujer.

GONZALO

Por eso me ha divertido más que otra cosa.

RAMÓN

Divertido, sí; pero ha dicho algo que...

GONZALO

Yo no le he oído nada.

RAMÓN

Algo que no le dejaste concluir; casi te anticipaste á su petición, como si temieras que de no acceder á ella hablara demasiado, y como ha conseguido lo que buscaba... pero ya sabré á quien puede referirse con sus reticencias.

GONZALO

Yo no oí nada que á tí pudiera referirse.

RAMÓN

Él no ha podido inventar, alguien le ha dicho.

GONZALO

¡Vaya, vaya! Acabaremos por volvernos todos locos; yo no veo en todo esto más que una vulgar aventura, un ridículo *chantage*, al que sería más ridículo todavía oponerse, porque ya lo dijiste: «este es el digno remate de un don Juan que no supo retirarse á tiempo». La culpa fué mía; yo la tengo y en paz; pero tú, no veo por qué has de preocuparte... ¿En qué piensas? ¿Es posible que hayas tomado en consideración...? Vamos... vamos...

RAMÓN

Déjame, déjame.

GONZALO

¡Ramón!

RAMÓN

¡Si fuera verdad, si fuera verdad! No, no...

GONZALO

Ramón. ¡Chits! Isabel vuelve; tú verás.

RAMÓN

Basta su nombre.

ESCENA VI

Dichos é ISABEL.

ISABEL

¿No he tardado mucho? ¿Cómo te encuentras? ¿Qué les ocurre á ustedes? ¿Qué caras son esas?

GONZALO

Nada.

ISABEL

No. Han hablado ustedes de asuntos serios; han discutido ustedes y se han disgustado.

GONZALO

Te digo que no. ¿Y María Antonia? ¿Y Pepe? ¿Los has visto?

ISABEL

No estaban en casa.

GONZALO

Entonces... Tú sí que traes cara de disgusto ¿Ocurre algo?

ISABEL

¿No te digo que no estaban en casa? Señal de

que están buenos. Me asusté al entrar y verles á ustedes así como sobresaltados, como si acabaran ustedes de reñir.

GONZALO

¡ Qué tontería ! Una discusión. Ramón puede decirte.

RAMÓN

Asuntos de la Sociedad.

ISABEL

¡ Por Dios ! que no estás bueno, no te alteres. (*Á Ramón.*) No habrá sido usted quien haya empezado.

GONZALO

Tuve yo la culpa. Voy á firmar estos documentos y á escribir al padre de ese muchacho para explicarle... Ya sabes que vuelven á París.

ISABEL

¿ Quién ?

GONZALO

¿ Quién ha de ser ? ¿ Para qué quieres que yo te lo diga ? ¿ No lo sabes ya ? ¿ No te alegras ?

ISABEL

¿ Yo ?

GONZALO

No dirás nunca lo que sientes. (*Sale.*)

ESCENA VII

ISABEL y RAMÓN.

ISABEL

¿Oye usted? No le basta con atormentar, quiere saber que atormenta.

RAMÓN

Isabel, perdone usted... Le extrañará á usted que le hable de cosas pasadas y de cosas tristes.

ISABEL

¿Usted?

RAMÓN

Y sé que no me dirá usted la verdad, pero no importa; sé también que sólo usted puede devolverme la tranquilidad, aunque sea con la mentira.

ISABEL

¿Qué quiere usted decir? ¿Qué ha ocurrido entre usted y Gonzalo en mi ausencia? Sé que estuvo aquí el marido de esa mujer. ¿Á qué vino? ¿Qué dijo?

RAMÓN

¿Qué sé yo? ¿Es tonto ó es pillo? Dijo algo que ha inventado ó algo que le dijeron, algo

insignificante tal vez, hablar por hablar, algo que yo no pensé nunca; pero hay momentos en que una palabra cualquiera es así como un relámpago que ilumina lo más obscuro y lo más lejano de nuestra vida... ¿Por qué no se casó mi hijo Enrique con María Antonia? Dígame usted, ¿por qué?

ISABEL

Verdad que son historias pasadas. ¿No lo sabe usted?

RAMÓN

Sí; sé lo que el mismo Enrique dijo, lo que todos ustedes dijeron. Enrique había tenido relaciones con una pobre muchacha; María Antonia tuvo celos, no quiso perdonar, creyó que aquellos amores no habían terminado...

ISABEL

Pues si lo sabe usted como nosotros.

RAMÓN

Pero hasta ahora nunca pensé que esa explicación no fuera la verdadera, que sólo fué un pretexto buscado por Carmen, por usted, por todos, para evitar... Hasta ahora no pensé... lo que oí hace poco... Yo no tengo gran talento, lo sé, mi inteligencia no ha podido servir de

mucho á Gonzalo, y sin embargo me tuvo siempre á su lado , en los primeros puestos; gracias á él poseo un capital, soy rico, creí ser dichoso. Y ¿á qué lo debí? Á qué debo todo esto, Dios mío?

ISABEL

Á su trabajo honrado, á su inteligencia también. ¿Por qué esas dudas? ¿Qué ha pensado usted? ¿Qué han podido decirle? Piense usted que al dudar no duda usted sólo de la amistad de Gonzalo.

RAMÓN

Lo sé... y no puedo, no puedo... sería horrible. Dígame usted que no tengo razón, que no puedo pensarlo, que si eso fuera ó eso hubiera sido...

ISABEL

Carmen no sería mi mejor amiga... ¿No es eso lo que usted piensa? No la querría yo como la quiero, como una hermana... Usted lo sabe, usted lo ve. No creerá usted que yo no hubiera sospechado antes lo que usted no sospechó hasta ahora si las sospechas tuvieran fundamento... y suponga usted que yo hubiera querido disimular por prudencia ó por imposición de mi marido, la prudencia y el disimulo tienen su límite. Yo no soy una santa, y todo lo más

hubiera fingido cortesía superficial ante la gente; pero de eso á la amistad que me une con Carmen, amistad verdadera, amistad sin recelos, con toda el alma, porque estoy segura de su lealtad conmigo... como usted debe estarlo... Basta con que piense usted eso, que una mujer celosa, por mucho que quiera fingir, no finge hasta ese extremo. Ya ve usted cómo no supe fingir con Josefina; no hubo prudencia ni educación que bastaran y dejé de recibirla en mi casa. Pero suponer que mi cariño á Carmen puede ser fingido y tanto tiempo... Yo se lo agradezco á usted mucho, Ramón, pero me conceptúa usted demasiado sublime, ó conoce usted muy poco el corazón de la mujer para suponer que por discreta que sea pueda admitir á su lado á otra mujer, como yo admito á Carmen, si sospechara siquiera que ahora ni nunca... Yo sé bien que la reputación de Gonzalo hace verosímiles todas las sospechas, pero á Carmen la estamos ofendiendo sólo con buscar razones para negar razón á que usted dude... no en mi corazón, en el suyo, en el de usted debe usted encontrarlas. Vamos, vamos, Ramón, yo no sé qué castigo le impondría á usted por su mal pensamiento si el haberlo pensado no fuera ya el mayor castigo.

ESCENA VIII

Dichos y MANUEL.

MANUEL

¡Querida amiga! ¡Don Ramón!

ISABEL

Cuánto me alegro de su visita. Le hubiera mandado llamar si tardo un día más en verle.

RAMÓN

Me despedía cuando usted entró. Isabel, voy á recoger esos documentos que firma Gonzalo, y ya me despido de usted... Amigo mío...

MANUEL

Siempre suyo...

ISABEL

¿Pasó ya todo? ¿Ni la sombra de un mal pensamiento?

RAMÓN

Dije que usted me haría creer lo que quisiera, verdad ó mentira, porque es usted tan buena, tan buena, que es usted capaz de todo, hasta de lo que usted asegura que no es capaz ninguna mujer por santa que sea. (*Sale.*)

ESCENA IX

ISABEL y MANUEL.

ISABEL

No puedo más.

MANUEL

¿Está usted enferma? ¿Qué le sucede á usted?

ISABEL

Nada; que he mentido con tanta verdad, que á mí misma no me parece mentira nada de lo que dije. Mentiras como esas no pesan en la conciencia, nos absuelve de ellas el corazón...

MANUEL

¿Mentir usted?

ISABEL

No hablemos de mí; estaba impaciente por ver á usted, hoy más que nunca.

MANUEL

Por acordarme demasiado de usted he podido parecer olvidadizo.

ISABEL

Pero ¿no ha olvidado usted lo que me prometió?

MANUEL

Ni un momento. Y en estos días era preciso mayor vigilancia.

ISABEL

¿En estos días? ¿Por qué? ¿Sabe usted algo?

MANUEL

Sé que María Antonia y Pepe viven en continua guerra.

ISABEL

Por aquí no vienen apenas, á pesar de la enfermedad de Gonzalo. Hoy fuí yo á su casa, no estaban; la doncella, una muchacha de toda mi confianza, que yo coloqué con María Antonia, me ha contado cuanto allí pasa; escenas violentas, disgustos á todas horas, una vida imposible.

MANUEL

Y un continuo peligro para María Antonia.

ISABEL

¿Qué sabe usted?

MANUEL

Sé de unos encuentros casuales en el Museo de Pinturas.

ISABEL

¿De quién? ¿De María Antonia y?...

MANUEL

Repito que fueron casuales, puramente casuales; me consta: como si usted ahora me dijera... por casualidad... ¿Querrá usted creer que apenas conozco el Museo de Pinturas? Y yo le dijera á usted: ¿Es posible?, y usted: Pienso ir un día de éstos; y yo desde entonces fuera todos los días, hasta que, es natural, yo todos los días y usted un día de éstos, al fin habíamos de encontrarnos por casualidad, y por casualidad se encontraron.

ISABEL

Bien temía yo. ¿Y su amigo de usted le ha dicho?...

MANUEL

Figúrese usted un soñador enamorado, una mujer no comprendida... La contemplación de obras de arte, emociones artísticas que se comunican... El arte fué siempre un gran conductor del fluído amoroso.

ISABEL

No hable usted así; ese tono ligero me hace daño. Dígame usted muy seriamente cuanto usted sepa, cuanto su amigo de usted le haya confiado.

MANUEL

Hay algo más serio todavía. Una imprudencia, una verdadera imprudencia de María Antonia.

ISABEL

¡Dios mío!

MANUEL

Una carta suya.

ISABEL

¿Que usted ha leído? ¿Que ese hombre le ha confiado á usted? ¡El miserable! ¡Como todos! ¡Por vanidad, por jactancia! ¿Y ese es el ideal que puede hacer á esa pobre niña olvidarse de sus deberes? ¿Qué dice esa carta?

MANUEL

Le dije que solo era imprudente. Es una carta en que le despide, le aleja toda esperanza;

pero le suplica, y suplicar ya es confesarse débil, y confesarse débil ya es temer ser vencida.

ISABEL

¿Y ese hombre espera?

MANUEL

Se atreve á esperar.

ISABEL

Es preciso que yo hable con María Antonia delante de su padre, delante de su marido si es preciso, que todos vean claro el peligro, que María Antonia se salve á toda costa. Yo no quiero que pueda tener que avergonzarse nunca ante su marido, que siempre sea de ella la razón, siempre; no es sólo porque la quiero como á una hija y la quiero igual á mí, igual á su madre : es mi orgullo de mujer que en nuestra desigual condición ante el hombre, admite todas las desigualdades, todas las humillaciones, menos la de que nunca tengan el derecho de decirnos : ¿Con qué razón me acusas? ¡Ah! Eso no; son más penosos nuestros deberes, pues más fuertes nosotras para cumplirlos... Y así no podrán decir que somos iguales; pero nosotras también podemos decirles : « ¿Iguales no? Decís bien, somos mejores ».

ESCENA X

Dichos, MARÍA ANTONIA y PEPE.

MARÍA ANTONIA

¡ Isabel ! ¡ Madre mía !

ISABEL

¡ María Antonia ! ¡ Hija !

MARÍA ANTONIA

¡ Ay ! Ya puedo llorar. Ya puedo decirlo todo, á tí solo, ¡ á tí, madre mía ! Á él solo podía contestarle con el silencio ó con el desprecio.

PEPE

Es lo mismo. Puedes callar ó puedes despreciarme. Ahora basta con que hable yo.

ISABEL

¿ Qué dices, qué sucedió ?

MARÍA ANTONIA

No importa lo que diga ; yo solo siento que no tenga razón para decirlo.

PEPE

Isabel. Ya lo oyes. Avisa á su padre. Quiero hablar con vosotros. (*Á Manuel.*) No, no salga usted, es usted de la familia, y por la amistad que le une á usted con cierta persona, deseo que se halle usted presente en esta ocasión. ¿Dónde está su padre?

MARÍA ANTONIA

Tú puedes hablar con él. Yo solo hablaré con Isabel, contigo solo. Déjanos; á mi padre puedes decirle lo que quieras.

PEPE

Bien está.

ISABEL

Sí, déjanos. Debo yo hablar á solas con María Antonia. Vayan ustedes con Gonzalo. Tú sabrás lo que debes decirle. Yo no quiero juzgar sin oírla á ella primero; yo sé que á mí no puede engañarme.

PEPE

¿Está en su despacho?

ISABEL

Sí. (*Pepe sale.*) Vaya usted, Manuel; usted que sabe la verdad, si la verdad fué lo que usted me dijo, y no puede ser otra.

MANUEL

La verdad será lo que diga María Antonia.

ISABEL

Y la verdad dirá. (*Sale Manuel.*)

ESCENA XI

ISABEL y MARÍA ANTONIA.

ISABEL

Sí, la verdad para mí será lo que tú digas. Pepe ha llegado á sospechar de tí, ¿no es eso?

MARÍA ANTONIA

Ya lo oíste.

ISABEL

Pero ¿sus sospechas?...

MARÍA ANTONIA

Para él todo evidente. Ya lo ves. Me devuelve á vosotros, porque ahora es él quien me trae para que su honor no padezca... ¡Qué noble y qué delicado sentimiento ese del honor! Gracias á él he conseguido en un momento lo que no conseguí por mis lágrimas, ní por mis celos, ni por mi corazón destrozado; volver aquí para olvi-

dar, para no padecer. Por mi voluntad nunca me hubiera él dejado venir, nunca me hubiérais admitido vosotros; todos lo impediríais... Y ahora... ahora ya no se trata de mí, se trata de su honor, y nadie se opone... ¡Necia de mí que no comprendí antes qué fácil era conseguir esta separación que yo deseaba como única seguridad para mi conciencia, como único descanso para mi corazón.

ISABEL

Habla, habla así y te escucharé tranquila, segura de que no faltaste; así, con indignación, con santa ira; no quiero ver en tí abatimiento ni tristeza, que sería humillación, sería culpa. Y no la hubo, ¿verdad? Mírame así, cara á cara; los ojos en los ojos, sin lágrimas, limpios como tu corazón. No hubo culpa, ¿verdad?... ¡Por la memoria de tu madre!...

MARÍA ANTONIA

¡Por su memoria!...; pero por su memoria también y por toda la maldad y por todos los engaños de los hombres; te aseguro que si la intención y el deseo de ser culpable son ya culpa, nadie más culpable que yo; porque con toda mi alma lo digo: ¡quisiera que nada me hubiera detenido; ni virtud, ni vergüenza, ni el ejemplo, ni la memoria de mi madre, ni tu cariño y tu ejemplo, santo como el suyo...

¡nada, nada !...; pero tú lo sabes; tú que también has visto destrozado tu corazón y tu vida; tú que también alguna vez, por santa que seas, habrás sentido deseo de vengar ofensas, humillaciones que no mereciste...; tú lo sabes: cuando se nace honrada, no es tan fácil dejar de serlo.

ESCENA XII

Dichos y GONZALO.

GONZALO

¿Es verdad lo que dice Pepe? ¿Es verdad lo que dice tu marido? Pues ni en su casa ni en ésta puedes estar, porque si allí deshonoras á tu marido aquí deshonoras á tu padre.

MARÍA ANTONIA

¡ Ah !

ISABEL

¡ Gonzalo !

GONZALO

¡ No la protejas; no la defiendas !... ¡ Fuera de aquí; que yo no la vea !

ISABEL

No, no la verás; ven conmigo, no llores; ven conmigo...; ¡ pobre hija mía ! Pero no llores;

si no eres culpable rechaza la afrenta con indignación, como antes. ¿Me juraste verdad?

MARÍA ANTONIA

¡La verdad, madre mía!

GONZALO

¡Fuera de aquí dije, fuera de aquí!

ISABEL

Sí, sí, espera; espera, ya saldrá, ya saldrá; acaso no salga ella sola. (*Salen María Antonia é Isabel, pero Isabel vuelve á poco.*)

ESCENA XIII

ISABEL y GONZALO.

GONZALO

¿Que no saldrá sola?... ¿Qué dices?

ISABEL

Una vez más eres injusto, eres cruel, eres egoísta, eres... eres... ¡hombre!... ¿Crees que María Antonia ha faltado?...; lo crees, ¿verdad? Y te indignas. Pues yo solo te digo que si eso fuera, yo la disculpo y la comprendo, y la diré: ¡has hecho bien, has hecho bien!... ¿lo oyes?

GONZALO

Lo dices porque no es tu hija.

ISABEL

¡ Mientes ! Si lo fuera, con mayor razón se lo diría una y mil veces : ¡ has hecho bien, has hecho bien, hija mía !

GONZALO

Y no habrás dejado de decírselo y de disculparla. Ahora y antes ; lo presumí siempre.

ISABEL

Sólo te falta decir que dí yo el ejemplo. Dilo también. ¿Qué importa? Hoy es uno de esos días decisivos en que la vida parece presentarnos el balance de muchos años. La vida lo suma todo ; todas nuestras acciones, nuestras palabras, lo más insignificante. Hoy es día de cuentas para tí... ¡ ya era hora !... ; para todos llega cuando menos lo esperamos, por medios indirectos casi siempre, para lo bueno y para lo malo. Hay quien trabaja toda su vida sin conseguir la menor recompensa, y cuando más desespera de su trabajo, es una herencia que llega : es la lotería ; algo que parece suerte y es la vida que paga. Hay quien comete las mayores maldades, y vive rico y dichoso muchos años ; pero un día llega el dolor, que la riqueza no evita : es la

muerte de un hijo adorado, una enfermedad penosa, la ruina imprevista... es la vida que cobra... Contigo se valió de tu hija, el cariño mayor de tu vida; el que era compendio de toda la sumisión y todas las virtudes de las mujeres que hemos nacido para esposas honradas. Y ahora es la indignación, la sorpresa; ahora quieres castigar á tu hija, cuando es tu hija la que te castiga por su madre... por mí y por ella.

GONZALO

¿Que es mi castigo, dices? ¿Por qué? ¿por qué?

ISABEL

¿Qué sabéis los hombres del corazón de las mujeres? De las que os engañan sí podéis conocer las mentiras; de las buenas, de las que os quieren de verdad, no sabéis nunca ni cuánto es su cariño, porque en la mujer honrada puede siempre más el pudor que el cariño. Y por pudor calla nuestro cariño, y callan nuestros deseos, y callan nuestros celos muchas veces. Y no comprendéis, no sabéis comprender que el corazón de la esposa honrada no puede luchar sin impudor cuando siente alejarse vuestro cariño. Y hemos de padecer la humillación de vernos compadecidas por mujeres indignas, que cuentan para atraeros con todas las coque-

terías y todas las resistencias calculadas, que en nosotras serían repugnantes, porque nunca deben confundirse sus *boudoirs* con nuestras casas. Pero allá va con vuestros caprichos todo lo alegre y fácil de cierta vida. Allí se gasta sin contar lo que en nuestra casa se regatea; allí se imploran las caricias que desdeñáis en nosotras, porque nuestro deber las asegura cuando les exige vuestro deseo; vuestro deseo, en que muchas veces se lee otro deseo no logrado que os acerca á nosotras con apariencias de cariño... Así son los hombres y así juzgas tú sin piedad la apariencia sólo de una falta; que lo aseguro: ya solo siento que no sea verdadera y que no fuera mía si con serlo pudiera causarte mayor pena.

GONZALO

No, Isabel; tú sí que eres injusta si pensaste que por grandes que sean mis culpas contigo merecían el castigo de no creer en tí, de dudar de tí siquiera un instante. Tú sí que no sabes lo que es mi cariño para tí. Habré sido cruel, egoísta, como dices; habré atormentado tu corazón; pero no puedes, no debes dudar de mi cariño. Quizás á nadie atormentamos como á nuestra madre; quizás por ningún cariño sacrificamos menos, tan seguros estamos de poseerlo siempre, de que siempre perdona. Con vivir y mostrarse alegres, ya nos parece que hemos

pagado el cariño de nuestra madre. Pero es la misma fe que nos inspira, la que nos hace menos devotos en apariencia; más creyentes, en el fondo, de estos cariños santos y verdaderos de que nuestro corazón está seguro. Pero ¿qué otros cariños en la vida valen como éstos, que son siempre creencia y esperanza del corazón? Dime si nunca te hubieras cambiado por otra mujer de las que pasaron por mi vida; dime si nunca creiste que el compararte con todas ellas no fué su recuerdo la aureola, el altar de tu imagen santa... ¿Qué sabes tú de mi orgullo al decirme... entre todos, ella sólo en mi corazón; ella sólo fiel; ella siempre honrada; ella mi esposa, como mi madre?... ¿Y dices que María Antonia hizo bien? No, tú no lo crees, no lo sientes, porque ves la verdad de mi cariño, de mi adoración por tí; porque fuiste la que espera siempre, la que perdona siempre como una madre, como una santa, como algo que está sobre todo, como el cielo de nuestra vida... No, no digas que María Antonia hizo bien... no digas que debiste ser tú... Si yo hubiera tenido de qué acusarte... no sé... no sé... ¿Cómo saber, si de tí no puedo suponerlo siquiera?

ISABEL

¡Gonzalo! ¡Mi Gonzalo! Dices bien... perdonar siempre... esperar siempre... Yo he sabido esperar, y ahora siento que no esperé en vano.

ESCENA XIV

Dichos y CARMEN.

CARMEN

¡ Isabel! Mi amiga, mi hermana...

ISABEL

¡ Carmen!

CARMEN

¡ Ya sé!... Ramón me lo dijo llorando como un niño; me pidió perdón por haber dudado... ¡ Perdón á mí, que no podré perdonarme nunca!... Me dijo que usted... y, no pude contenerme, necesitaba ver á usted, arrodillarme ante usted, si usted lo permite. ¡ Qué tormento! Intención tuve de ser yo misma quien lo confesara todo, si no hubiera pensado que ya no era solo mía la pena, sino de usted, y de usted sin culpa.

ISABEL

Sin culpa, sí. ¡ Qué hermoso es no tener culpa! ¡ Ah! Gonzalo, llama á tu hija; si crees en mí, yo te juro por lo más sagrado que no hubo culpa en ella.

GONZALO

Te dejo...

ESCENA XV

Dichos y MANUEL, y después MARÍA ANTONIA.

MANUEL

Isabel; he conseguido que Pepe atienda á mis razones; está convencido de su error. Es él quien debe y desea perdonar; pero teme que María Antonia...

ISABEL

No.

CARMEN

¡Dios mío! ¿María Antonia y Pepe?

ISABEL

Sí, es tan difícil resignarse y esperar... María Antonia, hijos míos; ven, ven ahora á mis brazos, á los de tu padre... después con tu esposo.

MARÍA ANTONIA

No, todo acabó, yo no perdono.

ISABEL

Sí perdonarás... para ser un día tan feliz como yo.

MARÍA ANTONIA

¿Tú, tú eres feliz?

ISABEL

Sí, muy feliz... ¿Verdad? Los amores alegres, los amores fáciles que sólo conocen la ilusión y el deseo, ven deshojarse todas sus flores en una breve primavera; para el amor de la esposa, para los amores santos y fieles que saben esperar, son nuestras flores, flores tardías, las Rosas de Otoño: no son las flores del amor, son las flores del deber cultivadas con lágrimas de resignación, con aroma del alma, de algo eterno. ¿No es verdad, esposo mío?

GONZALO

¡Mi esposa santa! De rodillas para adorarte.

ISABEL

¡Ya lo ves, soy muy feliz! Son mis Rosas de Otoño. (*Telón.*)

FIN DE LA COMEDIA



PQ
6603
E6A19
19--

Benavente y Martínez, Jacinto
Teatro

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

